This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

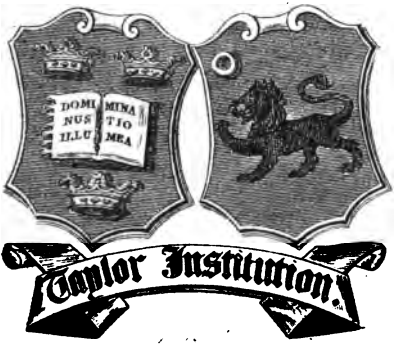
+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

✓ 270 b. 22.



~~273. C. 3.~~

√ 270 b. 22.

273. C. 3.

POESIAS ESCOGIDAS

DE

FRAY LUIS DE LEON, etc.

278 d. 3

SE HALLARÁ EN PARIS,
Quai Pelletier, n° 20.

Fischer sculp.

EL M. FR. LUIS DE LEON.

POESIAS ESCOGIDAS

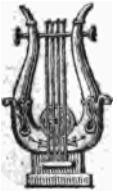
DE

FRAY LUIS DE LEON,

FRANCISCO DE LA TORRE,

BERNARDO DE BALBUENA,

Y OTROS VARIOS.



MADRID,

EN LA IMPRENTA DE SANCHA.

1823.

OXFORD
LIBRARY

NOTICIAS

DE

FRAY LUIS DE LEON.

El Maestro Fray Luis de Leon nació en Granada en el año de 1527. Tomó el hábito de San Agustin en el Convento de Salamanca donde profesó en 29 de Enero de 1544. Siguió allí sus estudios con sumo aplauso, recibiendo el grado de Doctor en Teología por aquella Universidad, y ganando por oposicion al año siguiente de su grado, que fué en 1561, la Cátedra que llamaban de Durando, y algun tiempo despues de la Escritura. Su gran

conocimiento en lenguas orientales, y la copiosa erudicion de que estaba dotado, le hacian mirar como uno de los mas sabios Expositores de su tiempo. Pero esta misma reputacion le atrajo una grave persecucion de parte de sus émulos. Bajo el pretexto de que habia traducido el Libro de los Cantares al castellano contra la prohibicion que habia entónces de hacer versiones de la Escritura en lengua vulgar, lográron sus inicuos enemigos que se le formase causa por la Inquisicion de Valladolid como sospechoso en la fe. Cinco años estuvo preso en las cárceles de aquel Tribunal, al cabo de los cuales logró sincerarse de todos los cargos que se le hiciéron, y salió libre y triunfante de la calumnia. Volvió á la

Universidad con júbilo de todos, y fué restituido á su Cátedra y á sus honores. Su Religion le condecoró con varios empleos; y últimamente con el de Provincial. Pero ántes de ejercerlo, falleció en Madrigal de una enfermedad aguda que le arrebató á los 64 años de su edad en 23 de Agosto de 1591. Don Francisco de Quevedo fué el *primer* editor de sus Poesías, que se publicáron por él, dedicadas al Conde Duque, cuarenta años despues de la muerte de su Autor.

Este hombre doctísimo, versado en toda clase de erudicion, inteligente en las lenguas antiguas, enlazado con relaciones de amistad á todos los sabios de su tiempo, fué uno de los escritores á quienes la len-

gua castellana debió mas por el nervio y propiedad con que la escribia; y el que dió á nuestra poesía un carácter no conocido hasta él. Las canciones y sonetos de Garcilaso estaban escritos en el tono elegiaco y sentimental de Petrarca, y sola su *Flor de Gnido* era la composicion en que se acercó mas al carácter de la poesía lírica antigua. *Luis de Leon*, lleno de Horacio, á quien constantemente estudiaba, tomó de él la marcha, el entusiasmo y el fuego de la oda; y en una diccion natural y sin aparato supo manifestar elevacion, fuerza y magestad. Su profesion y su genio le inclinaban mas al género lírico moral que al heróico, sin embargo de que su *Profecía del Tajo* manifieste lo que hubiera podido

hacer en este último; pero en aquel dejó unas cuantas odas excelentes, que se acercan mucho, si no igualan, á los modelos que se propuso imitar. Su principal mérito y su carácter en ellas es el de producir pensamientos magestuosos y fuertes, imágenes grandes, sentencias profundas, sin que le cuesten ningun esfuerzo, y con la mayor sencillez. La diccion y el estilo son animados puros y abundantes como que salen de un manantial rico y limpio. No es tan feliz en la versificacion: aunque dulce, flúido y gracioso en ella, carece de gravedad, y desmaya no pocas veces por falta de número y plenitud. A este defecto se añade otro, mayor todavía en mi dictámen, que es el de que nadie tiene ménos poesía

cuando el calor le abandona : lánguido entónces y prosaico ni toca, ni mueve, ni enagena; y solo le queda el mérito de su diccion y su estilo, que son sanos siempre y puros, aun cuando no tengan vida ni color.

POESIAS ESCOGIDAS

DE

FRAY LUIS DE LEON.

ODAS.

I.

¡ Qué descansada vida
La del que huye del mundanal ruido,
Y sigue la escondida
Senda, por donde han ido
Los pocos sabios que en el mundo han sido!
Que no le enturbia el pecho
De los soberbios grandes el estado,
Ni del dorado techo
Se admira, fabricado
Del sabio moro, en jaspes sustentado.
No cura si la fama
Canta con voz su nombre pregonera,
Ni cura si encarama

La lengua lisongera
Lo que condena la verdad sincera.
¿Qué presta á mi contento
Si soy del vano dedo señalado?
Si en busca de este viento
Ando desalentado
Con ansias vivas, con mortal cuidado?
¡O monte! o fuente! o río!
¡O secreto seguro deleitoso!
Roto casi el navío,
A vuestro almo reposo
Huyo de aqueste mar tempestuoso.
Un no rompido sueño,
Un dia puro, alegre, libre, quiero:
No quiero ver el ceño
Vanamente severo
De á quien la sangre ensalza, ó el dinero.
Despiértenme las aves
Con su cantar sabroso no aprendido,
No los cuidados graves
De que es siempre seguido
El que al ageno arbitrio está atenido.
Vivir quiero conmigo,
Gozar quiero del bien que debo al cielo,

A solas, sin testigo,
Libre de amor, de zelo,
De odio, de esperanzas, de recelo.
Del monte en la ladera
Por mi mano plantado tengo un huerto,
Que con la primavera
De bella flor cubierto
Ya muestra en esperanza el fruto cierto.
Y como codiciosa,
Por ver y acrecentar su hermosura,
Desde la cumbre airosa
Una *fontana* pura
Hasta llegar corriendo se apresura.
Y luego sosegada,
El paso entre los árboles torciendo,
El suelo de pasada
De verdura vistiendo,
Y con diversas flores va esparciendo.
El aire el huerto orea,
Y ofrece mil olores al sentido,
Los árboles menea
Con un manso ruido,
Que del oro y del cetro pone olvido.
Ténganse su tesoro

Los que de un falso leño se confian :
No es mio ver el lloro
De los que desconfian
Cuando el cierzo y el ábrego porfian.
La combatida antena
Cruje, y en ciega noche el claro dia
Se torna, al cielo suena
Confusa vocería,
Y la mar enriquecen á porfía.
A mí una pobrecilla
Mesa, de amable paz bien abastada
Me basta, y la vajilla
De fino oro labrada
Sea de quien la mar no teme airada.
Y miéntras miserable-
mente se están los otros abrasando
Con sed insaciable
Del peligroso mando,
Tendido yo á la sombra esté cantando;
A la sombra tendido,
De yedra y lauro eterno coronado,
Puesto el atento oido
Al son dulce acordado
Del plectro sabiamente meneado.

II.

PROFECÍA DEL TAJO.

Folgaba el Rey Rodrigo
Con la hermosa Caba, en la ribera
Del Tajo, sin testigo;
El pecho sacó fuera
El rio, y le habló de esta manera:
En mal punto te goces
Injusto forzador, que ya el sonido
Oyo ya, y las voces
Las armas y el bramido
De Marte, de furor y ardor ceñido.
Ay! esa tu alegría
¡Que llantos acarrea! y esa hermosa,
Que vió el sol en mal dia,
A España, ay! ¡cuan llorosa,
Y al cetro de los Godos cuan costosa!
Llamas, dolores, guerras,
Muertes, asolamientos, fieros males
Entre tus brazos cierras,
Trabajos inmortales,
A tí y á tus vasallos naturales.
A los que en Constantina

Rompen el fértil suelo, á los que baña
El Ebro, á la vecina
Sansueña, á Lusitaña,
A toda la espaciosa y triste España.
Ya dende Cádiz llama
El injuriado Conde, á la venganza
Atento, y no á la fama,
La bárbara pujanza
En quien para tu daño no hay tardanza.
Oye, que al cielo toca
Con temeroso son la trompa fiera,
Que en Africa convoca
El Moro á la bandera,
Que al aire desplegada va ligera.
La lanza ya blandea
El Arabe cruel, y hiere el viento
Llamando á la pelea,
Inumerable cuento
De escuadras juntas veo en un momento.
Cubre la gente el suelo,
Debajo de las velas desparece
La mar, la voz al cielo
Confusa y varia crece,
El polvo roba el dia, y le esconece.

Ay! que ya presurosos
Suben las largas naves, ¡ ay! que tienden
Los brazos vigorosos
A los remos, y encienden
Las mares espumosas por do hienden.
El Eolo derecho
Hinche la vela en popa, y larga entrada
Por el Hercúleo estrecho
Con la punta acerada
El gran padre Neptuno da á la Armada.
Ay triste! ¿y aun te tiene
El *mal dulce* regazo? ¿ni llamado
Al mal que sobreviene
No acorres? ¿ocupado
No ves ya el puerto á Hércules sagrado?
Acude, acorre, vuela,
Traspasa el alta sierra, ocupa el llano,
No perdones la espuela,
No des paz á la mano,
Menea fulminando el hierro insano.
¡Ay cuanto de fatiga,
Ay cuanto de sudor está presente
Al que viste loriga,
Al infante valiente,

A hombres y caballos juntamente.
  Y tu, Bétis divino,
De sangre agena y tuya amancillado,
Darás al mar vecino,
¡Cuanto yelmo quebrado!
¡Cuanto cuerpo de nobles destrozado!
  El furibundo Marte
Cinco luces las haces desordena
Igual á cada parte;
La sexta, ¡ay! te condena,
O cara patria, á bárbara cadena.

III.

LA NOCHE SERENA.

  Cuando contemplo el cielo
De inumerables luces adornado,
Y miro hácia el suelo
De noche rodeado,
En sueño y en olvido sepultado;
  El amor y la pena
Despiertan en mi pecho un ansia ardiente,
Despiden larga vena
Los ojos hechos fuente,
Oloarte, y digo al fin con voz doliente,

Morada de grandeza,
Templo de claridad y hermosura,
El alma que á tu alteza
Nació, ¿qué desventura
La tiene en esta cárcel baja, escura?
¿Qué mortal desatino
De la verdad aleja así el sentido,
Que de tu bien divino
Olvidado, perdido
Sigue la vana sombra, el bien fingido?
El hombre está entregado
Al sueño, de su suerte no cuidando,
Y con paso callado
El cielo vueltas dando,
Las horas del vivir le va hurtando.
Oh! despertad, mortales,
Mirad con atencion en vuestro daño!
¿Las almas inmortales,
Hechas á bien tamaño,
Podrán vivir de sombras y de engaño?
Ay! levantad los ojos
A aquella celestial eterna esfera,
Burlaréis los antojos
De aquesta lisongera

Vida, con cuanto teme y cuanto espera.
¿Es mas que un breve punto
El bajo y torpe suelo, comparado
Con este gran trasunto
Do vive mejorado
Lo que es, lo que será, lo que ha pasado?
Quien mira el gran concierto
De aquestos resplandores eternales,
Su movimiento cierto,
Sus pasos desiguales,
Y en proporcion concorde tan iguales:
La luna como mueve
La plateada rueda, y va en pos de ella,
La luz do el saber llueve,
Y la graciosa estrella
De amor la sigue reluciente y bella:
Y como otro camino
Prosigue el sanguinoso Marte airado,
Y el Júpiter benigno
De bienes mil cercado
Serena el cielo con su rayo amado:
Rodéase en la cumbre
Saturno padre de los siglos de oro,
Tras él la muchedumbre

Del reluciente coro
Su luz va repartiendo y su tesoro :
¿Quien es el que esto mira,
Y precia la bajeza de la tierra,
Y no gime y suspira,
Y rompe lo que encierra
El alma, y de estos bienes la destierra?
Aquí vive el contento,
Aquí reina la paz, aquí asentado
En rico y alto asiento
Está el amor sagrado,
De glorias y deleites rodeado.
Inmensa hermosura
Aquí se muestra toda, y resplandece
Clarísima luz pura
Que jamas anochece,
Eterna primavera aquí florece.
¡O campos verdaderos!
¡O prados con verdad frescos y amenos!
¡Riquísimos mineros!
¡O deleitosos senos!
¡Repuestos valles de mil bienes llenos!

IV.

A FELIPE RUIZ.

¿Cuando será que pueda
Libre de esta prision volar al cielo,
Felipe; y en la rueda,
Que huye mas del suelo,
Contemplar la verdad pura sin duelo?
Allí á mi vida junto,
En luz resplandeciente convertido
Veré distinto y junto
Lo que es, y lo que ha sido,
Y su principio propio y ascondido.
Entónces veré como
La soberana mano echó el cimiento
Tan á nivel y plomo,
Do estable y firme asiento
Posee el pesadísimo elemento.
Veré las inmortales
Colunas do la tierra está fundada,
Las lindes y señales
Con que á la mar hinchada
La providencia tiene aprisionada:
Porque tiembla la tierra,

Porque las hondas mares se embravecen,
Do sale á mover guerra
El cierzo, y porque crecen
Las aguas del Océano, y descrecen:
De do manan las fuentes,
Quien ceba y quien bastece de los rios
Las perpetuas corrientes,
De los helados frios
Veré las causas, y de los estíos:
Las soberanas aguas
Del aire en la region quien las sostiene,
De los rayos las fraguas,
Do los tesoros tiene
De nieve Dios, y el trueno donde viene.
¿No ves cuando acontece
Turbarse el aire todo en el verano?
El dia se ennegrece,
Sopla el gallego insano,
Y sube hasta el cielo el polvo vano:
Y entre las nubes mueve
Su carro, Dios ligero y reluciente,
Horrible son conmueve,
Relumbra fuego ardiente,

Treme la tierra, humíllase la gente.
La lluvia baña el techo,
Envian largos rios los collados;
Su trabajo deshecho,
Los campos anegados,
Miran los labradores espantados.
Y de allí levantado
Veré los movimientos celestiales,
Ansí el arrebatado,
Como los naturales,
Las causas de los hados, las señales.
Quien rige las estrellas
Veré, y quien las enciende con hermosas
Y eficaces centellas,
Porque estan las dos osas
De bañarse en el mar siempre medrosas.
Veré este fuego eterno,
Fuente de vida y luz do se mantiene;
Y porque en el invierno,
Tan presuroso viene
Quien en las noches largas le detiene.
Veré sin movimiento
En la mas alta esfera las moradas

Del gozo y del contento,
De oro y luz labradas,
De espíritus dichosos habitadas.

V.

A LA ASCENSION.

¿Y dejas, Pastor santo,
Tu grey en este valle hondo, oscuro,
Con soledad y llanto,
Y tú rompiendo el puro
Aire, te vas al inmortal seguro?
Los ántes bien hadados,
Y los agora tristes y afligidos,
A tus pechos criados,
De tí desposeidos
¿A do convertirán ya sus sentidos?
¿Que mirarán los ojos
Que viéron de tu rostro la hermosura,
Que no les sea enojos?
Quien oyó tu dulzura,
¿Qué no tendrá por sordo y desventura?
¿Aqueste mar turbado
Quien le pondrá ya freno? ¿quien concierto

Al viento fiero airado?
¿Estando tú encubierto
Que norte guiará la nave al puerto?
Ay! nube envidiosa
Aun de este breve gozo, qué te aquejas?
¿Do vuelas presurosa?
¡Cuan rica tú te alejas!
¡Cuan pobres, y cuan ciegos, ay, nos dejas!

VI.

DE LA AVARICIA.

En vano el mar fatiga
La vela Portuguesa, que ni el seno
De Persia, ni la amiga
Maluca da árbol bueno,
Que pueda hacer un animo sereno.
No da reposo al pecho,
Felipe, ni la India, ni la rara,
Esmeralda provecho,
Que mas tuerce la cara,
Cuanto posee mas el alma avara.
Al capitan romano
La vida, y no la sed quitó el bebido

Tesoro Persiano,
Y Tantalo metido
En medio de las aguas afligido.
De esta sed y mas dura
La suerte es del mezquino, que sin tasa
Se cansa así, y endura
El oro, y la mar pasa
Osado, y no osa abrir la mano escasa.
¿Qué vale el no tocado
Tesoro, si corrompe el dulce sueño?
¿Si estrecha el ñudo dado?
¿Si *mas* enturbia el ceño,
Y deja en la riqueza pobre el dueño?

VII.

A DON PEDRO PORTOCARRERO.

No siempre es poderosa,
Portocarrero, la maldad, ni atina
La envidia ponzoñosa,
Y la fuerza sin ley, que mas se empina,
Al fin la frente inclina,
Que quien se opone al cielo,
Cuando mas alto sube, viene al suelo.

Testigo es manifiesto
El parto de la tierra mal osado,
Que cuando tuvo puesto
Un monte encima de otro y levantado,
Al hondo derrocado,
Sin esperanza gime,
Debajo su edificio que le oprime.
Si ya la niebla fria
Al rayo que amanece odiosa ofende,
Y contra el claro dia
Las alas escurísimas estiende,
No alcanza lo que emprende
Al fin, y desparece,
Y el sol puro en el cielo resplandece.
No pudo ser vencida,
Ni lo será jamas, ni la llaneza,
Ni la inocente vida,
Ni la fe sin errór, ni la pureza,
Por mas que la fiereza
Del tigre ciña un lado,
Y el otro el basilisco emponzoñado.
Por mas que se conjuren
El odio y el poder y el falso engaño,
Y ciegos de ira apuren

Lo propio y lo diverso ageno, estraño,
Jamas le harán daño:
Antes cual fino oro
Recobra del crisol nuevo tesoro.
El animo constante
Armado de verdad, mil aceradas,
Mil puntas de diamante
Embota y enflaquece, y desplegadas
Las fuerzas encerradas,
Sobre el opuesto bando
Con poderoso pie se ensalza hollando.
Y con cien voces suena
La fama, que á la sierpe, el tigre fiero
Vencidos los condena
A daño no jamas perecedero,
Y con vuelo ligero
Venciendo la victoria
Corona al vencedor de gozo y gloria.

VIII.

CONTRA UN JUEZ AVARO.

Aunque en ricos montones,
Levantes el cautivo y inútil oro,

Y aunque tus posesiones
Mejores con ageno daño y lloro,
Y aunque cruel tirano
Oprimas la verdad, y tu avaricia
Vestida en nombre vano,
Convierta en compra y venta la justicia.
Aunque engañes los ojos
Del mundo á quien adoras, no por tanto
No nacerán abrojos
Agudos en tu alma, ni el espanto
No velará en tu lecho,
Ni escucharás la cuita y agonía
El último despecho,
Ni la esperanza buena en compañía
Del gozo tus umbrales
Penetrará jamas, ni la Megera
Con llamas infernales,
Con serpentino azote la alta y fiera
Y diestra mano armada,
Saldrá de tu aposento sola una hora.
Y ni tendrás clavada
La rueda, aunque mas puedas, voladora
Del tiempo hambriento y crudo,
Que viene con la muerte conjurado

A dejarte desnudo
Del oro y cuanto tienes mas amado,
Y quedarás sumido
En males no finibles, y en olvido.

SONETO.

Ahora con la Aurora se levanta
Mi luz, ahora coge en rico nudo
El hermoso cabello, agora el crudo
Pecho ciñe con oro, y la garganta.
Agora vuelta al cielo pura y santa
Las manos y ojos bellos alza, y pudo
Dolerse agora de mi mal agudo,
Agora incomparable tañe y canta.
Así digo, y del dulce error llevado
Presente ante mis ojos la imagino,
Y lleno de humildad y amor la adoro.
Mas luego vuelve en sí el engañado
Animo, y conociendo el desatino,
La rienda suelta largamente al lloro.

EPITAFIO

AL TUMULO DEL PRINCIPE DON CARLOS.

Aquí yacen de Cárlos los despojos,
La parte principal volvióse al cielo,
Con ella fué el valor; quedóse al suelo
Miedo en el corazon, llanto en los ojos.

COPLAS

A UNA DESDEÑOSA:

Vuestra tirana esencion,
Y ese vuestro cuello erguido
Estoy cierto que Cupido
Pondrá en dura sujecion.
Vivid esquiva y esenta,
Que á mi cuenta
Vos serviréis al amor,
Cuando de vuestro dolor
Ninguno quiera hacer cuenta.
Cuando la dorada cumbre
Fuere de nieve esparcida,
Y las dos luces de vida

Recogieron ya su lumbre :
Cuando la ruga cenojosa
En la hermosa
Frente y cara se mostrare,
Y el tiempo que vuela hollare
Esa fresca y linda rosa.
Cuando os viérédes perdida,
Os perderéis por querér,
Sentiréis qué es padecer,
Querer y no ser querida :
Diréis con dolor, señora,
Cada hora :
¡Quien tuviera, ay sin ventura,
O agora aquella hermosura,
O entónces el amor de hora!
A mil gentes que agraviadas
Teneis con vuestra porfia,
Dejaréis en aquel dia
Alegres y bien vengadas :
Y por mil partes volando,
Publicando
El amor irá este cuento,
Para aviso y escarmiento
De quien no sigue su bando.

Ay por Dios, señora bella,
Mira por vos miéntras dura
Esa flor graciosa y pura,
Que el no gozalla es perdella:
Y pues no ménos discreta
Y perfeta
Sois que bella y desdeñosa,
Mirad que ninguna cosa
Hay, que á amor no esté sujeta.
El amor gobierna el cielo,
Con ley dulce eternamente;
¿Y quereis vos ser valiente
Contra él? Acá en el suelo,
Da movimiento y viveza
A la belleza
El amor, y es dulce vida,
Y la suerte mas valida
Sin él es pobre tristeza.
¿Qué vale el beber en oro,
El vestir seda y brocado,
El techo rico labrado,
Y los montes del tesoro?
¿Y que vale si, á derecho,
Os da pecho

El mundo todo y adora,
Si á la fin dormis, señora,
En el solo y frio lecho?

DECIMA.

Aquí, la envidia y mentira
Me tuviéron encerrado.
Dichoso el humilde estado
Del sabio que se retira
De aqueste mundo malvado,
Y con pobre mesa y casa
En el campo deleitoso
Con solo Dios se compasa,
Y á solas su vida pasa,
Ni envidiado, ni envidioso.

ODA.

IMITACION DE HORACIO.

No siempre descendiendo
La lluvia de las nubes baña el suelo,
Ni siempre está cubriendo
Los campos con la escarcha el torpe yelo,

Ni está la mar salada
Siempre con tempestades alterada.
  Ni en la áspera montaña
Los vientos de contino haciendo guerra
Ejecutan su saña,
Ni siempre en la alta sierra
Desnuda la arboleda
Sin hoja, Nise, y sin verdor se queda.
  Mas tú continuamente
Insistes en llorar á tu robada
Madre con voz doliente,
Ni á tí la luz dorada
Del sol cuando amanece
Mitiga tu dolor, ni si anochece.
  Pues no lloró al querido
Antiloco sin fin el padre anciano
Que tres edades vido,
Ni siempre en el troyano
Suelo fué lamentado
El príncipe Troilo en flor cortado.
  Da fin ya á tus querellas;
Y vuelta al dulce canto que sollas;
O canta mis centellas,
O tus duras porfías,

Que convierten en rios
Los siempre lagrimosos ojos mios.
Di como me robaste
De en medio el tierno pecho el alma y vida:
Di como me dejaste,
Jamas de mí ofendida,
Y como tú de ingrata
Te precias, y de amar yo á quien me mata.
Y como aunque falloce
En mí ya la esperanza y alegría,
La fe viviendo crece
Mas firme cada dia,
Y siendo el agraviado,
Perdon ante tus pies pido humillado.

CANCION.

IMITACION DEL PETRARCA.

Mi trabajoso dia
Hácia la tarde un poco declinaba,
Y libre ya del grave mal pasado
Las fuerzas recogia,
Cuando (sin entender quien me llamaba)
A la entrada me halle de un verde prado

De flores mil sembrado,
Obra do se estremó naturaleza.
El suave olor, la no vista belleza
Me convidó á poner allí mi asiento.
¡Ay triste! que al momento
La flor quedó marchita,
Y mi gozo tornó en pena infinita.
De labor peregrina
Una casa real ví, cual labrada
Ninguna fué jamas por sabio Moro.
El muro plata fina,
De perlas y rubíes era la entrada,
La torre de marfil, el techo de oro:
Riquísimo tesoro
Por las claras ventanas descubria,
Y dentro una dulcísima armonía
Sonaba, que me puso en esperanza
De eterna bienandanza.
Entré, que no debiera,
Hallé por paraiso cárcel fiera.
Cercada de frescura,
Mas clara que el cristal hallé una fuente.
En un lugar secreto y deleitoso
De entre una peña dura

Nacia, y murmurando dulcemente
Con su correr hacia el campo hermoso,
Yo todo deseoso
Lancéme por beber. ¡Ay triste y ciego!
Bebí por agua fresca ardiente fuego :
Y por mayor dolor el cristalino
Curso mudó el camino,
Que causa que muriendo
Agora viva, en sed y pena ardiendo.
De blanco y colorado
Una paloma y de oro matizada,
La mas bella y mas blanca que se vido,
Me vino mansa al lado
Cual una de las dos por quien guiada
La rueda es de quien reina en Pafo y Gnido.
¡Ay! yo de amor vencido
En el seno la puse, que al instante
En mi pecho lanzó el pico tajante,
Y me robó cruel el alma y vida :
Y luego convertida
En águila alzó el vuelo :
Quedé merced pidiendo yo en el suelo.
Al fin vi una doncella
Con semblante real, de gracia lleno,

De amor rico tesoro y de hermosura.
Puesto delante della
Humilde le ofrecí, abierto el seno,
Mi corazon y vida con fe pura.
¡Ay! ¡cuan poco el bien dura!
Alegre lo tomó, y dejó bañada
Mi alma de placer: mas luego airada
De mí se retiró por tal manera,
Como si no tuviera
En su poder mi suerte,
¡Ay dura vida! ¡ay perezosa muerte!
Cancion, estas visiones
Ponen en mí encendida
Ansia de fenecer tan triste vida.

IMITACION DEL BEMBO.

Señor, aquel amor por quien forzado
Muriendo de mi mal hiciste enmienda,
Nos libre de tu ira, y nos defienda.
Mira, padre amoroso,
Cuanto es tenaz esta mundana liga,
Y como el engañoso
Contrario con mil lazos nos obliga,

Y el dulce con que cubre su enemiga:
Por donde si acontece que nos prenda,
Tu blanda piedad á esto atienda.
¿Quien hay que no confiese,
Señor, que son sin fin nuestras maldades?
Mas ¿si culpa no hubiese,
A do mostrarias tus piedades?
¿En qué relucirian tus bondades?
Las cuales porque el hombre las entienda
No tomes á despecho que te ofenda.
Tú, padre, nos lanzaste
En este mar, y tú nos saca á puerto.
Y si ya nos amaste
Cuando el suelo te tuvo vivo y muerto,
Amanos tambien hora, y nuestro tuerto
A tu dulce perdon no ponga vianda,
Mas siempre mas copioso en nos descienda.

SALMO XII.

Usquequò, Domine.

Dios mio, ¿hasta cuando
Ha de durar aqueste eterno olvido,
Que vas conmigo usando?

¿Hasta cuando ofendido
De mí, tu rostro mostrarás torcido?
Y entre consejos ciento
¿Hasta cuando andaré desatinado?
¡Ay duro y gran tormento!
¿Hasta cuando hollado
Seré del enemigo crudo airado?
Convierte ya tu cara,
Aplica á mi querella tus oidos,
Dios mio, y con luz clara
Alumbra mis sentidos,
No sean del mortal sueño oprimidos,
No pueda mi adversario
Decir: prevalecíle algun dia.
Que si el duro contrario
Viese la muerte mia,
Extremos de placer y gozo haria.
Mas tu misericordia,
En quien, señor, confio, me asegura.
Hinchirá la victoria
Mi alma de dulzura:
Yo cantaré, y diré que soy tu hechura.

SALMO CXXXVI.

Super flumina.

Cuando presos pasamos
Los rios de Babilonia sollozando,
Un rato nos sentamos
A descansar llorando,
De tí, dulce Sion, nos acordando.
Allí de descontentos
Colgamos de los sauces levantados
Los dulces instrumentos
Que en Sion acordados
Solian tañer á Dios salmos sagrados.
Colgámoslos de enojo
De ver que aquellas bárbaras naciones
Tuviesen cruel antojo
De oir cantar canciones
A quien hacen llorar mil sinrazones.
Ellos como se viéron
Cerca de Babilonia en su region,
Canta y tañe dijéron,
Y no cualquier cancion,
Sino uno de los cantos de Sion.

Con amargos estremos,
Les respondímos presos en cadena:
¿No mandais que cantemos
Salmos en tierra agena
De Dios y de toda cosa buena?
Si yo miéntras viviere,
De tí Jerusalen no me acordaré,
Do quiera que estuviere,
Que ausente me hallare,
De mí me olvide yo, si te olvidare.
Si en tal prision y mengua
Puesto, por mí cancion fuere cantada,
La voz ronca y la lengua
Al paladar pegada
Quede, de haber cantado castigada.
Si tuviere contento
Sin tí, Sion, mi bien y mi alegría,
Con áspero tormento
Pague el placer de un dia
Con mil años de pena el alma mia.
Ten, o Señor, memoria
De los hijos de Edon en la alegría
De tu ciudad y gloria,
Vengando en aquel dia

Su furia, crueldad, y tiranía.
Castiga estos feroces
Guerreros, que venciendo no contentos,
Dicen á grandes voces:
Derriba los cimientos,
Asolad, asolad los fundamentos.
O Babilonia triste,
Dichoso el que te diere el justo pago
Del mal que nos hiciste,
Y dijera: yo hago
En nombre de Sion aqueste estrago.
Y en la justa venganza
Mas bendito será quien mas llevare
Por rigor la matanza,
A los niños que hallare
Con piedras sin piedad despedazare.

POESIAS ESCOGIDAS

DE

FRANCISCO DE LA TORRE.

THE TAYLOR INSTITUTION
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY
OF OXFORD
3 - DEC. 1935

NOTICIAS

DE

FRANCISCO DE LA TORRE.

Al tiempo de Fray Luis de Leon pertenecen en mi opinion las poesías de Francisco de la Torre, autor desconocido, publicadas por Quevedo en 1631. Nadie dudó entónces que estas obras fuesen de un poeta anterior al editor; pero casi en nuestros dias un hombre de mucho mérito (Don Luis Velazquez) las reimprimió con un discurso al frente en que aseguró eran una produccion de Quevedo; el cual habia querido publicar con nombre ageno sus versos amato-

ya las imágenes, ya la composicion, ya el todo. No es posible equivocarlos; como no es posible equivocar jamas á las mugeres que son bellas naturalmente con las que se martirizan para parecerlo.

Con efecto estas poesías de *Francisco de la Torre* son de los frutos mas exquisitos que dió entónces nuestro Parnaso. Todas pastoriles, sus imágenes, sus pensamientos y su estilo no desdicen nunca de este carácter, y guardan la propiedad mas rigurosa con él. Sus dotes mas eminentes son la sencillez de la expresion, la viveza y ternura de los afectos, la lozanía y amenidad risueña de la fantasía. Ningun poeta castellano ha sabido como él sacar de los objetos campestres tantos senti-

mientos tiernos y melancólicos: una tórtola, una cierva, un tronco derribado, una yedra caida, le sorprenden, le conmueven y excitan su entusiasmo y su ternura. Las imitaciones de los antiguos en que estas poesías abundan, están refundidas tan naturalmente en su carácter y estilo, que se identifican enteramente con él. Es lástima que á la pureza de su lenguage no añadiese mayor cuidado en la elegancia, que á veces padece por expresiones y voces triviales y prosaicas. A veces tambien la locucion se manifiesta obscura por dislocaciones ú omisiones de expresion, acaso hijas del descuido y corrupcion de los manuscritos. Por último se echa de ménos en sus églogas variedad, conocimiento del

arte del diálogo, oposicion y contraste entre las situaciones de los interlocutores: el poeta que pinta y siente con tanta delicadeza y fuego cuando habla por sí mismo, no acierta á hacer hablar á los otros, y se pierde en descripciones uniformes y prolijas que al fin cansan y fastidian.

POESIAS ESCOGIDAS

DE

FRANCISCO DE LA TORRE.

TIRSI.

ÉGLOGA.

Al tiempo que la dulce primavera
A su primer estado reducia
El campo de belleza despojado,
Coronando las flores la ribera
Que el inclemente yerto invierno habia
Con sus yelos y nieves abrasado;
Bordando el verde prado
Con los vivos colores
De azules, blancas flores,
Vistiendo las desnudas plantas de hojas,
Cuales escuras verdes, cuales rojas,
Entretejiendo el arboleda umbrosa,
Yedra con roble, vid con olmo hermosa;

En las concavidades de una piedra,
Que el presto curso de las aguas hace
En la ribera del Tesin florido,
Ornada toda de verbena y yedra,
Que á pura fuerza de las olas nace,
En el yerto peñasco endurecido:
Lugar sacro, ofrecido
A las Ninfas sagradas
De sus claras moradas:
Al tiempo que la luz del claro Apolo
El cóncavo orizonte deja solo,
Para gozar del presto movimiento,
Del animoso y encendido viento;
Aquí donde la fuente resonaba,
El aire entre las flores se mecia,
Los valles resonaban sin aliento,
El viento su braveza suspendia,
Y las yerbas y rosas meneaba,
Dando á su perfeccion mas ornamento;
Donde el divino acento
De las bellas sirenas
De las aguas serenas
Del cristalino rio sosegado
Detenian el ánimo pasmado,

Haciendo la caduca vida eterna
Al regalado son de la voz tierna;
Cuando la clara luz del rojo Apolo
Por el profundo reino de Neptuno
Al reino de la aurora descendia,
Dejando al mundo con su ausencia solo
Del rayo reluciente, que importuno,
Con mas ardor, que su sazon heria;
Los vientos encendia,
Las aguas aumentaba
Con las que derramaba
Tírsis *cuitado*, de quien es temida
Mas que su muerte su cansada vida,
Cuya probada y rigurosa suerte
Le acrecienta la vida por la muerte.
De su dolor gravísimo vencido
Tales extremos suspirando hacia
Que los peñascos duros ablandara,
Si consistiera en ellos el sentido,
Que en su Ninfa terrible consistia,
Filis sin duda su enemiga cara:
Cuya belleza rara
No á Tírsis pastor solo,
Mas al divino Apolo

Dejar hiciera su dorada esfera
Por su hermosura rigurosa y fiera;
Cuando cobrando su perdido aliento,
Así soltó la triste voz al viento.

Agora que mi suerte me concede
Tiempo para llorar mi desventura,
Mayor ventura que del cielo espero,
Fuerza será que convertido quede
En una planta, en una piedra dura.
Pues que de mi remedio desespero.
Amor injusto y fiero
Disimulado amigo,
Encubierto enemigo
Que mi rendido y lastimado pecho
Un infierno de penas tienes hecho,
Por haberme mostrado escasamente
La gloria de tu cielo reluciente:

Si con el alma, con la vida y gloria
Que mi perdida libertad me daba,
Satisfice la gloria que me diste,
Y si de mis despojos y victoria
Ganada voluntad, firmeza esclava,
Corona y triunfo al enemigo hiciste:
¿Qué cruda furia triste

Persigue mi sosiego
Talando á sangre y fuego
El real de mi pecho saqueado
A mi contrario francamente dado,
Si basta ser como á prision rendido,
Sin ser como enemigo perseguido?
  Allá tu poderosa mano vuelve,
Donde por el rigor del mar helado
No se puede extender tu ardiente fuego;
Que si como la siento, allí revuelve,
Poco será quedar tan abrasado
Como yo de llorar mis males, ciego.
Pasa encendiendo luego
Aquel esento pecho
Que niega tu derecho
Despreciando soberbia y crudamente
La dulce ley de tu rigor clemente,
De cuyo rigoroso altivo brio
Tiene principio el grave llanto mio.
  No pude proseguir las justas quejas,
Que del injusto y fiero amor formaba
El desdichado Tirsi desamado
Por llegar resonando á sus orejas
Un ay de rato en rato, que arrancaba

El corazon mas libre de cuidado :
Y habiendo apresurado
Por entre lo escondido
De un valle florecido
Siguiendo los suspiros dolorosos
Los tardos pasos ménos perezosos,
Hallando la ocasion de aquel estruendo,
Descuidado de sí quedó advirtiendo.
La mano de alabastro sustentando
El claro cielo al suelo reclinado
Aljofarando el prado florecido,
Como queda la mustia Clicie, cuando
Su claro amante queda transportado,
Una Ninfa del sacro rio vido,
Cuyo dolor crecido
Vertido por los ojos,
Por últimos despojos
De la alma mas rendida, que afligida,
Y mas abornecida, que rendida,
Declaraba la pena lamentable
Del espíritu suyo miserable.
Cuya belleza celestial mirando
Tan elevado se quedó advirtiendo
Como si la divina inmensa viera :

Y si del triste sentimiento blando,
Con que sus ansias iba despidiendo,
Al lastimado suyo no volviera,
No dudara que fuera
En piedra convertido,
Estando suspendido
En aquella vision maravillosa
A su sentido natural gloriosa:
Cuyo causado extraordinario espanto
No pudiera venir sino de tanto.
Y habiendo con suspiros dolorosos,
Con *tristísimas* lágrimas habiendo
Su *gravísima* pena declarado,
Deteniendo los vientos animosos,
Las sonoras aguas deteniendo
Con un volver de ojos sosegado,
Al son dulce acordado
De una sonora lira
Amansando la ira
De los contrarios fieros elementos
Revueltos de la furia de los vientos,
Dijo aquellas palabras lastimadas
De un mar de llanto y penas escapadas.
Injustísimo amor, ¿por qué consientes,

Que el triunfante contrario de mi vida
Desprecie los despojos ofrecidos?
Tú que los rigurosos accidentes
Que el alma triste tienen consumida
Tienes injustamente concebidos,
Abrasa los sentidos
Mas helados que nieve
De un libre que se atreve,
En solo su flaqueza confiado,
Resistir tu poder jamas domado.
Basta morir contino lastimada,
Sin vivir juntamente despreciada.
Tú que los abrasados corazones
Con hielo enciendes, y con fuego hielas,
Prendes, y libras milagrosamente:
Tú que las ardientísimas pasiones
De los amantes míseros consuelas
Con la esperanza que el dolor consiente,
Vuelve furiosamente
Tu no vencida mano
Al corazon tirano
Del riguroso endurecido pecho,
De sola su dureza satisfecho:
Y sienta tu potencia poderosa

Quien la desprecia como poca cosa.
Porque si justo, amor injusto fueras,
Ya tuvieras pasado el pecho esento
Del fiero monstruo, que adorando vivo:
Ya tuviera tu mano cruda y fiera
Ablandado el rigor del crudo intento
Que tu descuido tiene tan altivo.
Basta el cuerpo cautivo,
Sin rogar tanto en vano
Al vencedor tirano,
Que desprecia de un alma la victoria
Por *ser para su brio* poca gloria,
Por ser, ay triste, de quien él desama;
Que á tí te puede dar un alma fama.
Las derramadas lágrimas ardientes,
El ahinco del pecho levantado
Con las ansias del alma desamada,
Con otros mil contrarios accidentes
Que en un pecho de amor jamas tocado
Acabaran la vida fatigada:
La triste voz cansada
Apénas despedida
Del alma entristecida;
El aliento vital entorpecido,

El sentimiento sin ningun sentido,
Tanto con sus pasiones acabáron
Que la divina Ninfa desmayáron.
En el suelo cayó, como la rosa,
Que habiendo sido en el florido prado
Del nectar del Aurora sustentada,
Apénas la sazon del año hermosa,
Que sustentó su tiempo florecido,
Tras el invierno yerto fué pasada,
Cuando tras ella entrada
La sazon inclemente
De la calor ardiente
Los campos deleitosos abrasando,
Las sombras de los árboles negando,
Cuando de su color hermoso falta
Reclina la corona de hojas alta.
Y el cuitado pastor, que atento habia
Las dolorosas quejas escuchado
Con lágrimas de amor solemnizadas,
Viendo la Ninfa desmayada y fria,
El color de su rostro demudado,
Luego salió de aquellas enramadas;
Y con voces turbadas,
Hermosa Ninfa, dice,

¿Qué fortuna infelice
Turbó la nieve, y el cristal, y el ostro,
Colores vivas de tu bello rostro,
Que muestras tu belleza milagrosa,
Perdido el vivo de su luz hermosa?
Volvió luego la Ninfa suspirando,
Y al-desamado Tirsi conociendo,
No desdeñó su dulce compañía:
Y los cansados miembros levantando
Poco á poco se fuéron recogiendo
A la parte del valle mas sombría:
Cuya caverna umbría
De plantas coronada,
De flores matizada,
Es deleitosa parte defendida
De la furia del aire embravecida,
De los ardientes rayos, que el verano
Apolo tiende por el monte y llano.
De donde sobre mármoles de Paro
Como la nieve de la sierra helada,
Una fuente clarísima salia,
Cuyo cristal mas puro, vivo y claro,
Que el agua de la sierra despeñada,
El alameda fresca producia.

Donde despues que habia
Por un camino usado
Los árboles regado,
Por unos yertos riscos empinados
Del curso de las aguas quebrantados,
Haciendo un ronco son de peña en peña
En el sagrado rio se despeña.
Cuya rara belleza contemplando
Del deleitoso valle convidados,
En torno de la fuente se sentáron
Y sus penas gravísimas contando,
Uno del otro amante consolados,
El rigor de sus males aliviáron,
Cuando cerca escucháron
Un pastor lastimado
De su bien apartado
Que cantando divina y dulcemente,
De aquella gloria que gozó presente,
A la fuente purísima venia
Buscando su querida compañía.
Y á cantar incitados juntamente
Del mandamiento de la Ninfa hermosa,
Sus sonorosas liras acordadas,
Al rio deteniendo su corriente

Y al aura su presteza bulliciosa
Dulcemente sonáron meneadas :
Las selvas admiradas
No resonáron tanto
Al sonoroso canto
Con que los dos pastores lastimados
Aliviáron cantando sus cuidados,
Como cuàndo las hiere Boreas crudo,
Noto furioso de piedad desnudo.
Pusiéron fin al canto sonoroso
Y el claro sol al espacioso dia,
Acaso por oillos detenido,
Y dejando la fuente y valle umbroso,
Se fuéron recogiendo en compañía
A su comun albergue conocido.
Cuyo techo florido,
De plantas enramado
Habiéndose acabado,
La Ninfa se dejó llevar del rio
A su profundo cavernoso y frio,
Y los pastores, apartados della,
A su cabaña fresca, verde y bella.

CANCIONES.

I.

A UNA TÓRTOLA.

Tórtola solitaria, que llorando
Tu bien pasado, y tu dolor presente
Ensordeces la selva con gemidos:
Cuyo ánimo doliente
Se mitiga penando
Bienes asegurados y perdidos:
Si inclinas los oidos
A las piadosas y dolientes quejas
De un espíritu amargo,
(Breve consuelo de un dolor tan largo)
Con quien, amarga soledad, me aquejas,
Yo con tu compañía,
Y acaso á tí te aliviará la mia.
La rigurosa mano, que me aparta
Como á tí de tu bien, á mí del mio
Cargada va de triunfos y victorias:
Sábelo el monte y rio,
Que está cansada y harta

De marchitar en flor mis dulces glorias :
Y si eran transitorias,
Acabáralas golpe de fortuna :
No viera yo cubierto
De turbias nubes cielo que vi abierto
En la fuerza mayor de mi fortuna;
Que acabado con ellas
Acabaran mis llantos y querellas.
Parece que me escuchas, y parece
Que te cuento tu mal, que roncamente
Lloras tu compañía desdichada :
El ánimo doliente
Que el dolor apetece
Por un alivio de su suerte airada,
La mas apasionada
Mas agradable le parece, en tanto
Que el alma dolorosa
Llorando su desdicha rigurosa
Baña los ojos con eterno llanto;
Cuya pasion afloja
La vida al cuerpo, al alma la congoja.
¿No regalaste con tus quejas tiernas
Por solitarios y desiertos prados,
Hombres y fieras, cielos y elementos?

¿Lloraste tus cuidados
Con lágrimas eternas,
Duras y encomendadas á los vientos?
¿No son tus sentimientos
De tanta compasion, y tan dolientes
Que enternecen los pechos,
A rigurosas sinrazones hechos,
Que los haces crueles de dementes?
¿En que ofendiste tanto
Cuitada, que te sigue miedo y llanto?
Quien te vé por los montes solitarios
Mustia y enmudecida y elevada
De los casados árboles huyendo,
Sola, y desamparada
A los fieros contrarios,
Que te tienen en vida padeciendo:
Señal de agüero horrendo
Mostrarian tus ojos añublados,
Con las cerradas nieblas
Que levantó la muerte, y las tinieblas
De tus bienes supremos y pasados:
Llora, cuitada, llora,
Al venir de la noche, y de la aurora.
Llora desventurada, llora cuando

Vieres resplandecer la soberana
Lámpara del Oriente luminoso :
Cuando su blanca hermana
Muestra su rostro blando
Al pastorcillo de su Sol quejoso :
Y con llanto piadoso
Quéjate á las estrellas relucientes,
Regálate con ellas,
Que ellas tambien amáron bien, y dellas
Padeciéron mortales accidentes :
No temas que tu llanto
Esconda el Cielo en el nocturno espanto.
¿ Donde vas avecilla desdichada ?
¿ Donde puedes estar mas afligida ?
Hágote compañía con mi llanto.
¿ Busco yo nueva vida
Que la desventurada
Que me persigue, y que te aflige tanto ?
Mira que mi quebranto,
Por ser como tu pena rigurosa,
Busca tu compañía,
No menosprecies la doliente mia,
Por ménos fatigada y dolorosa,
Que si te persuadieras,

Con la dureza de mi mal vivieras.
Vuelas al fin, y al fin te vas llorando,
El Cielo te defienda, y acreciente
Tu soledad, y tu dolor eterno.
Avecilla doliente
Andes la selva errando
Con el sonido de tu arrullo eterno:
Y cuando el sempiterno
Cielo cerrare tus cansados ojos,
Llórete Filomena
Ya regalada un tiempo con tu pena,
Sus hijos hechos míseros despojos
Del azor atrevido
Que adulteró su regalado nido.
Cancion, en la corteza de este roble
Solo y desamparado
De verdes hojas, verde vid, y verde
Yedra quedad; que el hado,
Que mi ventura pierde,
Mas estéril y solo se me ha dado.

II.

LA CIERVA.

Doliente cierva, que el herido lado
De ponzoñosa y cruda yerba lleno
Buscas el agua de la fuente pura,
Con el cansado aliento, y con el seno
Bello, de la corriente sangre hinchado,
Débil, y descaida tu hermosura:
Ay! que la mano dura,
Que tu nevado pecho
Ha puesto en tal estrecho,
Gozosa va con tu desdicha, cuando
Cierva mortal, viviendo, estás pensando
Tu desangrado y dulce compañero,
El regalado y blando
Pecho pasado del veloz montero:
Vuelve cuitada, vuelve al valle, donde
Queda muerto tu amor, en vano dando
Términos desdichados á tu suerte.
Morirás en su seno, reclinando
La beldad, que la cruda mano esconde
Delante de la nube de la muerte.

Que el paso duro y fuerte,
Ya forzoso y terrible,
No puede ser posible
Que le escusen los Cielos; permitiendo
Crudos astros, que muera padeciendo
Las asechanzas de un montero crudo,
Que te vino siguiendo
Por los desiertos de este campo mudo.
Mas ay! que no dilatas la inclemente
Muerte, que en tu sangriento pecho llevas,
Del crudo amor vencido, y maltratado.
Tú con el fatigado aliento pruebas
A rendir el espíritu doliente,
En la corriente de este valle amado.
Que el ciervo desangrado,
Que contigo la vida
Tuvo por bien perdida,
No fué tan poco de tu amor querido,
Que habiendo tan cruelmente padecido,
Quieras vivir sin él, cuando pudieras
Librar el pecho herido
De crudas llagas, y memorias fieras.
Cuando, por la espesura deste prado
Como tórtolas solas y queridas,

Solos, y acompañados anduvistes :
Cuando de verde mirto y de floridas
Violetas, tierno acanto y lauro amado,
Vuestras frentes bellísimas ceñístes.
Cuando, las horas tristes,
Ausentes, y queridos,
Con mil mustios bramidos
Ensordecístes la ribera umbrosa
Del claro Tajo, rica y venturosa
Con vuestro bien, con vuestro mal sentida;
Cuya muerte penosa
No deja rastro de contenta vida.
Agora el uno, cuerpo muerto lleno
De desden y de espanto, quien solia
Ser ornamento de la selva umbrosa :
Tú, quebrantada y mustia, al agonía
De la muerte rendida, y el bello seno
Agonizando, el alma congojosa :
Cuya muerte gloriosa,
En los ojos de aquellos
Cuyos despojos bellos
Son victorias del crudo amor furioso,
Martirio fué de amor, triunfo glorioso
Con que corona, y premia dos amantes

Que del siempre rabioso
Trance mortal, saliéron muy triunfantes.
Cancion, fábula un tiempo, y caso agora
De una cierva doliente, qué la dura
Flecha del cazador dejó sin vida,
Errad por la espesura
Del monte, que de gloria tan perdida
No hay sino lamentar su desventura.

ODAS.

I.

Mira, Filis, furiosa
Onda, que sigue, y huye la ribera,
Y torna presurosa,
Echando al punto fuera
Del agua el peso de la nao ligera.
Aquellas despojadas
Plantas, que son estériles abrojos
Solian adornadas
De cárdenos, y rojos
Ramos lucir ante tus bellos ojos.
Vino del Austro frio
Invierno yerto, y abrasó la hermosa

Gloria del valle umbrío,
Y derribó la hojosa
Corona de los árboles umbrosa.
Agora que el Oriente
De tu belleza reverbera, agora
Que el rayo trasparente
De la rosada Aurora
Abre tus ojos, y tu frente dora:
Antes que la dorada
Cumbre de relucientes llamas de oro,
Húmeda y argentada
Quede inútil tesoro
Consagrado al errante y fijo coro;
Goza Filis del aura
Que la concha de Vénus hiere; dado
Que apénas se restaura
El contento pasado,
Como el dia de ayer, y el no gozado.
Vendrá la temerosa
Noche, de nieblas y de vientos llena,
Marchitará la rosa
Purpúrea; y la azucena
Nevada, mustia tornará de amena.

II.

Tirsis! ah Tírsis! vuelve y endereza
Tu navecilla contrastada y frágil
A la seguridad del puerto: mira
Que se te cierra el cielo.
El frio Boreas, y el ardiente Noto,
Apoderados de la mar insana,
Anegáron agora en este piélago
Una dichosa nave.
Clamó la gente mísera, y el cielo
Escondió los clamores y gemidos
Entre los rayos y espantosos truenos
De su turbada cara.
¡Ay! que me dice tu animoso pecho,
Que tus atrevimientos mal regidos
Te ordenan algun caso desastrado
Al romper de tu Oriente!
¿No ves, cuitado, que el hinchado Noto
Trae en sus remolinos polvorosos
Las imitadas mal seguras alas
De un atrevido mozo?
¿No ves, que la tormenta rigurosa
Viene del abrasado monte donde

Yace muriendo vivo el temerario
Encélado y Tifeo?
Conoce desdichado tu fortuna,
Y preven á tu mal, que la desdicha
Prevenida con tiempo no penetra
Tanto como la súbita.
Ay que te pierdes! vuelve Tírsis, vuelve:
Sierra, tierra, que brama tu navío,
Hecho prision y cueva sonorosa
De los hinchados vientos.
Allá se avenga el mar, allá se avengan
Los mal regidos súbditos del fiero
Eolo, con soberbios navegantes,
Que su furor desprecian.
Miremos la tormenta rigurosa
Dende la playa, que el airado cielo
Ménos se encruelece de continuo
Con quien se anima ménos.

III.

¿Viste, Filis, herida
Cierva de la saeta, que temiendo
Nuevo daño, la vida
Cara pierde, vertiendo

La roja sangre que dilata huyendo?
¿Viste resplandeciente
Cielo, del cuerpo de las nubes suelto
Turbarse, y el ardiente
Soplo de Boreas vuelto,
Dejar el mundo en sombra y agua envuelto?
¿Viste de la empinada
Cumbre sacar á Febó la cabeza
Roja, y acelarada
Noche con gran tristeza
Salir escureciendo su belleza?
¿Viste volando hermosa
Garza señorearse deste Cielo:
Y salir de la odiosa
Mano, torciendo el vuelo,
Sacre, que la derriba por el suelo?
¿Lúcidas flores viste,
A quien, o Aurora, fuiste su Lucina,
Y viene el Euro triste,
Y á la tierra reclina
La corona de hojas mortecina?
Así fué mi ventura,
Y así, Filis, podria ser tu suerte:
No vivas tan segura

Del mal, que hasta la muerte
No hay estado tan firme, que sea fuerte.
Cuando Júpiter tira
A las alturas de la humilde tierra,
Jamas alcanza su ira
Al valle; que en la sierra
Yace penando quien le armó la guerra.
El aire se embravece,
Y entre los verdes árboles bramando
Cobra fuerzas y crece,
Sopla y está silbando,
Y en el suelo las flores regalando.

IV.

Sale de la sagrada
Cipro la soberana Ninfa Flora,
Vestida, y adornada
Del color de la Aurora,
Con que pinta la tierra, el cielo dora.
De la nevada, y llana
Frente del levantado monte arroja
La cabellera cana
Del viejo invierno, y moja
El nuevo fruto en esperanza y hoja.

Deslízase corriendo
Por los hermosos mármoles de Paro,
Las alturas huyendo
Un arroyuelo claro,
De la cuesta beldad, del valle amparo.
Corre bramando, y salta,
Y codiciosamente procurando
Adelantarse, esmalta
De plata el cristal blando,
Con la espuma que cuaja golpeando.
Viste, y ensoberbece
Con diferentes hojas la corona
De plantas, y florece
Las que apénas perdona
Furioso rayo de la ardiente zona.
El regalado aliento
Del bullicioso Céfiro encerrado
En las hojas, el viento
Enriquece y el prado,
Este de flor, y aquel de olor sagrado.
Y reducido, cuanto
Baña el mar, tiene el suelo, el cielo cria,
Á mas bien con el llanto,
Que al asomar del dia

Viene haciendo la Aurora húmida y fria :
  Todo brota, y extiende
Ramas, hojas y flores, nardo y rosa;
La vid enlaza, y prende
El olmo, y la hermosa
Yedra sube tras ella presurosa.
  Yo triste, el cielo quiere,
Que yerto invierno ocupe el alma mia
Y que si rayo viere
De aquella luz del dia,
Furioso sea, y no como solia.
  Renueva Filis esta
Esperanza marchita, que la helada
Aura de tu respuesta
Tiene desalentada :
Ven, Primavera, ven mi flor amada.
  Ven, Filis, y del grato
Invidiado contento del aldea
Goza, que el pecho ingrato,
Que tu beldad afea,
Aquí tendrá el descanso que desea.

SONETOS.

I.

Salve sagrado y cristalino rio
De sauces y de cañas coronado,
De arenas de oro y de cristal ornado,
Y de crecientes con el llanto mio.
Salve, y dilata tu ancho poderío
Por la orla Sabea, y el dorado
Cerco de perlas, que el licor sagrado
Enriquece tu eterno señorío.
Y así tus Ninfas te detengan, cuando
Pases por el estrecho deleitoso
De la concha de Vénus amorosa;
Que saques la cabeza serenando
Este cerco de nubes espantoso,
En compañía de mi Ninfa hermosa.

II.

¡Cuantas veces te me has engalanado,
Clara y amiga noche! ¡cuantas llena
De oscuridad y espanto, la serena
Mansedumbre del cielo me has turbado!

Estrellas hay que saben mi cuidado,
Y que se han regalado con mi pena:
Que entre tanta beldad, la mas agena
De amor, tiene su pecho enamorado.
Ellas saben amar, y saben ellas
Que he contado su mal llorando el mio,
Envuelto en los dobleces de tu manto.
Tú, con mil ojos, noche, mis querellas
Oye, y esconde; pues mi amargo llanto
Es fruto inútil, que al amor envio.

III.

Bella es mi Ninfa, si los lazos de oro
Al apacible viento desordena;
Bella si de sus ojos enagena
El altivo desden que siempre lloro.
Bella, si con la luz que sola adoro
La tempestad del viento y mar serena;
Bella si á la dureza de mi pena
Vuelve las gracias del celeste coro.
Bella si mansa, bella si terrible,
Bella si cruda, bella esquiva, y bella
Si vuelve grave aquella luz del cielo;
Cuya beldad humana y apacible,

Ni se puede saber lo que es sin vella,
Ni, vista, entenderá lo que es el suelo.

IV.

Si lo que el alma me revela, cuando,
Filis, contemplo la divina y rara
Beldad al mundo, mas que el cielo clara,
Que adoro ardiendo, y reverencio amando,
Con el acento doloroso y blando,
Que me quejo de tí significara,
Parara al sol, las fieras humillara,
Arrebatara el cielo contemplando.
Mas como el rayo de tus bellos ojos
Otras tinieblas amanece agora
En el que fué mi ocaso escurecido;
Silencio eterno esconde el que te adora,
A quien los rayos de tu oriente rojos
Encubren nubes de perpetuo olvido.

V.

Viva yo siempre ansí con tan ceñido
Lazo, Filis, contigo, como aquesta
Yedra inmortal, en esta encina puesta,
Que le enreda su tronco envejecido.

Mira allí un olmo seco, y un florido
Junto á la fuente, que una vid le presta
Hermosura y valor; y tú dispuesta
A perseguirme, pónesme en olvido.
Por tí, cruel, olvido mi ganado,
Y le dejo sin guarda del ardiente
Febo cruel (ganado que tú amaste):
Un cabritillo deste coronado
Monte vi yo llevar; lloré, y presente
A mi dolor soberbia te gozaste.

VI.

Filis, mas bella y mas resplandeciente
Que el claro cielo, y que el ameno prado,
Este gamo de flores coronado,
Que á su madre quité, te ofrezco ausente.
Riéndoseme agora dulcemente,
Me le pidió Testilis; mas cansado
Me tienen ya sus risas; que tu helado
Ceño me ha de perder eternamente.
A tí le doy, y á tí tambien te guardo
Dos tórtolas hermosas, y una bella
Garza, que ayer cogí del monte al rio.
Y si el amor de Tírsis por el mio

Quieres dejar, escoge tú de aquella
Manada mia un toro blanco y pardo.

VII.

Pastor, que leas en esta, y en aquella
Planta, Fili, y Damon, que á Fili adora,
Sabe, que tanto fué piadosa agora
Fili á Damon, cuanto es terrible, y bella;
¡Ay! yo la llamo, yo la ruego, y ella
Mísero no me escucha, y huye á la hora,
Y cuanto me huye mas, mas me enamora,
Que en ella puso su crueldad mi estrella.
Ayer llevando mi ganado al rio,
Al pie de un verde mirto entretejiendo
Violetas y amaranto la ví sola:
Ladró Melampo, y ella cruel huyendo,
Desamparando monte, y valle umbrío,
Huyó de mí, y el viento socorrióla.

VIII.

Mi propio amor entiendo, que es la cierta
Causa que mi ganado sin contento
Se rige apena en pie, no lluvia ó viento,
Ni pasto amargo de montaña yerta.

¿Mas qué cuidado es este, si la incierta
Muerte luchando con el alma siento,
Y Filis cruda, nunca me arrepiento
De verte siempre de piedad desierta?
O! si al ménos sobre este monte yerto
Adonde lloro de continuo tanto,
Aquel pino cubriese el cuerpo mio:
Y pasando por este valle umbrío,
Dijeses, Filis, con amargo llanto,
Allí yace mi triste amante muerto.

IX.

Esta es, Tírsis, la fuente de solía
Contemplár su beldad mi Filis bella:
Este el prado gentil, Tírsis, donde ella
Su hermosa frente de su flor ceñía.
Aquí, Tírsis, la ví cuando salía
Dando la luz de una y otra estrella,
Allí, Tírsis, me vido, y tras aquella
Haya se me escondió, y así la via.
En esta cueva de este monte amado
Me dió la mano, y me ciñó la frente
De verde yedra, y de violetas tiernas.
Al prado y haya, y cueva y monte, y fuente,

Y al cielo, desparciendo olor sagrado,
Rindo por tanto bien gracias eternas.

X.

Vuelve Céfiro, brota, viste y cria
Flores, plantas y yerbas olorosas;
El cielo dora, y de purpúreas rosas,
Blancas y rojas teje selva umbría.
Al rio claro y á la mansa fria
Aura, templanza, y á las sonorosas
Aves, el canto restituye, ociosas
Cuando el invierno el cielo les cubria;
Y nunca ¡o tiempo! por mí mal rogado
Traes una primavera deseada
A la seca esperanza de mi vida.
Teman otros mudanzas de tu estado,
Que solo tu firmeza porfiada
Puede ser de mi espíritu temida.

ENDECHAS.

I.

El pastor mas triste,
Que ha seguido el Cielo,

Dos fuentes sus ojos,
Y un fuego su pecho;
Llorando caidas
De altos pensamientos,
Solo se querella,
Riberas del Duero.
El silencio amigo,
Compañero eterno
De la noche sola
Oye su tormento.
Sus endechas llevan
Rigurosos vientos,
Como su firmeza
Mal tenidos zelos.
Solo y pensativo
Le halla el claro Febo,
Sale su Diana,
Y hállale gimiendo.
Cielo que le aparta
De su bien inmenso,
Le ha puesto en estado
De ningun consuelo.
Tórtola cuitada,
Que el montero fiero

Le quitó la gloria
De su compañero,
Elevada y mustia
Del piadoso acento,
Que oye suspirando
Entregar al viento:
Porque no se pierdan
Suspiros tan tiernos,
Ella los recoge,
Que se duele dellos,
Y por ser mas dulces,
Que su arrullo tierno
De su soledad
Se queja con ellos.
¿Qué ha de hacer el triste?
Pierda el sufrimiento,
Que tras lo perdido
No caerá contento.

II.

Corona del Cielo,
Ariadna bella,
Conocida estrella
Del nocturno velo,

Tú sola del coro
De las lumbres bellas,
Oye mis querellas,
Pues tus males lloro.
Tú fuiste querida,
Y olvidada fuiste,
Yo querido y triste,
Quien me amó, me olvida.
Si el dolor estrecho
De mi suerte airada
Trae mi alma forzada
Dentro de mi pecho;
¿Que pretende el Cielo
Tras agravio tanto,
Si al verter mi llanto
Le transforma en yelo?
¿Por ventura fuí
Tan terrible y duro,
Que miré seguro
El bien que perdí?
Mas mi dolor fiero,
Como ha de acabarme,
No viene á matarme
Sin mortal agüero.

¡Ay del sin ventura,
Que ha de amar forzado!
Siempre al desdichado
Sigue suerte dura.

III.

Viuda sin ventura,
Tórtola cuitada,
Mustia y asombrada
De una muerte dura,
Tú que el valle ameno
Con tu arrullo blando
Serenaste, cuando
Vió tu bien sereno.
Quejas inmortales
Hieren tus sentidos,
Que á bienes perdidos
No hay medianos males.
Vuelve donde muevas
Las fieras que dejas,
Que no son tus quejas
Para monte y cuevas.
En el valle donde
Tu dolor te cela,

Nadie te consuela,
Nadie te responde.
Llora Filomena,
Cierva herida brama,
Y Eco que te llama
Te cuenta tu pena.
Tu gloria fué tal,
Que hizo ser temida;
Pero tu caida
Fué temido mal.
Si mi compañía
Triste y desdichada,
Por sola te agrada,
Oye mi agonía.
Cielos y hados canso,
Monte y valle ofendo,
Los aires enciendo,
Las aguas amanso...

IV.

Filis rigurosa
Sobre cuantas cria
La ribera fria
De Jarama hermosa:

Y á mi fiel lamento
Mas endurecida,
Que montaña herida
De alterado viento.
¡Ay, que la razon
Que á llorar me fuerza,
Tu rigor la esfuerza,
Como á mi pasion!
Si Cielo piadoso
Por mí permitiera,
Que no me doliera
Tu desden rabioso;
Quejas inhumanas
No te endurecieran,
Porque á humana fueran
Canciones humanas.
Mas pues duro Cielo
Con mi fe y mi llanto
Te endurece tanto,
No me sufra el suelo.
Mi dolor te canse,
Mi razon te indine,
Y el Cielo se incline
Contra quien te amanse.

Triste y apartado
En esta ribera,
Piedra, planta ó fiera
Quede transformado.
Mis penas y enojos
Rompan con mi amor,
Y no haya pastor,
Que cierre mis ojos.
Que tú, que mi vida
Tienes ya de suerte,
Que desea la muerte
Por aborrecida:
Tú dirás, en vano,
¡Ay pecho nevado,
Que mal que has tratado
Su amor soberano!
Tú, que con tu amor
Sueles piadosa
Por la selva umbrosa
Templar su dolor:
Y en sus ojos frios,
Ya para tí hermosos,
Volverlos furiosos,
Que lloran los mios;

Tú los fijarás
En la piedra escura
De mi sepultura,
Cuando no querrás,
Cuando la razon
Que á llorar te obligue,
Aun no te mitigue
Con igual pasion.
Cuando fuentes frias
Laven el error,
Que causó el rigor
De mis agonías.
Cuando coronando
Mi sepulcro triste
Con la flor que viste
Flora el campo blando,
Suspiros despidas,
Quejas te oiga el Cielo,
Que este es el consuelo
De glorias perdidas.
Mas, ay Filis! temo
Tu visto rigor,
Que de mi dolor
No es el bien supremo.

Cualquiera contento
Fuera bien crecido,
Pero lo sufrido
No tiene descuento.
Ni tú tratarás
De aliviar mi llanto,
Tú á quien mi quebranto
No movió jamas.
Que pues tanta muerte
Nunca te ha movido,
La que tú has querido
No podrá moverte.

POESIAS ESCOGIDAS

DE

BERNARDO DE BALBUENA.

6

273. d. 3

POESIAS ESCOGIDAS

DE

BERNARDO DE BALBUENA.

6
273. d. 3

NOTICIAS

DE

BERNARDO DE BALBUENA.

Bernardo de Balbuena nació en Valdepeñas en 1568, fué abad de la Jamaica y obispo de Puerto Rico, y murió en esta isla en 1627. Publicó el *Bernardo*, poema épico, y *El Siglo de oro*. Las demas obras suyas se han perdido. Nadie desde Garcilaso ha dominado como él la lengua, la versificacion y la rima, y nadie al mismo tiempo es mas desaliñado y desi-

gual. Su poema, semejante al nuevo mundo donde el autor vivia, es un pais inmenso y dilatado, tan feraz como inculto, donde las espinas se hallan confundidas con las flores, los tesoros con la escasez, los páramos y pantanos con los montes y selvas mas sublimes y frondosas. Si á veces sorprende por la soltura del verso, por la novedad y viveza de la expresion, por el gran talento de describir en que no conoce igual, y aun tal vez por la osadía y profundidad de la sentencia; mas frecuentemente ofende por su prodigalidad importuna, y por su inconcebible descuido. El mayor defecto del *Bernardo* es su extension excesiva, siendo moralmente imposible dar

á una obra de cinco mil octavas la igualdad y elegancia continuada que son precisas para agradar. Las églogas del *Siglo de oro* no tienen los defectos de composicion que el poema, y gozan en la estimacion pública el lugar mas próximo á las de Garcilaso. Sin duda le merecen, atendida la propiedad del estilo, la facilidad de los versos, la oportunidad y frescura de las imágenes, y la sencillez de la invencion. Si sus pastores no fueran á veces tan rudos; si hubiera tenido un cuidado mas constante con la elegancia en la diccion, y con la belleza en los incidentes; si pusiera en fin mas variedad en la versificacion, reducida casi enteramente á

tercetos, no dudo que el buen gusto le concediera en esta parte una absoluta primacía.

POESIAS ESCOGIDAS

DE

BERNARDO DE BALBUENA.

EGLOGAS.

I.

ROSANIO. BERALDO.

ROSANIO.

Dime, cabrero, ¿es tuyo aquel ganado
Con que te vide ayer pasar el rio?
¿O á soldada con Clónico has entrado?

BERALDO.

No: mas á Tírsis guardo su cabrío:
Dos cabras solamente tengo mias,
Y el cabron la mitad tambien es mio.

ROSANIO.

¿Como tan desmedradas las traias?

¿Tú no solias ser pastor lozano,
Cuando las vacas de Alemon pacias?

BERALDO.

Ya pasó, compañero, ese verano,
Y sucediéron tantas tempestades,
Que igualáron los montes con el llano.
Lleva el cielo tras sí las voluntades,
Y así nunca da vuelta que no sea
Ocasion de infinitas novedades.
Lo mismo que da en rostro, nos recrea,
Y aquello que parece mas durable
Ayer se desechó, y hoy se desea.

ROSANIO.

Pastor, si á dicha el tiempo es variable,
El ánimo del hombre no es de tiempo,
Y así le asienta mal el ser mudable.
A quien tanta mudanza le da el tiempo
No le llamaré yo corazon noble,
Llarmarle he corazon de pasatiempo.

BERALDO.

Mas firme soy que envejecido roble,
Pastor; palma inmortal es mi cuidado,
Que no sabe quebrar por mas que doble.

Si en otro tiempo andaba descuidado,
Y solo con mis cabras me avenia,
Quizá que no seria enamorado:
Mas ahora yo pienso, que daria
La mitad del ganado á quien me diese
Ver unos ojos que otro tiempo via.

ROSANIO.

Yo tambien, si alabarme pretendiese,
Mi Filis tengo, y soy enamorado,
Y aun holgaria que ella lo supiese.
Que cuando llevo á casa mi ganado
Suele aguardarme sola en el camino,
Y me asombra si paso descuidado.
Rosas le llevo, y flores de contino,
Y pongo mis guirnaldas á su puerta,
Y me huelgo hablar con su vecino;
Y de la primer fruta de mi huerta
Una cestilla le enviaré colmada
Toda de flores, y azahar cubierta.

BERALDO.

Esa, pastor, es aficion pintada,
Ni el verdadero amor cabe en el seno,
Ni deja el alma andar tan descuidada.

¿Yo no te ví pasar el sayo lleno
De paja, y todo tal, que me hiciste
Reir un grande rato con Fileno?
Y en mi cabron te digo que pusiste
Los ojos al pasar por cierto paso,
Que yo bien te miré, tú no me viste.

ROSANIO.

Seria por ventura, cuando acaso,
Cansado de coger fruta madura,
De mis huertos volvia paso á paso.
Mas si yo voy á ver la hermosura
De Filis, luego limpio mi vestido,
Y me cubro de rosas y frescura;
Y tan lozano voy por el ejido,
Que ella, segun nos dicen, por mirarme
Mil veces de su madre se ha perdido.
Si me siente cantar, baja á azecharme;
Y esto, Filis, no es mucho, si el ganado
Se olvida de pacer por escucharme.

BERALDO.

Basta, pastor, que vives confiado:
¿Ya tú sabes juntar cañas con cera?
¿Tu voz en estas selvas ha sonado?

¿Yo no te oí un dia en la ribera
Una flauta sonar áspera y dura,
Y acompañarla de una voz grosera?

ROSANIO.

¿Quieres cantar conmigo por ventura?
¿Quieres que los dos juntos nos probemos?
Y tú salir quizá desa locura?
Sendas preseas nuestras apostemos:
Un arco nuevo he de tener curioso,
De cuerno reforzados los extremos,
Todo de un palo índico oloroso,
Con labores de estaño guarnecido,
Digno de cualquier brazo valeroso,
Y un carcax de lo mismo, do esculpido
El mal logrado Adonis yace muerto
Al pie de un fiero jabalí tendido.
Mas contigo haré nuevo concierto:
Es precioso mi arco, y no querria
Aventurar tal joya á caso incierto.
Sola una cabra tengo toda mia,
A criar dos cabritas enseñada,
Y ordeñarse dos veces cada dia.
Aquesta sí será de mí apostada.

Bien es el premio harto aventajado;
Señálame otra de tu manada.

BERALDO.

No cabra, mas un vaso delicado,
Te apostaré de tanta hermosura
Que no te quejarás por agraviado.
Labrado es todo de madera escura,
Clonio en el monte se halló la rama,
Del divino Cleandro es la hechura.
Es ébano, ó nogal quizá se llama,
Y bien cabe su entalle por famoso
Entre las cosas dignas de la fama.
Es todo el vaso un bosque deleitoso,
Y en medio dél tres diosas hermosísimas,
Delante un pastorcillo venturoso.
Así hechas las hojas sutilísimas,
Que con ellas parece que se enraman,
Y al pastor quieren parecer bellísimas.
A juzgar no sé que las tres le llaman;
Una pienso que es madre de Cupido,
No sé las otras dos como se llaman.
Por ser mi vaso, como ves polido,
Al labio hasta ahora no ha llegado,

Que en mi zurron guardado le he tenido.

ROSANIO.

Tambien á mí otro vaso delicado
Cleandro me labró, tambien el mio
De Ninfas y de bosques ilustrado.
Donde pintó de Orfeo el desafío
Que hizo con los montes que le oian,
Y á oir su canto se detuvo un rio.
Las selvas puso allí que le seguian,
Y los pinos tambien, que sin ruido,
De las mas altas sierras descendian.
Por ser mi vaso, como ves polido,
Al labio hasta ahora no ha llegado,
Que en mi zurron guardado le he tenido.
Cualquiera cosa apostaré de grado,
Escoge tú, que si mi cabra vieses,
No hay que alabar tu vaso delicado.

BERALDO.

Bien cantaría yo cuanto quisieses,
Mas somos compañeros, y algun dia,
Juntos hemos segado nuestras mieses.
Por tanto si querrás, en compañía,
Dejando ahora nuestro honor aparte,

Los dos cantemos la pastora mia.

ROSANIO.

Canta, que soy contento de ayudarte,
Que nada habrá que tu amistad deshaga,
Aunque estaba resuelto de ganarte.

BERALDO.

El cielo con mi fe te satisfaga
La nueva obligacion en que me pones,
Pues solo amor con lo que obliga paga.
Oid, cielo, oid los ricos dones
Que en mi cielo encerrais; y tú, pastora,
Recibe nuestras puras intenciones.

ROSANIO.

Los nuevos resplandores de la aurora,
Las tiernas rosas, las doradas flores,
Cuanto en los senos del verano mora;
No son, pastora, mas que borradores
Do quizo retratarse tu belleza,
Dados como al descuido los colores.

BERALDO.

Las perlas con que el alba se adereza,
Y el mundo argenta y viste de alegría,

Las nubes llenas de oro y de riqueza;
Los mensageros del alegre dia,
La luz que siembran por la tierra y cielo,
Sin tí, pastora bella, es noche fria,
Tristeza, enfado, angustia y desconsuelo.

ROSANIO.

Pastor, si veo un monte en cuya cumbre
Dejó un cielo plantado
La primavera con alegres flores,
Que con la clara lumbre
Del nuevo sol dorado,
Echa de sí mil varias resplandores,
Me parece que miro alguna cosa,
Que es sombra del cabello de tu Diosa.

BERALDO.

Los lazos con que amor cautiva y prende,
Las redes y marañas
Con que enreda mil almas y mil vidas,
El oro con que enciende
El fuego en las entrañas,
Que las deja en cenizas convertidas,
Dese cabello de oro ensortijado,
Por nuestro bien, pastora, fué robado.

ROSANIO.

Has visto los remansos mas hermosos
De la leche cuajada,
Cuando temblando apénas deja verse,
O en llanos espaciosos
La nieve no pisada
Que abriendo el sol comienza á deshacerse;
Pues aun es mas hermosa y sin mancilla
La bella frente de tu pastorcilla.

BERALDO.

La bella frente de mi pastorcilla,
Si yo quisiese ahora,
Darla en comparacion justa y medida,
La plateada silla
De la rosada Aurora
Quedara en su retrato deslucida,
Amortiguado el sol resplandeciente,
Y el dia en las ventanas del Oriente.

ROSANIO.

Unos arcos y venas van parejas,
Por la blanca azucena
Que te parecerán oro escarchado;

Mas mirando las cejas
Y la frente serena,
Donde tu paraiso está cifrado,
Verás, no oro escarchado con el yelo,
Mas dos arcos de gloria en solo un cielo.

BERALDO.

Si hay dos arcos de gloria en solo un cielo,
Serán, pastora mia,
Los dos arcos triunfales de tus ojos,
Con que amor tira al suelo
Saetas de alegría,
Y le siguen mil almas por despojos:
¡Dichosos arcos, y dichosa vira,
Y mas dichoso el blanco á quien se tira!

BERALDO.

El sol, la luna, el alba y el lucero,
Las doradas estrellas,
Los ejes de oro en que restriba el cielo,
El dia placentero
Bañado en luces bellas,
Lloviendo lumbre y gloria por el suelo,
Son, pastora, los bienes que á manojos
Saca amor por las puertas de tus ojos.

BERALDO.

Saca amor por las puertas de tus ojos,
Pastora de mi vida,
Cuanto bien por el mundo se reparte,
Fenecen los enojos,
Y el alegría escondida
Brota al moverlos tú por cualquier parte;
¡Ay ojos mios, quien volviese á veros,
Sin nuevo sobresalto de perderos!

ROSANIO.

Quisiera aquí pintar de tu pastora
La boca soberana
Conchuela en cuyos senos plateados
Un paraiso mora,
De adonde llueve y mana
La gloria que da amor á sus privados,
Donde lo ménos que hay es el concierto,
Del blanco aljófar en rubíes enjerto.

BERALDO.

Del blanco aljófar en rubíes enjerto,
Mas claro y mas lustroso
Que el que nace en conchuelas orientales,
El tesoro encubierto,

En el seno precioso,
Do se crian mis bienes y mis males,
Es la riqueza que á la vista envia
Esa celestial puerta de alegría.

ROSANIO.

¿Has visto entre la nieve deshojada
Una encarnada rosa,
O algun rubí sobre marfil sentado,
O á la nieve mezclada
La hojuela olorosa
Del clavel rojo en carmesí bañado?
Pues aquesto es tinieblas y pobreza,
Belisa, puesto ante tu gran belleza.

BERALDO.

Belisa, puesto ante tu gran belleza
El cielo arrebolado,
El alba, la mañana y su frescura,
Las galas, la riqueza,
El primor mas cendrado
Que hay en los cofres de la hermosura,
Es comparar el sol con una estrella,
O con la noche escura el alba bella.

ROSANIO.

No mas, pastor, no mas, que se han pasado
Las horas y el frescor de la mañana,
Y el tiempo, y la ocasion nos han burlado.

BERALDO.

Comenzamos labor muy soberana,
Y trasladó el pincel, que era del suelo,
De estampa celestial pintura humana.

ROSANIO.

Ya en lo mas alto del dorado cielo
La carroza del Sol, fuente del dia,
Sigue con ruedas de oro el claro vuelo.
Nuestro ganado busca el agua fria,
Y el pasto fresco en que pasar la siesta
Que entre silvestres árboles se cria.

BERALDO.

Ya el mio va subiendo por la cuesta,
Corre, pastor, recorre tu manada,
Y allá te aguardo al val de la floresta,
Cabe el pino, al bajar de la cañada.

II.

LEUCIPO.

¡Quien pudiera poner en la memoria
Hecha de aquel metal que son los ojos,
Solo un cuidado, y una sola historia!
Y sin mirar las cosas por antojos,
Ni de la paz cogiéramos la guerra,
Ni entre rosas nacieran los abrojos,
Yo sé cuando los pinos desta tierra
Con delgadas palabras repetian
Mis cantares al tono de la sierra
Y á las veces tambien me respondian,
Que pudieran decir de mis canciones,
Que con las de Sincero competian.
Trocadas siento ya las condiciones,
Ya ni responden, ni escucharme quieren,
Que á todos gustos cansan mis razones.
Los que enfadados de vivir vivieren,
Lleguen á mi dolor; y allí atajados,
En ver otro mayor no desesperen.
Ninfas que entre las flores destos prados
Vivis en tiernas plantas convertidas,
Sin apartar de allí vuestros cuidados;

O ya en las claras aguas escondidas
Guardeis por dicha aquesta dulce fuente,
Guardad tambien mis lágrimas perdidas.
Cuando yo en medio de la siesta ardiente
Te busco, Filis, Filis deseada,
Y mi voz sola la cigarra siente.
Entro en el monte, dejo la cañada,
Subo al pinar y salgo por la sierra,
Y allí te llamo con la voz cansada.
Quémame el sol, abrásame la tierra,
Tú mas sorda que el mar á mis razones,
Mas cruel haces con callar mi guerra.
No me bastó sufrir las sinrazones,
Los altivos desdenes de Tirrena,
Iguales sois las dos en condiciones.
Aunque más blanca tú que ella morena,
Aunque ella sea lirio, y tú seas rosa,
La una sea amapola, otra azucena;
No fies en beldad, Filis hermosa,
El lirio vive, la azucena muere;
Y todo pasa con la edad forzosa.
Si, por ventura, alguno te dijere
Que en su huerto las rosas siempre viven,
Dile, tú Filis, que engañarte quiere.

Ya sé que mis cuidados se reciben
En gusto entretenido y ocupado,
Y en el agua tus dedos los escriben.
Despreciaste de mí, luego te enfado,
Pues aunque no merezca ser querido,
No soy digno de ser tan despreciado.
Bien sabes que revuelvo en el ejido
Mil ovejas mas blancas que la nieve,
Siempre de leche y queso abastecido.
Ni cuando abrasa el Sol, ni cuando llueve,
Pasto verde le falta á mi rebaño,
Ora se seque el campo, ó se renueve.
Leche fresca me sobra todo el año,
Ni á mí el verano me acrecienta el queso,
Ni me hace el invierno ningun daño.
Pues en saber cantares yo confieso,
Que si Títiro ahora me escuchara,
Que no perdiera su opinion por eso.
Y en hacer una hortera, una cuchara,
Labrar un caramillo y un cayado,
Si yo quisiera, nadie me igualara.
Ni soy de gesto yo tan mal formado
Si por dicha mi imágen no me miente,
Que venga á ser por feo desamado.

Ya yo me ví del Tajo en la corriente,
Que como á tí de acero me servia,
Y aun ahora me veo en esta fuente.
Y si acaso la imágen por ser mia
No me engaña; por esa de tu Alfeo,
La ventura, y no el rostro trocaria.
Sé tú juez, que por eso no creo
Que si alzases los ojos á mirarme
No pareciese tu Narciso feo.
El cielo entre estos bienes quiera darme,
Gozar estos cortijos mal labrados,
Mil siglos de oro, sin de tí apartarme.
Y juntos por la sierra ámbos ganados
Competir con los Faunos en canciones,
Y componer guirnaldas por los prados.
Mas ay! que Pan no escucha mis razones,
Febo en oir mi canto de corrido
Enjuga en mi zampoña ya los sones.
Su voz y mis cantares se han perdido,
La cera derretida se ha desecho,
Y tres cañas de siete se han caido.
¿Por ventura mejor no hubiera hecho
De verdes mimbres una blanca cesta,
Que no gastar el tiempo sin provecho?

Ya en la ribera entrando va la siesta,
Quiero llevar al agua mi ganado;
Y otra Filis habrá quizá sin esta,
Si aquesta sin razon me ha desechado.

III.

ARCISIO. MELANCIO.

ARCISIO.

¿Dime, pastor, á un pecho alborotado
De un liviano temor, cualquier reposo,
No bastará á dejarlo sosegado?
Mira qué caso bajo y vergonzoso:
Pueda aquí la razon hacer su oficio
Y tú ser mas discreto que zeloso.
Vuelve con paso llano á tu ejercicio
Que vivir siempre á sombra de opiniones
Es levantar las cosas de su quicio.
Limpia y escombra el pecho de invenciones
Que si una vez te haces señor de ellas
Fácil será romper las ocasiones.
Cuantos peces el mar, el cielo estrellas,
Aves el viento, y los collados flores,
Tiene amor sinrazones y querellas.

Oh! no pongas el gusto en sus favores,
O estímalos en precio moderado
Si te costare un bien muchos dolores.

MELANCIO.

A un corazon de veras agraviado
Le das tú la razon por medicina,
¿Razon se admite en pecho lastimado?
Amor es ciego, á la razon no atina,
Si hiere el alma, ofusca el pensamiento,
El uno muere, el otro desatina.
Dame, pastor, tu libre entendimiento,
Y darte he en trueco yo todos mis males
Hechos aire y sembrados por el viento.

ARCISIO.

Las grandes cosas piden sus iguales,
Ni rinde al diamante el hierro duro,
Ni el agua ablanda duros pedernales.
Para allanar ese encantado muro
Que ahora á la razon le quita el paso
Fuerzas son menester de ánimo puro.
Desear la victoria es todo el caso,
En este punto tu salud se encierra,
De todo lo demas no hagas caso.

Yo ví pastor un dia en otra tierra
Que mil consejos á los hombres daba,
Para alcanzar vitoria desta guerra.
Si supiera decir lo que cantaba
Yo pensara de cierto que á sanarte
Oirlo solamente te bastaba.

MELANCIO.

Trabaja, compañero, en acordarte,
Y canta en mi dolor un cantar nuevo,
Que las Ninfas se gocen de escucharte.

ARCISIO.

Escucha ahora en tanto que yo pruebo
A acordarme mejor de sus canciones,
Que ya el principio en la memoria llevo.
Con ellas se curáron mis pasiones,
Aunque ásperas y duras de tratarse,
Sonando á la razon buenas razones.

MELANCIO.

Comience pues tu canto á mejorarse
Que tras el primer verso segun creo
Luego los otros suelen acordarse.

ARCISIÓ.

Cuando por dar contento á Melibeo
Fuí por otras riberas y cabañas
Cansado, y mas cansado mi deseo,
Pasé unas grandes selvas y montañas
Y cuanto mas andaba, parecia
Que el fuego era mayor en mis entrañas.
Al fin por nuevas sendas hallé un dia
Una nueva y fresquísima floresta
Donde un sabio pastor viejo vivia.
Y allí miéntras pasábamos la siesta
Esto le oí cantar con voz divina,
El haciendo una jaula, yo una cesta.
Pastor, si á desear salud te inclina
La pena y el dolor que te atormenta,
Y la razon tus pasos encamina;
Oyeme ahora sin que en tí se sienta
Flaqueza alguna que es un sentimiento
Que al niño infama, y la vejez afrenta.
Huye la ociosidad, ama el contento;
Que si amor busca gente descuidada,
La soledad levanta el pensamiento.
Echa en el hombro la industriosa azada,

Labra tu viña, planta tus parrales,
La fresca vid al álamo arrimada.
Haz en tu huerto al agua sus canales,
Con esto agotarás la de tus ojos,
Quedando claros para ver tus males.
Ocúpate en arar nuevos rastrojos,
Y escardando en el trigo las espinas,
Arrancarás del alma los abrojos.
Busca en las selvas, entre flores finas,
El cuidadoso enjambre edificando,
En secos troncos sus sabrosas minas.
En esto irá tu corazon cobrando
Un alivio tan poco conocido,
Que aun sin él pensarás que estás penando.
Fingete sano, ya me ha acontecido
Fingir que duermo, y con estar despierto
Hallarme, sin saber como, dormido.
Deja la ociosidad, esto es muy cierto,
Que la imaginacion de ella ayudada
Resucita al amor cuando mas muerto.
Si es nueva la pasion, será arrancada
Con mas facilidad, que el tiempo deja
Seca la miel, la uva sazonada,
Tú ves aquella encima dura y vieja,

Un tiempo fué pimpollo ternezuelo,
Liviano de rendirse á cualquier reja.
No dilates los dias en su vuelo,
El mar crece, y si llegas á mañana
Mas caro ha de vendérsete el consuelo.
El nuevo rio que en su fuente mana
Es fácil de atajar y darle vado,
Camina manso, y por su vega llana.
Llegásele un arroyo, y otro al lado,
Y soberbio, hinchado y caudaloso
De su primera fuente va afrentado.
Aunque el amor es mal, es mal sabroso,
Y así nos remitimos á otro dia,
Que siempre se apetece lo dañoso.
No pierdas tiempo, que por esta via
Lo que de diligencia no se gana,
Pierde tu corazon de mejoría.
Herida he visto yo harto liviana,
Peligrosa despues por dilatarse;
Quien hoy no puede, mal podrá mañana.
Cuando es nuevo el amor ha de atajarse,
Que por medio el furor de la corriente
Querer pasar el rio, es anegarse.
Pero si el mal en su vigor se siente

Ya del todo en el alma apoderado,
A viejo amor, remedio diferente.
Si poco á poco al hueso ha penetrado,
Poco á poco tambien será expelido,
A vieja enfermedad nuevo cuidado.
Saca tus ovejuelas al ejido;
El fértil campo y el agricultura
Son medicina al pecho mas herido.
Ver los bueyes abrir la tierra dura,
Sembrar á logro cierto alegres prados,
Gozar la fruta y su primer dulzura:
Los árboles de flores estrellados,
Las sierpes de cristal que los enredan,
De cantorcillas aves visitados:
Vuelan las unas, y las otras quedan
Al murmurar del agua concertando
Los dulces cantos en que nos remedan.
Cual de quejas el aire está sembrando,
De zelos llena, y cual de triste olvido;
Hasta allí, o falso amor, llega tu mando.
Pues tras esto hallarse acaso un nido,
Y á su dueño espiar tras una mata
Podrá traerte un rato divertido.
Con esto un grande amor se desbarata;

Si prendes el zorzal y quedas sano,
La salud te se vende bien barata.
¿Hay gusto igual, si sales el verano,
Sin sol el dia, el campo verde y tierno,
Que echar un par de liebres por el llano?
Pues en el blanco y encogido invierno
En tu cabaña al fuego recostado
¿Como te hallará su llanto eterno?
El zurron proveido, el rio al lado,
Tiernas castañas, y manteca fresca,
Las migas hechas, y el corral nevado.
Siembra tu pedernal fuego en la yesca,
Y el amor en tu pecho brasa viva;
Una se apaga y otra se refresca.
Mas en el alma su veneno priva,
Procura ser señor de tus pasiones
Que es lo que todo su poder derriba.
Ama el trabajo, huye de ocasiones,
Busca la ausencia, y hallarás la vida,
Vete á la villa, deja tus rincones
El alma se te parte á la partida,
Animo! que vencer dificultades
Nos hace la vitoria mas cumplida.
Libres son las humanas voluntades,

El cielo las crió sin ligadura,
Y es todo lo demas curiosidades.
Esto, en lenguage lleno de dulzura
Y en tono mas alegre que no el mio,
Cantó el pastor sentado en la frescura.
Y porque vió que entraba su cabrio
Ya tras la nueva yerba por el monte,
Se fué tras él, y yo pasando el rio,
El sol pasó tambien nuestro orizonte.

IV.

CLARENIO. DELICIO. TORIBIO.

CLARENIO.

Dime, rústico y nuevo cabrerizo,
¿Como en mi ausencia, á Delio te alabaste
De lo que tu zampoña nunca hizo?

DELICIO.

¿Yo me alabé, ó tú que le contaste
Que en el rio dos veces me venciste,
Y un cabrito por premio me llevaste?

CLARENIO.

La flauta que á Polibo le vendiste,
Aquí te quiero yo, responde, amigo,
Y dime sin pasion ¿donde la hubiste?

DELICIO.

Nunca entraria yo por el postigo
A hurtarla á Meliso, cual tú entraste
Por su zampoña, siendo yo testigo.

CLARENIO.

Si yo se la hurté, tú me ayudaste;
Mas para no ser tuyo el caramillo
Mucho perdiste, y poco aventuraste.

DELICIO.

Cuando yo te hallé tras el tomillo
Agachado de noche y espiando,
Quizá andabas á caza de algun grillo.

CLARENIO.

Estaba por ventura contemplando
Cuan justamente Tírsis dió el juicio,
En que aquel dia te vencí cantando.

DELICIO.

¿A mí tú me venciste? ¿ó con Galicio

Tu rústica zampoña resonaba,
Cual cordero llevado al sacrificio?

CLARENIO.

¿Quieres cantar á prueba? pues acaba,
Deja las burlas, vamos á las veras,
Verémos quien se ofende ó quien se alaba.

DELICIO.

Pon tú de haya aquellas dos horteras,
Que ayer ponias, yo este caramillo
Hecho de pegajosas ajonjeras.

CLARENIO

Mas pon tú remendado cervatillo,
Yo mi mastin ahogador de lobos,
Quē tiemblan los mas bravos en oillo.

DELICIO.

Yo dos nuevos cayados de algarrobos
Pondré, pon tú el cordero, que perdido
Hallaste ayer al val de los escobos.

CLARENIO.

No aquel, mas sea este rabel polido,
Porque es de mi madrina la manada
Que me ves carear por el ejido.

DELICIO.

Alfeo dejará determinada
Nuestra contienda, vamos por Alfeo,
Que yo le dejé anoche en su majada.

CLARENIO.

Toribio cumplirá nuestro deseo;
Que es de juicio, y seso mas madúro,
Y no lleva las cosas por rodeo.

DELICIO.

No te irás por ahí, pastor, te juro;
Ven, Toribio, al ruido de esta fuente,
Sal de la sombra del nogal oscuro.

CLARENIO.

No huyo yo, cabrero negligente,
Ven, Toribio, verás temblar mi canto,
Al son que hace el agua en la corriente.

TORIBIO.

Cantad: que el cielo os cubra con su manto,
Y al son dese dulcísimo ejercicio
Se cuaje el suelo de oloroso acanto.

DELICIO.

Toribio, este pastor que entra en juicio

Conmigo ahora; como no le tiene,
Cobrarlo piensa con ageno oficio.

CLARENIO.

Este que á competir conmigo viene,
Toribio, es un pastor que cuando canta
Algun novillo pensarás que suene.

DELICIO.

Triste ganado á quien tal voz espanta,
Que es cual lobo que ahulla su ruido,
Y él piensa que su canto nos encanta.

CLARENIO.

Seca deja la yerba y el ejido
La voz de este pastor, huid, pastores,
Canto tan duro, son tan desabrido.

DELICIO.

Ninfas, venid, gozad de mis primores,
Oiréis mi dulce son ántes que suene
El que os destierra entre aquestas flores.

CLARENIO.

Haz, rústico selvagio, que se enfrene
Esa lengua mas áspera y mas ruda
Que del novillo que al arado viene.

TORIBIO.

Aqueso no es cantar, mas guerra cruda;
Callad por Dios, y concertad el canto:
Di tú, Clarenio, y la sentencia muda.

CLARENIO.

Toque mi voz el estrellado manto,
Tú, dulce Apolo, haz como lo puedes,
Que al mundo cause mi zampoña espanto.

DELICIO.

Rústico Pan, asi tu cuerpo enredes
Entre los brazos de una Ninfa bella,
A honrar mi canto cabe mí te quedes.

CLARENIO.

¡O si mis versos una rubía estrella
Entre estas verdes matas escuchara,
O yo pudiera con mis ojos vella!

DELICIO.

Mi Filis, que es de hermosura rara,
Donde quiera que voy me va escuchando,
¡O si tambien ahora me escuchara!

CLARENIO.

Galatea conmigo anda jugando,

Llámame, vuelvo, y luego se me esconde,
Y huélgase de verme andar buscando.

DELICIO.

Canto á su puerta, y Filis me responde,
Hiéreme por detras con el cayado,
Y luego se me va no sé por donde.

CLARENIO.

Dos tórtolas hallé en su nido amado,
Esas pienso enviar á mi Amaranta
Luego que el dia asome por el prado.

DELICIO.

Una mina de miel me dió una planta,
Saqué una hortera para mi Tirrena,
Tambien mañana le enviaré otra tanta.

CLARENIO.

El panal mas sabroso á mi Filena
Es mi presencia, y mas cuando le envio
Una cestilla de manzanas llena.

DELICIO.

Cuando me aguarda Filis en el rio
Yendo á lavar sus paños, luego pierdo
En el monte por ella mi cabrio.

CLARENIO.

Si yo soñando á Fílida recuerdo,
Tal vez hay que en no verla cual soñaba
De mi ganado ni de mí me acuerdo.

DELICIO.

Fílida un dia á voces me llamaba;
Por zarzas fuí corriendo á ver qué habia,
Y cuando allá llegue burlando estaba.

CLARENIO.

A mí me llamó Fílida otro dia,
Mas trajéle en mis hombros fatigadas
Dos corderillas que perdido habia.

DELICIO.

Aquella, que por selvas y quebradas
Seguir me hace amor, de mí se duele
Bien que lo encubre, y borra las pisadas.

CLARENIO.

Tambien sé yo, que mi pastora suele
Preguntar donde estoy, si no me halla,
Y llora porque vuelva, y la consuele.

DELICIO.

Si yo hablo á Belisa, Filis calla,

Y se enoja y se va sin que aproveche,
Quererla regalar, ni regalalla.

CLARENIO.

Cuando mas enojada me deseche
Filis, ya sé que me harán su amigo
Una hortera de miel, y dos de leche.

DELICIO.

Mi huerto por podar es buen testigo
Que no ha pintado la primer manzana,
Y esta será de mi Amaranta digo.

CLARENIO.

Cogida tengo de una vid temprana
A Filis una cesta de dulzura,
De tiernas uvas de color de grana.

DELICIO.

El granizo á la fruta no madura
Derriba, el lobo estraga los ganados,
Y á mí de Filis la aspereza dura.

CLARENIO.

Dulce es el fresco humor á los sembrados,
Y al ganado es la sombra deleitosa,
Y mas Tirrena á todos mis cuidados.

DELICIO.

Abre el clavel, desplégase la rosa,
Brota el jazmin, y nace la azucena,
En dando luz los ojos de mi diosa.

CLARENIO.

Si su beldad esconde mi Tirrena,
El jazmin cae, la azucena muere,
Cuando de mas frescor y aljófar llena.

DELICIO.

Haz tú que el sol de Filis reverbere,
Y verás que el invierno desabrido
Con el florido Abril competir quiere.

CLARENIO.

Vístase de mil flores el ejido
Que si mi sol no abriere la mañana,
Todo queda en espinas convertido.

DELICIO.

Mas bella es mi Tirrena, y mas lozana,
Que las blancas ovejas de Taranto,
Y de árbol fértil la primer manzana.

CLARENIO.

Fresca es la fuente entre el florido acanto,

De rosas y violetas coronada,
Y mas es la pastora que yo canto.

DELICIO.

O si mi Galatea enamorada
Oyera aquí mi canto y sus primores,
Como fuera rendida y obligada!

CLARENIO.

Frescas guirnaldas de tempranas flores,
Ninfas, coronarán vuestros altares,
Si propicias guiais nuestros amores.

DELICIO.

Silvano, guarda fiel de los lugares,
Sea en tu altar pechero mi rebaño,
Si límite á mi mal le señalares.

CLARENIO.

A tí, Priapo, al renovar del año
El mio sudará templada leche,
Si pones fin á mi amoroso daño.

DELICIO.

Haz que mi canto Filis no deseche,
Y darte he, Apolo, en premio mi zampoña,
Sin que Belona della se aproveche.

CLARENIO.

Calla, rústico, que es tu voz ponzoña,
¿No miras como traes tu ganado
Maganto, sin pacer, lleno de roña?

DELICIO

Pastor, este Clarenio descuidado
Cuando acomete el lobo á su manada,
El duerme, y se revuelve de otro lado.

CLARENIO.

De Dríadas y Faunos la sagrada
Junta, olvidado el baile, mis primores
Escucha en esta selva sosegada.

DELICIO.

Rústico, ¿tú no ves los burladores
Sátiros como van de prado en prado,
Tus locuras riendo y tus errores?

CLARENIO.

Corre, rudo pastor desacordado,
A algun charco, y allí de rana en rana
Aprende canto y son mas entonado.

DELICIO.

Y tú busca zampoña mas galana

Para tocarla fuera de la sierra,
Que no es la que ahora tocas toda sana.

CLARENIO.

Dime, ¿cual es el ave que en la tierra
Sus escuadrones vela; y sin armarse
A la gente menuda hace la guerra?

DELICIO.

Dime tú ¿qué animal suele bañarse
Para limpiar las aguas de la fuente,
Y deja de una vírgen enlazarse?

TORIBIO.

El cielo ya, pastores, no consiente
Pasar de aquí vuestro divino canto,
Aunque el bosque os escucha alegremente.
Nuestro frágil saber no sabe á tanto,
Vosotros ya tocais divina historia,
Que á mí es invidia y á la selva espanto.
Callad, nuevos Apolos, y la gloria
De vuestras venas de oro suya sea,
Y á solo Apolo demos la vitoria.
Y vuestra fama así crecer se vea
Cual crece el año con sus nuevos meses,

El vivo fuego con la seca tea,
O con el aire las maduras mieses.

V.

ARISTEO.

De Tírsis y Damon el dulce canto
Que en otro tiempo oyéron estos pinos,
Y á Erífile divina puso espanto;
Y por entre los robles mas vecinos
Las Ninfas asomáron las cabezas,
Suspensas á cantares tan divinos:
Y las selvas desnudas de fierezas
Por aquel breve espacio se vistiéron
De mayores frescuras y riquezas:
Al fin cuanto estos árboles oyéron,
Y lo que con suspiros y con llanto
En sus verdes cortezas escribiéron:
Si el cielo diere fuerzas para tanto,
Cantaré aquí, y escribiré entre flores
De Tírsis y Damon el dulce canto.
Dos pastorcillos que entre los pastores
A cantar y tañer acostumbrados,
El menor fuera aquí de los mayores.
Así cantar se oyéron por los prados,

Que por oir las vacas sus canciones
En la boca olvidáron los bocados.
Damon á quien en todas perfecciones
Hizo él cielo cumplido y acabado,
Así sembró en las selvas sus razones.

DAMON.

¿Qué haces di, zagal, aquí sentado?
¿Piensas que no podrá, si en él te cebas,
Acabarte en un hora tu cuidado?
¿Dejaste de coger las flores nuevas,
Y de álamos tejer una guirnalda,
Por hacer en tu mal costosas pruebas?
Mira del monte la estrellada falda
Que estrellas juzgarás que son sus flores,
Y su yerba finísima esmeralda.
Mira que ya en el campo los pastores
Sienten que la florida primavera
Resucita en las selvas sus primores.
Yo quiero ahora desta blanca cera
Remendar mi zampoña; tú, carillo,
Préstame si querrás tu podadera,
Que de aquí me han hurtado mi cuchillo,
O lo dejé do ayer corté un cayado,
O lo perdí quizá cogiendo un grillo.

Donde quiera que esté, lo habré buscado
Si no llueve esta tarde, como suele,
O me asombra algun lobo mi ganado.
Mas tú, pastor, que el cielo te consuele,
Y en el ardiente y caluroso estío
Erifile tu lengua y labios yele.
Miéntras al fresco y apacible frio
Que corre aquí, templamos los ardores
Del Sol, al pie de este laurel sombrío;
Canta, pues cantar sabes tus dolores,
Que yo prometo en pago, compañero,
De coronar tu cítara de flores.
Y aun destas palmas tejeré un sombrero,
Que si los enramas de laurel precioso
Mas sombra te hará que un roble entero.
Tambien allá en un valle temeroso
Donde canto de ave no se oia,
Que turbase su acento sonoroso;
Y el mundo entre dos luces parecia
Estar suspenso, ni la noche vuela,
Ni se puede decir perfecto el dia,
Sin golpe oirse de mortal azuela,
Con un nuevo hocino de mi mano
Labré de blanca haya una vihuela.
El suelo y las clavijas de avellano,

La voz es de laurel, y toda ella
De talle y artificio muy galano.
Esta es tuya de hoy mas, porque con ella
Espero que harás tal son al mundo,
Que Apolo more en él de amores della.
Y á tí en un nuevo canto furibundo
Tan trocada verémos tu llaneza,
Que se ahogue el primero en el segundo.
Ahora en tanto que con la corteza
Del álamo silvestre te entretienes,
Y escribes tu tesoro en su pobreza;
Y en tanto que en el campo te detienes
Y usas de las abarcas y pellico,
Y de leche y castañas te mantienes;
Y en tanto que de amores pobre y rico
Haces reliquias de un favor liviano
Que se lo lleva un pájaro en el pico;
Canta, pastor, que el cielo soberano
Al regocijo y al placer perdido
Te vuelva como puede de su mano.

ARISTEO.

Esto es lo que cantó Damon tendido
Sobre la yerba, ¿ quien dirá, pregunto,

Lo que de Tírsis aprendió el ejido?
Musas, decidlo vos, que á tanto junto
Mi ánimo no basta, y fuéron cosas
Dignas de ni quitar ni añadir punto.

TIRSIS.

Yo, selvas, cantaré las milagrosas
Palabras que pudiéron darme vida,
A ser mis penas ménos dolorosas.
Ya que de entera luz toda vestida
La Luna sobre el mundo se descubre
En purísimas llamas encendida,
Aquí donde con negra sombra encubre
La noche en sueño y luto sepultada
La casta yerba que estas aras cubre;
Primero una cordera degollada
Con lumbre de laurel, y azufre puro
Al silencio será sacrificada.
De aquí comenzará nuestro conjuro,
Ya aquí no hay que esperar sino la muerte,
El encanto es aquí lo mas seguro.
Y porque tú con ánimo mas fuerte,
A semejantes cosas te apercibas,
Atento ahora mi cantar advierte.

De un negro rio aquí las aguas vivas
Tengo guardadas para que con ellas
Ciertas palabras en mi sombra escribas.
De que serán testigos las estrellas,
Y la noche que oyendo está su canto,
Y la luna tambien que vuela entrellas,
Y porque no te cieguen con espanto
Las sombras de los dioses que vinieren,
Forzados del apremio de mi encanto;
Así los que del aire descendieren,
Como los que en sepulcros escondidos
Están siempre escuchando á los que mueren,
Con esa yerba claros y lucidos
Te dejaré los ojos, que con ellos
Podrás aun conocer los no nacidos.
Y contando uno á uno tus cabellos,
Si te hallare nones de tus males,
Podrás creer que morirás por ellos.
Mas si en tu dicha los hallare iguales
Sobre la tierra estéril y desnuda,
Contaré de tus huesos las señales.
Luego do el agua sin correr se muda,
Bañado nueve veces de mi mano,
Con la raiz de la encantada ruda,

Seguro cogerás por este llano
Las yerbas de virtud no conocida,
Que en él naciéron su primer verano.
Y con la vestidura desceñida,
Y descalzo el un pie, y en la cabeza
Esta corona de laurel ceñida,
Irás diciendo como yo una pieza
Ciertos cantares, si hallares dina
Tu lengua de cantarlos con pureza.
Que en nuevas hojas de inmortal encina
Escritos pareciéron en el mundo,
De oculta mano, y de virtud divina.
Bastante cada cual sin el segundo
Para bajar la luna de su cielo,
Y dar luz á las gentes del profundo,
Encadenar los rios con el yelo,
Abrir la noche y encerrar el dia,
Y á las horas hacer parar el vuelo.
Vestir nuestros collados de alegría
En el invierno estéril, y el verano
Las rosas ahogar en nieve fria.
Y estos ya dichos, porque de tu mano
Cojas la libertad entre las flores,
Cual cogemos la fruta del manzano,

Con tres velos diversos en colores
Cercarás el altar que ya encendido
Con yerbas estará de tres colores.
De la casta verbena, y el florido
Arrayan, y del rojo y tierno acanto
En luna nueva de raiz cogido.
Y sobre todo del encienso santo,
El humo llevará en los aires mudos
Tu dolor á los reinos del espanto.
Luego los miembros ligarás desnudos
De esta imágen que ves de limpia cera,
Tres veces, con tres lazos y tres nudos,
Y atándola dirás de esta manera:
La que me tiene ahora así ligado,
Ligada como yo de amores muera.
Y tres veces aquello pronunciado,
Tres veces cercarás el encendido
Altar donde se abrasa tu cuidado.
Que el número ternario es escogido
De los sagrados Dioses, y en su acento
Cierto divino olor está escondido.
Y á la imágen ligado el pensamiento,
Así dirás poniéndola en la llama:
Aquí contigo acabe mi tormento.

Y encendiendo en el fuego aquesta rama,
Filis, dirás, me abrasa en vivo fuego;
Y yo en este laurel quien me desama.
Y esto dicho verás que baje luego
Buscándote por sendas escondidas,
Ciega, cual vives tú por ella ciego.
Que estas yerbas de Arcadia son traidas,
Allí tú las sembraste, Alfesibeo,
Y á tí, Aretusa te las dió escogidas.
Allí naciéron, aunque aquí las veo,
Ya de verdor y fruto tan caido,
Que no podrán cumplir algun deseo.
Con su virtud en cisne convertido
Ví su primer pastor, y con su canto
Dejar de seco el campo florecido,
Bajar los pinos á escuchar su canto,
Trocar las mieses, y encantar los rios,
Y esto es lo ménos, y lo mas no tanto.
Estas cenizas y carbones fríos
Arroja por detras en la corriente,
Y aquí van, di, los pensamientos mios.
Miéntras coges la brasa, un fuego ardiente,
Tírsis, tenlo á señal y dicha buena,
Hizo todo su altar resplandeciente.

No sé que pueda ser, mi perro suena,
Si viene Filis, si nos han burlado,
Siempre juzgué por inmortal tu pena,
Siempre el bien del amante es bien soñado.

VI.

URSANIO. TIRSEO.

URSANIO.

No lo tendré, pastor, mas encubierto,
Así el cielo me ponga de su mano
En el punto y compas de mi concierto:
Un rostro ví, carillo, soberano,
No era del suelo, no, que á tal belleza
Muy atras queda todo ser humano.
Al oro que llovia su cabeza,
La luz con que el sol baña tierra y cielo,
Comparada es tinieblas y pobreza.
¿Has visto cuando Abril nos viste el suelo
De los esmaltes que el verano cria,
Desnudo ya del encogido yelo;
O cuando el cielo al despuntar el dia
El tierno aljófar cierne por las flores,

Y al sol viste de grana el alba fria?
Pues si vieses, Tirseo, las colores
De sus mejillas, el jazmin y grana
Tienen de su primor por borradores.
Si la juzgases por pintura humana,
Yo quiero confesar que mi cuidado
Su asiento tiene en ocasion liviana.

TIRSEO.

Ursanio, cuando yo ví aquel dechado
De quien el cielo saca su belleza,
Belleza que jamas se vió en traslado;
Ví en él tan altas partes de riqueza,
Que no habrá joya fuera de su vista
Que en mis ojos no venga á ser pobreza.
Que en solo ella mi gloria y bien consista
No hay para que, pastor, encarecello,
Pues en mí es cosa tan sabida y vista.
Las madejuelas de oro por cabello
En el divino cuello marañado,
Mi alma y vida marañada en ello;
La ví yo un dia en este verde prado,
Haciendo una guirnalda de mil flores,
Tejiendo quizá á vueltas mi cuidado.

URSANIO.

¿ Dime, Tirseo, y sabe tus amores?
Que yo de corto nunca me he atrevido
A cantarle á la mia mis dolores.

TIRSEO.

Víme al principio deste mal perdido,
A llorar me escondia entre mi pena
Mi cuidado tambien allí escondido.
Rompiase de apretada la cadena,
No acabo de entender como, carillo,
Mi suerte se trocó de mala en buena.
Tenia yo un manchado cervatillo
Que los tiernos corderos retozaba,
Criado á hoja y flores de tomillo.
De mi mismo zurron le regalaba,
Si acaso me escondia por el prado,
Con placenteras vueltas me buscaba.
Por collar al erguido cuello echado
De mil conchuelas un sartal curioso,
Que me trocó un pastor por mi cayado.
En él de un fiero jabalí cerdoso
Por remate un colmillo, en blanco estaño
Ligado con engaste artificioso.

En hechura, en belleza, y en tamaño
La luna de dos dias ser dijeras,
Si dejaras llevarte del engaño.
Con mi cabrío un dia á ver las eras
Saqué mi cervatillo regalado
De dijes lleno, y burlas placenteras.
Llegó Filis en esto á mi ganado
Cuando yo en mi dolor á mas perdido,
Y ella dél y de mí á menor cuidado.
Con un cabrito, aun no de un mes nacido,
Tal le vió retozando, que le tuvo
El gusto por un rato embebecido.
Yo viendo que con esto se entretuvo
La que en gloria mi alma entretenia
El breve rato que conmigo estuvo;
La ocasion le ofrecí de su alegría,
Para que recibiéndola hallase
En ella escrito cuanto en mí tenia.
Y aunque al principio Filis no pasase,
Por el concierto, mi porfía hizo
Que ni el don ni el deseo despreciase.
Y pudo en ella tanto este hechizo
Que haciendo principios en mi gloria,
Mil nubes de tristeza me deshizo.

Fuése luego aclarando la victoria
Y á mostrarse fortuna de mi parte,
Y á verse mi ventura mas notoria.
¿De que me sirve, Ursanio mio, cansarte?
Sabe que un don ablanda el duro acero,
Y que podrá hasta el cielo levantarte.

URSANIO.

¿Qué podrá dar un pobre ganadero,
O qué tiene que dar, habiendo dado
Al primer lance el corazon entero?
Donde este rico don no es estimado
Por el mayor de cuantos pueden darse,
Ya es aquese querer amor comprado.
No es amor, ni es posible conservarse,
Que amor que al interes está rendido
Interes y no amor ha de llamarse.

TIRSEO.

Ursanio mio, no lo has entendido,
No es yerro que por dádivas te quieran,
Ni lo es comprar por ellas ser querido.
Si algun valor secreto no tuvieran
Para ablandar altivos corazones,
Nunca los Dioses á ellas se rindieran.

No quiero yo hacer tus pretensiones
Venir por interes á ser amado,
Mas que ganes audiencia por tus dones.

URSANIO.

Pastor, un vaso tengo delicado,
El cuerpo de taray, el pie de pino,
De liso cedro el tapador labrado.
Es todo de un entalle peregrino,
Y puede sin escrúpulo igualarse
De todo lo criado á lo mas fino.
Quiso en él de propósito estremarse
El gran Alcimedonte, de manera
Que solo en él su sello pudo echarse.
Pintó en su pie la alegre primavera,
Y al seco estío frente coronada
De espigas rojas de color de cera.
El frio otoño con la espalda helada,
En mosto envuelto, de uvas coronado,
La barba y cara sucia y enmostada.
El invierno el cabello rebujado,
Tal, que quien al estío no mirase
Tendria frio en verlo tan helado.
Y porque mas la obra se estremase,

Cada tiempo está dando la manera,
Como la tierra en él ha de labrarse.
Cuando se ha de coger la sementera,
Cuando sembrar, podar, y hacer el vino,
Y otras cosas al fin de esta manera.
Pues en el tapador de cedro fino
Están doce estrellados aposentos,
Y en cada cuadro su dorado sino.
Los cielos con sus varios movimientos
Unos violentos, otros naturales,
Sobre sus ejes de oro por cimientos.
Cuantos clavos las puertas celestiales
Tienen para beldad y luz del mundo,
Allí alcanzan sus puntos y señales.
Y en el cuerpo del vaso sin segundo,
Por no cansarte hallarás cifrado
Cuanto la luna encierra, y el profundo.
Pues este mundo frágil y abreviado
Que Alcimedonte aquí dejó esculpido,
De ningun labio ha sido deslustrado.
Helo siempre guardado y escondido,
Y ahora en el poder de mi pastora
Quedará con tal dueño enriquecido.
Ella sola merece ser señora

De todo lo que en él está entallado,
Y á ella se lo ofrezco desde ahora.

TIRSEO.

Ursanio, es ese don tan acabado,
Que no sé yo si á quien á darlo llega
Le queda mas que dar que haberlo dado.
Si tu grata pastora no te niega
La obligacion y fe de tal recibo,
Tuyo es el tiempo, á tu sabor navega.

URSANIO.

Entre esa confianza y temor vivo,
Con la frialdad de mi bajeza muero;
Con el calor de su valor revivo.

TIRSEO.

Pues dime, así se logren, compañero,
Cuidados tan honrados, ¿quien te hizo
De tal beldad gallardo prisionero?
¿Qué nombre le dió el cielo, qué hechizo
Tan poderoso fué, que á un pecho esento
La antigua libertad y brio deshizo?

URSANIO.

Levantóse tan alto el pensamiento,

Que aun ese nombre que en la lengua cabe
Quiso en el corazon tomar asiento.
Cerró el amor su cofre con la llave,
Y rompióla en cerrando, de manera
Que junto el cofre y el secreto acabe.
Y créeme, pastor, que si tuviera
Puerta por do salir habiendo entrado,
Sola la llave de tu gusto abriera.

TIRSEO.

Ahora, Ursanio, estimo tu cuidado,
En lo que con razon debe estimarse
El gran punto de un firme enamorado.
Que pechos que no saben conservarse
En guardar la importancia de un secreto,
Y con él y sus penas ahogarse,
Bien podrán alcanzar amor perfeto,
Mas no en mi estimacion que ya se sabe
Que solo asienta amor en el discreto.
Y si lo es tu pastora honesta y grave,
No pondrá en ti mas punto de contento
Del que tardares en hallar la llave:
Y á Dios que se destempla mi instrumento.

VII.

LIRANIO. GRACIOLO.

LIRANIO.

Saca pastor y templa tu vihuela,
Y asida á mi rabel discantarémos,
Mira que el tiempo y nuestra vida vuela.
Y si en melancolías nos metemos
Si no damos salida á las pasiones,
Espuelas á la muerte le ponemos.
Limpia y escombra el alma de invenciones,
Que es condicion de gente distraida
Traer puesta la vida en condiciones.
¿Quien hay tan libre, que si trae metida
La fantasía en ocasiones vanas,
Le falte alguna en que perder la vida?
Contempla aquellas luces soberanas,
Que la preciosa estambre van hilando
Que tú entre ciega vanidad devanas.
El cielo en ejes de oro volteando,
Y en la incierta baraja de los dias,
Unos naciendo, y otros acabando.

Viene el verano envuelto en alegrías,
Y muere á manos de sus tiernas flores,
El triste invierno con sus canas frias.
Siembra disgustos, cogerás dolores,
Que cuando salga la cosecha llena
Bien la habrán cultivado tus sudores.
Ara en el mar, y siembra en el arena,
Y en red procura de encerrar el viento,
Quien pretende hallar vida sin pena.

GRACIOLO.

Si yo viese, pastor, mi entendimiento
Escombrado de sombras contrahechas.
Que tanto martirizan mi contento:
Si aquestas ataduras ya deshechas
Dejasen libre de su carga el cuello
En quien amor las puso tan estrechas;
Mi bien veria descubierto en vello,
Veria mis trabajos acabados,
Y no colgada el alma de un cabello.
Cantarian los montes mas callados,
Graciolo sus collados eterniza,
El mundo goza ya siglos dorados.
Y este que todo el mundo tiraniza,

De sí mismo corrido y afrentado
Iria, sin triunfar de mi ceniza.
¡O cielos, llegue el dia deseado
Que enjugando á la orilla mi vestido
Seguro cuente el huracan pasado!

LIBANIO.

Antes, vaquero, se verá vestido
El seco campo de doradas flores
En medio del invierno desabrido,
Que deje de sembrar amor dolores,
Que es patrimonio suyo, y en su casa
Los que padecen mas son los mejores.
Oido he ya decir, que el alma abrasa,
No sé, ni veo por que, de aquella suerte
Quieres gozar de vida tan escasa.
¿No te valiera mas entretenerte
En labrar tus cortijos olvidados,
Que en cultivar con lágrimas tu muerte?
Por ventura, pastor, pocos cuidados
De su cosecha el tiempo nos envia
Para andar en amores ocupados?

GRACIOLO.

Mi regalo, mi bien, la gloria mia

Nace y se cria desta dulce pena,
Y el sol es feo á quien enfada el dia.
Maldigo, Amor, mil veces tu cadena,
Tu bien incierto, tu engañoso trato
Que á no fingidas muertes nos condena.

LIBANIO.

Pastor, no llames al amor ingrato,
Porque te cueste un gusto mil dolores,
Si á nadie lo ha vendido mas barato.
Así diz que se arriendan sus favores,
Que si todo en amor fuera contento,
A los dias cansaran los amores.
Alza tu rostro, limpia el pensamiento,
Sacude el alma, corta á la medida
De sola tu ventura el sentimiento.
No la tendrás con tino aborrecida,
Ni gastarás en vanas pesadumbres
Las horas robadoras de la vida.
Ni perderás por mucho que te encumbres
El seso con el bien desvanecido,
Ni colgado andarás de sus vislumbres.
Dale con tiempo al corazon rendido
Algun alivio, dale algun descanso
Que bien basta un tormento á un afligido.

GRACIOLO.

Cielo sereno, al parecer tan manso
Como duro, cruel y riguroso
A mí que con querellas mil te canso;
Bien sabes tú, teatro deleitoso,
Cuantas veces la muerte he deseado
En este solitario bosque umbroso.
El rio de mis quejas lastimado
A veces en cristal se ha convertido,
Y á veces de dolor se ha despeñado.
Hacer acaso sobre un olmo un nido
A dos tórtolas ví en esta ribera,
Con ellas el amor entretenido,
Y yo llorando dije, ¡o quien me diera
Aquí la muerte, porque de mi vida
Jamas nueva en el mundo se supiera!

LIBANIO.

Error, sin fin, de gente distraida
Es el comun vivir destos que tienen
El alma en vanidades convertida.
A cada paso sin morir se mueren,
Olvidan un gran hato de ganado,
Y en ver unos cabellos se entretienen.

Un dia á Olimpo ví desesperado,
Y otro dia pensando que era muerto,
Ya no le conocia de trocado.
Lleve uvas mi parral, frutas mi huerto,
Y allá se lo haya con su amarga muerte,
Amor, quien busca en vano tu concierto.

GRACIOLO.

Dorado cielo, si en el bien de verte
Alguno se concede al que te mira
Entre la luz que tu hermosura vierte:
Si algun Dios en tus sillas de oro aspira
A cuyo cargo esten los desdichados,
A quien el ciego amor sus flechas tira;
Desata destos miembros fatigados
Un alma triste, puesta por consuelo
A los que en él están mas agraviados.
Rayos que haceis estremecer el cielo,
Pues los de amor pretenden destruirme
Matadme, y no me mate este recelo.
Silvestres fieras, mansas en oirme,
Bosque espeso, cansado de escucharme,
Y vosotros, Serranos, de sufrirme:
Si no basta mi fin para llorarme,

Muévaos á compasion el ver que muero
Por quien tuvo en su mano el remediarme.
Y al corazon del pecho mas sincero
En que el amor abrió mortal herida
Con dardo agudo de bruñido acero;
A lo ménos le dad á su medida
Sepulcro, noble, rico y suntuoso,
A honra de la que en él está esculpida.
Y por mas solo y ménos deleitoso
Sea debajo de un cipres copado
Que al viento forme un silbo temeroso.
O sea entre duros riscos quebrantado
El rigor grave de mi adversa suerte,
Que hoy me hace morir desesperado.
Zelos, quien no ha gustado vuestra muerte,
Ni el alma por los ojos ha perdido,
No es mucho que á entender mi mal no acierte.
O zelo que del mismo amor nacido
Es tu oficio abrasar vida y contento,
Y dejar el carbon mas encendido,
Eres muerte y dolor del pensamiento,
Fiero verdugo de inmortal contienda
Donde del bien y el mal nace el tormento.
Llévasme al fin por tan estrecha senda,

Que das imperfeccion en el cuidado
Donde apénas caber puede la enmienda.

LIRANIO.

Quien no teme, pastor, ser olvidado,
Quien no teme perder prenda divina
Poco la estima, y poco le ha costado.

GRACIOLO.

Ya, Liranio, al siniestro lado inclina
Atlante el cielo, y sobre entrámbos ejes
Su carro de oro en la mitad camina.
Razon es que tu canto y mi mal dejes
En las manos del sueño, y en tu choza
A descansar de mi dolor te alejes.
Que si en oirte el fresco campo goza
Una alegre y florida primavera,
Y entre sus flores el placer retoza,
En mi suena tu voz de otra manera,
Que lo que suele en otro ser contento:
Con eso quiere amor que pene y muera.

LIRANIO.

Ya va en las selvas refrescando el viento,
Calla, pastor, y en sueño sepultado

Desnuda el alma dese pensamiento.
Aquel hogar que ves amortiguado,
Los pastores en torno dél dormidos,
Todo con la ceniza fria nevado,
No ha mucho que en sonoros estallidos
Arderle viste con la llama al cielo,
Mas que oro sus carbones encendidos:
Pasóse aquella furia y vino el hielo,
Vistió de blanco su dorada brasa,
Así pasan las cosas deste suelo.
De aquese fuego que tu pecho abrasa
Tambien presto verás la llama altiva
Desecha en humo, y por el suelo rasa,
Que amor y el tiempo todo lo derriba.

CANCION.

Aguas claras y puras,
En cuyo limpio seno
Ví la beldad mayor que el mundo encierra,
Florestas y frescuras,
Bosque de álamos lleno,
Morada de los Dioses de esta tierra;
Oid la nueva guerra

En que amor me ha metido :
Y vos, Ninfas divinas,
Que en aguas cristalinas
Gozais helado y transparente nido,
Salid fuera á escucharme
Miéntras mi mal no acaba de matarme.
Si el rigor de mi suerte
Ya tiene definido
Que en lágrimas de amor mi vida acabe;
Por premio de mi muerte
Séame concedido
Un don que en mí la haga ménos grave.
Si en la ventura cabe
De un vivir tan cansado,
Que el cuerpo frio y mudo
De la vida desnudo
Aquí entre flores quede sepultado,
Y en esta fuente pura
Alcance su holganza mas segura.
Que yo espero algun dia,
Segun amor me advierte,
Que vuelva por aquí Cintia gozosa;
Y la nueva alegría

De mi sabida muerte
Ya haga ménos grave, y mas hermosa:
Y ya no rigurosa,
De un piadoso zelo
Y compasion llevada
Sobre mi tierra helada
Enjugará los ojos con su velo;
Y á ver esto cumplido
Quedará aquí mi espíritu encendido.
A la sombra olorosa
De aquel árbol sentada
Ninfa de aquesta fuente parecia:
Y una rama hermosa
De jazmines nevada
A dar sobre sus hombros descendia:
Y allí flores llovia
Cual nieve por la sierra,
Unas á los cabellos,
Que el sol es ménos que ellos,
Iban otras al agua, otras á tierra;
Y ella entre tantas flores,
Por todas partes derramando amores.
Yo viendo luz tan pura,

Suspenso y admirado
Bien crei que en el cielo me hallase,
Y con su hermosura
Entre flores echado
Senti que amor el alma me robase:
Mas como se arrojase
Ya mi ganado al rio,
Fuéme el perder forzoso
Rato tan deleitoso,
Y caminar sin mí tras mi cabrío:
Tal que al pasar el vado
A la orilla el zurron dejé olvidado.
Miéntras que las estrellas
Habitarán el cielo,
Y del sol tomará lumbre la luna;
Y miéntras ella, y ellas
Enviarán al suelo
Los diversos sucesos de fortuna;
Sin que mudanza alguna
Deshaga esta memoria,
De mí será cantada
Beldad tan celebrada,
Y escrita en estos árboles su historia;

Porque en los ramos bellos
Crezcan sus loores como crecen ellos.
Cancion, si tanto de primor tuvieras
Como tienes de amor, yo me obligara
Que nadie por grosera te dejara.

POESIAS ESCOGIDAS

DE

VARIOS AUTORES.

JUAN BOSCAN. *

SONETOS.

I.

Aun bien no fuí salido de la cuna,
Ni del ama la leche hube dejado,
Cuando el amor me tuvo condenado
A ser de los que siguen su fortuna;
Dióme luego miserías de una en una
Por hacerme costumbre en su cuidado,
Despues, en mí de un golpe ha descargado
Cuanto mal hay debajo de la luna.
En dolor fuí criado y fuí nacido

* Amigo de Garcilaso, nació en Barcelona, y murió en 1542.

273.d.3 (4)

Dando de un triste paso en otro amargo,
Tanto que si hay mas paso es de la muerte.
O corazon, que siempre has padecido,
Dime, tan fuerte mal como es tan largo,
Y mal tan largo, di, como es tan fuerte.

II.

Dejadme en paz, o duros pensamientos,
Basteos el daño y la vergüenza hecha,
Si todo lo he pasado, que aprovecha
Inventar sobre mí nuevos tormentos.
Natura en mí perdió sus movimientos,
El alma ya á los pies del dolor se echa;
Tiene por bien, en regla tan estrecha,
A tantos casos, tantos sufrimientos.
Amor, fortuna y muerte que es presente,
Me llevan á la fin por sus jornadas,
Y á mi cuenta devria ser llegado.
Yo cuando acaso afloja el accidente
Si vuelvo el rostro, y miro las pisadas,
Tiemblo de ver por donde me han pasado.

DON DIEGO DE MENDOZA. *

CANCION.

Ya el sol revuelve con dorado freno
Los ligeros caballos nuestra via,
Acabando la mas corta carrera:
Ya calienta, ya da nueva alegría
De la estrella mas fria el tibio seno:
Ya las nubes esparce por defuera:
Ya parte mas afuera
Del cielo, y apartada
Ve la luz demasiada:
Yo cautivo, que muero, quiere amor
Que de mi huya el claro resplandor;
Y que siempre le siga como loco,
Teniendo al sol en poco,
Y que muriendo busque mi dolor.

* Nació en Granada por los años de 1500, y murió en Valladolid en 1575. Mas que por sus poesias es conocido por su *Historia de la Rebelion de los Moriscos de Granada.*

La ira del cruel y duro invierno
Huye so tierra, y los rabiosos vientos
No suenan ya por bosque ni montaña :
El cielo da los dias ya contentos,
Ya muestra la montaña el rostro tierno,
Ya sale á retozar por la campaña
La sabrosa compaña
Del viento delirado.
Yo ausente y olvidado
No mengua mi tristeza y desconsuelo;
Antes rompe las peñas con mi duelo,
Y los montes de duelo suspirando;
Mas poco cura el cielo
Que viva el triste desamado amando.
La verde yerba coronando viene
De varias flores la pintada tierra,
Que al estrellado cielo se parece :
Los tiernos ramos no tienen mas guerra
Con el soberbio viento, ni conviene
Temor del duro yelo que entorpece.
Ya ninguna parece
De las espesas hojas :
Y tú, fortuna, arrojas
Tanto dolor en mí, tanta agonía

Cuanto ellos hora tienen de alegría.
Cada cosa en su tiempo fin alcanza :
Y en la tristeza mia
No hay tiempo que remedie mi esperanza.
En el mar sosegado al manso viento
Tiende la vela alegre el marinero,
Seguro ya de la cruel tormenta;
En alta popa con navío ligero
Corta agua espumosa y va contento,
Sin tener con las ciegas nubes cuenta,
Ni espera mas afrenta :
Y en mi vida importuna
Cualquier tiempo es fortuna;
Siempre me veo cubierto de cuidados
Que en lágrimas quebrantan sus nublados.
O enemiga fortuna! o cruda suerte!
Nó son unos pasados,
Cuando me llegan otros á la muerte.
El pastor amoroso embebecido
En la cumbre del monte está cantando,
O en la fresca arboleda y verde prado,
Y con sabrosa flauta remedando
La viva voz, ó ya el dulce sonido
Del agua clara y viento delicado,

Presente su ganado
Que escucha sus querellas:
Yo triste que con ellas
Vivo solo en lugar adonde oidas
No pueden ser de nadie, ni sentidas,
Paso mi vida en doloroso llanto;
Y si hubiese mil vidas
Todas las pasaria en otro tanto.
Bien sabes tú, cancion, que primavera,
Que sol es el que espera
Mi alma en esta ausencia:
Que males en presencia
Me pueden dar mas conocido daño,
Y en tanta soledad aborrecer,
Huyendo como extraño
Todo aquello que á todos da placer.

LETRILLA.

Esta es la justicia
Que mandan hacer
Al que por amores
Se quiso prender.
Engañó al mezquino
Mucha hermosura,

Faltó la ventura,
Sobró el desatino.
Errado el camino
No pudo volver
El que por amores
Se quiso prender.
Mandenle escribir
Aunque no contente,
Y si se arrepiente
Que no ha de huir.
Que quiera morir,
Y no pueda ser:
Que esta es la justicia
Que mandan hacer
Al que por amores
Se dejó prender.
Entró simple y ciego,
Mas no sin razon,
Hízose aficion
De lo que era juego.
El encendió el fuego
En que habia de arder,
Cuando por amores
Se quiso prender.

Sufra disfavores
Hechos por antojo,
Háganse del ojo
Sus competidores;
Y los miradores
Echenlo de ver;
Que esta es la justicia
Que mandan hacer
Al que por amores
Se quiso prender.
Si acaso algun dia
Habla con su dama,
Míre ella al que ama,
Y con él se ria.
De envidia y porfía
Se ha de mantener
El que por amores
Se quiso prender.
Diga su cuidado,
No sea creido;
Antes que sea oido
Sea condenado.
Quiera ser mirado,
No le quieran ver

Al que por amores
Se dejó prender.

SONETO.

Dentro de un templo santo un hombre honrado
Con grande devocion rezando estaba;
Sus ojos hechos fuentes, enviaba
Mil suspiros del pecho apasionado.
Despues que por gran rato hubo besado
Las religiosas cuentas que llevaba,
Con ellas el buen hombre se tocaba
Los ojos, boca, sienes y costado.
Creció la devocion, y pretendiendo
Besar el suelo al fin, porque creia
Que mayor humildad en esto encierra,
Lugar pide á una vieja; ella volviendo,
El salvo honor le muestra, y le decia:
Besad aquí, señor, que todo es tierra.

CRISTOBAL DE CASTILLEJO. *

DE UN SUEÑO.

Yo, señora, me soñaba
Un sueño que no debiera,
Que por Mayo me hallaba
En un lugar, do miraba
Una muy linda ribera,
Tan verde, florida y bella,
Que de miralla y de vella
Mil cuidados deseché,
Y con solo uno quedé
Muy grande por gozar della.
Sin temer que allí podria
Haber pesares ni enojos,
Cuanto mas dentro me via,
Tanto mas me parecia
Que se gozaban mis ojos.
Entre las rosas y flores

* Fué natural de Ciudad-Rodrigo, y murió en 1596.

Cantaban los ruiseñores,
Las calandrias y otras aves
Con sones dulces suaves,
Pregonando sus amores.
Agua muy clara corria,
Muy serena al parecer,
Tan dulce, si se bebia,
Que mayor sed me ponia
Acabada de beber.
Si á los árboles llegaba,
Entre las ramas andaba
Un airecico sereno,
Todo manso, todo bueno,
Que las hojas meneaba.
Buscando donde me echar
Apartéme del camino,
Y hallé para holgar
Un muy sabroso lugar
A la sombra de un espino;
Do tanto placer sentí,
Y tan contento me ví,
Que diré que sus espinas
En rosas y clavellinas
Se volviéron para mí.

Enfin, que ninguna cosa
De placer y de alegría,
Agradable, ni sabrosa
En esta fresca y hermosa
Ribera me fallecia.
Yo con sueño no liviano,
Tan alegre y tan ufano
Y seguro me sentia,
Que nunca pensé que habia
De acabar allí el verano.
Léjos de mi pensamiento
Dende á poco me hallé,
Que así durmiendo contento,
A la voz de mi tormento
El dulce sueño quebré;
Y hallé que la ribera
Es una montaña fiera
Muy áspera de subir,
Donde no espero salir
De cautivo hasta que muera.

EL AMOR PRESO.

Por unas huertas hermosas
Vagando muy linda Lida,
Tejió de lirios y rosas
Blancas, frescas y olorosas
Una guirnalda florida.
Y andando en esta labor,
Viendo á deshora al Amor
En las rosas escondido
Con las que ella habia cogido
Le prendió como á traidor.
El muchacho no domado
Que nunca pensó prenderse,
Viéndose preso y atado,
Al principio muy airado
Puñaba por defenderse.
Y en sus alas estribando
Forcejeaba peleando,
Y tentaba, aunque desnudo,
De desatarse del ñudo
Para valerse volando.
Pero viendo la blancura

Que sus pechos descubrian
Como leche fresca y pura,
Que á su madre en hermosura
Ventaja no conocian;
Y su rostro que á encender
Era bastante, y mover
Con su mucha lozanía
Los mismos Dioses, pedia
Para dejarse vencer.
Vuelto á Vénus á la hora,
Hablándole desde alli,
Dijo: madre emperadora,
Desde hoy mas busca, señora,
Un nuevo Amor para tí.
Y esta nueva con oilla
No te mueva ó dé mancilla,
Que habiendo yo de reinar,
Este es el propio lugar
En que se ponga mi silla.

LA VERDAD Y LA LISONJA EN LAS CORTES.

Una nao que partió
A buscar sus desventuras,

Dando en unas peñas duras,
Cabe un puerto se perdió
Peregrino,
Y de aquel pueblo mesquino
Que allí quedáron sin luz,
Diz que solo un Andaluz
Se salvó, y un Vizcaino,
Que nadáron,
Hasta que á tierra llegáron.
Y como solos se viesen
Sin saber donde estuviesen,
A caminar comenzáron
Por la tierra,
Andando de sierra en sierra
Con trabajo y desatino,
Sin saber si su camino
Fuese de paz ó de guerra,
Ni do andaban,
O qué gentes habitaban
En provincia tan estraña,
Ni ver casas ni cabaña
En todo cuanto miraban.
Y así andando
Discurriendo y rodeando,

Sobre un valle al fin llegáron
Do gran multitud halláron
De monazos retozando
Por un prado,
Y en medio de ellos sentado
Como persona real
Un monazo desigual
Muy compuesto y mesurado.
Y llegados
Los dos pobretes cuitados,
Fuéron vistos y sentidos,
Y de los monos asidos,
Delante del Rey llevados
Mano á mano.
El cual muy ledo y ufano
Con la presa semejante,
Habló con gentil semblante,
Como Príncipe lozano
De corona;
Y sin mirar que era mona,
Preguntó con lozanía,
Qué cosa les parecia
De su gente y su persona
Singular?

A lo cual sin dilatar,
El Andaluz avisado
Respondió disimulado,
Segun al tiempo y lugar
Convenia,
Diciendo que nunca habia
Visto corte mas pomposa,
Ni persona mas hermosa,
Ni tan bella compañía;
Ni creyera
Que en el mundo todo hubiera
Tan perfeta criatura,
Ni que la sabia natura
Tal cosa hacer supiera.
Muy pagado
El mono desvergonzado,
Levantóse y hizo el buz
Al buen gentil Andaluz,
Y sentóle á su costado
Por vecino.
Y volviendo al Vizcaino,
Con el gozo que tomó
Lo mismo le preguntó,

Pensando que el mismo vino
Venderia.
El Vizcaino que via
La fiesta del compañero,
Como simple verdadero
Entre sí mismo decia:
Bien está;
Si á quien miente así le va
Con esta bestia enemiga,
Con quien la verdad le diga
Mucho mejor lo hará.
Y volviendo
La cara al mono riendo,
Le dijo: monazo amigo,
Perdóname si te digo
La verdad de lo que entiendo;
Y esta sea,
Que eres la cosa mas fea,
Mas sucia otro que sí,
De cuantas yo jamas ví,
Ni se hallarán en Guinea
Monstruosas,
Con tus nalgas asquerosas

Y tus vergüenzas de fuera,
Que es una vision mas fiera,
Que todas las espantosas
Abeterno.
Animal de mal gobierno,
Mono viejo por vocablo,
Por delante eres diablo,
Y por detras el infierno
Bruto y feo.
Luego aquel pueblo Guineo,
Esto oyendo, asiéron dél
Y con ánimo cruel
Le mordiéron á deseo
Bravamente;
De suerte que el inocente
Vizcaino desdichado
Quedó allí despedazado.

VIDA BUENA Y DESCANSADA.

Bienaventurada vida,
Si alguna lo puede ser,
Estas cosas, á mi ver,
Son, señor, por su medida
Las que la pueden hacer.

Hacienda no mal ganada
Con sudor, mas heredada :
Campo bien agradecido,
Lugar durable sabido
Y pleito jamas por nada :
Pocos cargos de que dar
Cuenta, ni tener cuidado,
Y el ánimo sosegado :
Buenas fuerzas á la par
Y cuerpo sano templado :
Prudente simplicidad
Y amigos con igualdad
Y fácil conversacion :
La mesa sin presuncion
Y sin pompa y vanidad :
La noche no sepultada
En torpe borrachería,
Mas de congojas vacía :
Cama no desconsolada,
Pero casta todavía :
Sueño quieto y sabroso,
Que haya con su reposo
Breves, dulces y seguras
Las tinieblas mas escuras,

Y el tiempo mas trabajoso.
Y ten : que miéntras vivieres,
Para que vivas de veras,
Tan solamente ser quieras
Aquello mismo que fueres,
Y que á todo lo prefieras,
Y que la muerte que crees,
En tanto que no la veas,
Porque no te dé postemas,
Con ningun tiempo la temas,
Ni tampoco la desees.

FRANCISCO DE FIGUEROA. *

EGLOGA.

TIRSI.

Tirsi, pastor del mas famoso rio
Que da tributo al Tajo, en la ribera

* Natural de Alcalá de Henáres : floreció despues de mediado el siglo XVI.

Del glorioso Sebeto, á Dafne amaba
Con ardor tal, que fué mil veces visto
Tendido en tierra en doloroso llanto
Pasar la noche; y al nacer del dia,
Como suelen tornar otros del sueño
Al ejercicio usado, así del llanto
Tornar al llanto, y de una en otra pena
Rompiendo el aire en semejantes voces.
Fiero dolor, que del profundo pecho
De este tu propio antiguo usado nido
Sacas tan abundante y larga vena,
Afloja un poco; o dolor fiero! afloja,
Fiero dolor, un poco, y de las lágrimas
Que en mis ojos cuajadas hacen turbia
Mi débil vista, alguna parte enjuga.
Porque con este hierro, que algun dia
Ha de dar fin á mi cansada vida,
En este tronco escriba mis querellas:
Do por ventura la engañosa Dafne
Tornando de la caza calurosa
Y sedienta á buscar ó sombra ó agua,
Vuelva acaso los ojos y los lea:
O si esto no, serán piadoso ejemplo
A amorosos pastores.... Dafne ingrata,

Que miéntras vas con sol nuevo alegre
Del espacioso mar las bravas ondas
Que crecen con mis lágrimas mirando,
O en jardin deleitoso, al manso viento,
De cuidados de amor libre paseas;
Tu Tirsi, ay Dios! tu Tirsi un tiempo, yace
Solo con su dolor en esta selva;
Que ya ni el verde prado, ó fresca sombra,
Ni olor suave de diversas flores,
Ni dulce murmurar de clara fuente,
Le es dulce ó cara sino el llanto solo.
¡Cuantos pastores, cuantas pastorcitas
Amorosas oyendo mis gemidos
Conmigo consolándome han llorado!
¡Qué me dijo una vez la blanca Alcea
Movida á compasion! ¡qué dijo Cloris,
La rubia Clori, amor de mil pastores!
Que cuando yo cantando, ella vencida
Del amor que me tiene entre estas ramas
Escondida, tu nombre oyó en mis versos,
Dijo: ay amargas voces, cuan impresas
Os tiene el corazon! Hermoso Tirsi,
De tus riberas, no pequeña gloria,
¿Cual estrella cruel, cual fiera saña

Te mueve contra tí? tú mismo buscas
Tu presto fin en tus mas tiernos años...
¿No te ví, Tirsi, yo, ¡ah que bien debo
Acordarme del dia! en las solemnes
Bodas de Alcipe estar, cual prado en Mayo
De guirnaldas ganadas en mil pruebas
Cercado en derredor, ufano y ledo?
¿Qué tienes ya de aquel, de aquel que pudo
A mí misma robarme? ¿á donde es ida
Tu gracia? ¿á donde la color del rostro?
¿A donde está la fuerza de tus ojos
Amorosos ó airados? ¿quien te tiene
Parado tal, que si tu imágen viva,
Desde aquel para mí cuitado dia,
Esculpida en mi pecho no estuviera,
Te conocièra apénas? Mira, Tirsi,
Mira, cruel, que el justo amor debido
A tu Clori, tan mal en Dafne empleas.
Mas así va, son estos los misterios
De la diosa cruel, Reina de Cipro,
Que desiguales ánimas y formas
Se deleita enlazar con crudo yugo.
Alcipe ama á Damon: Damon á Clori:
Arde Clori por Tirsi: Tirsi ingrato

Por Dafne : Dafne está entregada á Glauco :
En Glauco no hay amor... apénas pude
Escuchar hasta aquí, que airado en vista,
Y muy mas dentro el corazon, la dije :
Huye, huye de mí, malvada Clori,
No me fatigues mas con falsas nuevas.
Ella se fué, mas levantó primero
Los ojos lagrimosos háçia el cielo,
Y no sé si pidió de mí venganza.
Pero bien se la doy : desde aquella hora
Imaginando estoy el como sea
Que por amar á Glauco, á Tirsi olvides.
De secreta virtud pequeña yerba,
No nace planta en este prado ó valle,
De quien no tenga yo cierta noticia,
Y la sepa apropiar á sus efetos.
¿Cuando nació jamas por aquí en torno
Contienda pastoril, que yo no fuese
Elegido juez por ámbas partes?
¿Cuando en fiesta quedé sin algun premio?
Testigos son esta zampoña y vaso,
Y ese collar que cuelga de tus pechos.
Pues si versos se precian, ya te diéron
Otro tiempo loor mis dulces versos.

¿Mis ovejas que van presas del lobo
No te diéron un tiempo de sus partos?
¿No te diéron mis huertos fruta y flores?
¿Porqué me ha de vencer pastor ageno,
Y si no vil, que yo ménos famoso?
¿En que me excede Glauco? ¡Ah Dafne ingrata,
Ah Dafne desleal, perjura Dafne!
¿Porqué quiero esperar que venga á pasos
Perezosos la muerte? aunque está cerca,
Yo quiero apresurarla. En esto prueba
A levantarse; pero no sostienen
Los pies débiles carga tan pesada.
Torna á caer, y con dolor de verse
Estorbar el morir, corre á la muerte
Perdiendo los espíritus vitales.
Mas presto torna á su pesar la vida,
Y torna juntamente el llanto amargo.

JORGE DE MONTEMAYOR. *

CANCION.

Ojos, que ya no veis quien os miraba
Cuando érades espejo en que él se via,
¿Qué cosa podeis ver que os dé contento?
Prado florido y verde do algun dia
Por el mi dulce amigo yo esperaba,
Llorad conmigo el grave mal que siento.
Aquí me declaró su pensamiento;
Oíle yo cuitada,
Mas que serpiente airada,
Llamándole mil veces atrevido:
Y el triste allí rendido,
Parece que es ahora y que le veo,
Y aun es mi deseo.
¡Ay si ahora le viese, ay tiempo bueno!
Ribera umbrosa, ¿qué es de mi Sireno?

* Portugues: natural de Montemor: floreció á mediados del siglo XVI: fué él que con su *Diana* introdujo el gusto de las novelas pastorales.

Aquella es la ribera, este es el prado,
De allí parece el soto, el valle umbroso,
Que yo con mi rebaño repastaba;
Veis el arroyo dulce y sonoroso
Do pacia la siesta mi ganado,
Cuando mi dulce amigo aquí moraba:
Debajo de aquella haya verde estaba,
Y veis allí el otero,
A do le ví primero,
Y do me vió: dichoso fué aquel dia
Si la desdicha mia
Un tiempo tan dichoso no acabara.
O haya! o fuente clara!
Todo está aquí, mas no por quien yo peno,
Ribera umbrosa, ¿qué es de mi Sireno?
Aquí tengo un retrato que me engaña,
Pues veo á mi pastor, cuando lo veo,
Aunque en mi alma está mejor sacado:
Cuando de velle llega el gran deseo,
De quien el tiempo luego desengaña,
A aquella fuente voy que está en el prado.
Arrímomele al sauce, y á su lado
Me siento ¡ay amor ciego!
Al agua miro luego,

Y veo á él, y á mí como le via
Cuando él aquí vivia :
Esta invencion un rato me sustenta,
Despues caigo en la cuenta,
Y dice el corazon de ansias lleno,
Ribera umbrosa, ¿qué es de mi Sireno?
Otras veces le hablo, y no responde;
Y pienso que de mí se está vengando,
Porque algun tiempo no le respondia :
Mas dígole yo triste, así llorando :
Hablad, Sireno, pues estais adonde
Jamas imaginó mi fantasía.
No veis, decí, que estais en la alma mia?
Y él todavía callado
Y estarse allí á mi lado.
En mi seso le ruego que me hable,
¡Qué engaño tan notable,
Pedir á una pintura lengua ó seso!
¡Ay tiempo, en que en un peso
Estaba mi alma, y en poder ageno!
Ribera umbrosa, ¿qué es de mi Sireno?
No puedo jamas ir con mi ganado
Cuando se pone el sol en nuestra aldea,
Ni desde allí venir á la majada,

Sino por donde, aunque no quiera, vea
La choza de mi bien tan deseado,
Ya todo por el suelo derribada.
Allí me siento un poco descuidada
De ovejas y corderos,
Hasta que los vaqueros
Me dan voces diciendo : ola pastora!
¿En quien piensas ahora?
Y el ganado paciendo por los trigos :
Mis ojos son testigos
Por quien la yerba crece al valle ameno,
Ribera umbrosa, ¿qué es de mi Sireno?
Razon fuera, Sireno, que hicieras
A tu opinion mas fuerza en la partida,
Pues que sin ella te entregué la mia :
¿Mas yo de quien me quejo ya, perdida?
¿Pudiera alguno hacer que no partiera
Si el hado ó la fortuna lo queria?
No fué la culpa tuya, ni podria
Creer que tú hicieses
Cosa con que ofendieses
A este amor tan llano y tán sencillo;
Ni quiero presumillo,
Aunque haya muchas muestras y señales :

Los hados desiguales
Me han anublado un cielo muy sereno:
Ribera umbrosa, ¿qué es de mi Sireno?
Cancion, mira que vayas donde digo:
Mas quédate conmigo,
Que puede ser te lleve la fortuna
A parte do te llamen importuna.

GASPAR GIL POLO. *

CANCIONES PASTORILES.

I.

En el campo venturoso
Donde con clara corriente
Guadalaviar hermoso,
Dejando el suelo abundoso
Da tributo al mar potente;
Galatea desdeñosa

* Valenciano: autor de *la Diana enamorada*: floreció despues de mediado el siglo XVI.

Del dolor que á Licio daña,
Iba alegre y bulliciosa
Por la ribera arenosa,
Que el mar con sus ondas baña.
Entre la arena cogiendo
Conchas y piedras pintadas,
Muchos cantares diciendo
Con el son del ronco estruendo
De las ondas alteradas:
Junto al agua se ponia,
Y las ondas aguardaba,
Y en verlas llegar huia;
Pero á veces no podia,
Y el blanco pie se mojaba.
Licio, al cual en sufrimiento
Amador ninguno iguala,
Suspendió allí su tormento
Miéntras miraba el contento
De su pulida zagala.
Mas cotejando su mal
Con el gozo que ella habia,
El fatigado zagal
Con voz amarga y mortal
De esta manera decia:

Ninfa hermosa, no te vea
Jugar con el mar horrendo,
Y aunque mas placer te sea
Huye del mar, Galatea,
Como estás de Licio huyendo.
Deja ahora de jugar,
Que me es dolor importuno,
No me hagas mas penar,
Que en verte cerca del mar
Tengo zelos de Neptuno.
Causa mi triste cuidado,
Que á mi pensamiento crea,
Porque ya está averiguado,
Que si no es tu enamorado,
Lo será cuando te vea.
Y está cierto; porque amor
Sabe desde que me hirió,
Que para pena mayor
Me falta un competidor
Mas poderoso que yo.
Deja la seca ribera,
Do está el alga infructuosa,
Guarda que no salga afuera
Alguna marina fiera

Ver llegar á la ribera
La destrozada madera
De las anegadas naves.
Ven á la dulce floresta,
Do natura no fué escasa,
Donde haciendo alegre fiesta
La mas calorosa sesta
Con mas deleite se pasa.
Huye los soberbios mares;
Ven, verás como cantamos
Tan deleitosos cantares,
Que los mas duros pesares
Suspendemos y engañamos;
Y aunque quien pasa dolores,
Amor le fuerza á cantarlos,
Yo haré que los pastores
No digan cantos de amores,
Porque huelgues de escucharlos.
Allí, por bosques y prados,
Podrás leer todas horas,
En mil robles señalados
Los nombres más celebrados
De las ninfas y pastoras.
Mas seráte cosa triste

Ver tu nombre allí pintado,
En saber qué escrita fuiste
Por el que siempre tuviste
De tu memoria borrado.
Y aunque mucho estés airada,
No creo yo que te asombre
Tanto el verte allí pintada,
Como el ver que eres amada
Del que allí escribió tu nombre.
No ser querida y amar,
Fuera triste desplacer,
¿Mas qué tormento ó pesar
Te puede, Ninfa, causar
Ser querida y no querer?
Mas desprecia cuanto quieras
A tu pastor, Galatea,
Solo que en estas riberas
Cerca de las ondas fieras
Con mis ojos no te vea.
¿Qué pensamiento mejor
Orilla el mar puede hallarse
Que escuchar el ruiseñor,
Coger la olorosa flor,
Y en clara fuente lavarse?

Pluguiera á Dios que gozaras
De nuestro campo y ribera
Y porque mas lo preciaras,
Ojala tú lo probaras,
Antes que yo lo dijera.
Porque cuanto alabo aquí
De su crédito lo quito,
Pues el contentarme á mí
Bastará, para que á tí
No te venga en apetito.
Licio mucho mas le hablara,
Y tenia mas que hablalle,
Si ella no se lo estorbara,
Que con desdeñosa cara
Al triste dice que calle.
Volvió á sus juegos la fiera
Y á sus llantos el pastor,
Y de la misma manera
Ella queda en la ribera,
Y él en su mismo dolor.

II.

Cuando con mil colores divisado
Viene el verano en el ameno suelo,

El campo hermoso está, sereno el cielo,
Rico el pastor, y próspero el ganado:
Filomena por árboles floridos
Da sus gemidos,
Hay fuentes bellas
Y en torno de ellas
Cantos suaves
De Ninfas y aves;
Mas si Elvinia de allí sus ojos parte,
Habrá contino invierno en toda parte.
Cuando el helado cierzo de hermosura
Despoja yerbas, árboles y flores,
El canto dejan ya los ruiseñores,
Y queda el yermo campo sin verdura.
Mil horas son mas largas que los dias
Las noches frias
Espesa niebla
Con la tibiebla
Oscura y triste
El aire viste;
Mas salga Elvinia al campo, y por do quiera
Renovará la alegre primavera.
Si alguna vez envia el cielo airado
El temeroso rayo ó bravo trueno,

Está el pastor de todo amparo ageno,
Triste, medroso, atónito y turbado :
Y si granizo ó dura piedra arroja,
La fruta y hoja
Gasta y destruye,
El pastor huye
A paso largo
Triste y amargo;
Mas salga Elvinia al campo, y su belleza
Desterrará el recelo y su tristeza.

Y si acaso tañendo está ó cantando,
A sombra de olmos ó altos valladares,
Y está con dulce acento á mis cantares
La mirla y la calandria replicando;
Cuando suave espira el fresco viento,
Cuando el contento
Mas soberano
Me tiene ufano,
Libre de miedo,
Lozano y ledo;
Si asoma Elvinia airada, así me espanto
Que el rayo ardiente no me aterra tanto.

Si Delia en perseguir silvestres fieras,
Con muy castos cuidados ocupada

Va de su hermosa escuadra acompañada
Buscando sotos, campos y riberas,
Napeas y Hamadríadas hermosas
Con frescas rosas
Le van delante,
Está triunfante
Con lo que tiene:
Pero si viene
Al bosque donde caza Elvinia mia,
Parecerá menor su lozanía.
Y cuando aquellos miembros delicados
Se lavan en la fuente esclarecida,
Si allí Cintia estuviera, de corrida
Los ojos abajara avergonzados:
Porque en la agua de aquella transparente
Y clara fuente,
El mármol fino
Y peregrino,
Con beldad rara,
Se figurara,
Y al atrevido Acteon si la viera,
No en ciervo, pero en mármol convirtiera.
Cancion, quiero mil veces replicarte
En toda parte,

Por ver si el canto
Amansa un tanto
Mi clara estrella
Tan cruda y bella;
¡Dichoso yo si tal ventura hubiese,
Que Elvinia se ablandase, ó yo muriese.

MELISEA A NARCISO.

Zagal, vuelve sobre tí,
Que por excusar dolor,
Ni quiero matar de amor,
Ni que amor me mate á mí.
Pues yo viviré sin verte,
Tú por amarme no mueras,
Que ni quiero que me quieras
Ni determino quererte.
Que pues tú dices que así
Se muere el triste amador,
Ni quiero matar de amor,
Ni que amor me mate á mí.

RESPUESTA DE NARCISO.

Si os pesa de ser querida
Yo no puedo no os querer;
Pesar habréis de tener
Miéntras yo tuviere vida.
Sufrid que pueda quejarme,
Pues que sufro un tal tormento,
O cumplid vuestro contento,
Con acabar de matarme.
Que segun sois descreida,
Y os ofende mi querer,
Pesar habréis de tener
Miéntras yo tuviere vida.
Si pudiendo conoceros
Pudiera dejár de amaros,
Quisiera, por no enojaros,
Poder dejar de quereros;
Mas pues vos seréis querida
Miéntras yo podré querer,
Pesar habréis de tener,
Miéntras yo tuviere vida.

CRISTOBAL SUAREZ DE FIGUEROA.

FELICIDAD DE LA VIDA.

¡O bien feliz el que la vida pasa
Sin ver del que gobierna el aposento,
Y mas quien deja el cortesano asiento
Por la humildad de la pajiza casa!
Que nunca teme una fortuna escasa,
De agena envidia el ponzoñoso aliento;
A la planta mayor persigue el viento,
A la torre mas alta el rayo abrasa.
Contento estoy de mi mediana suerte;
El poderoso en su deidad resida;
Mayor felicidad yo no procuro,
Pues la quietud sagrada al hombre advierte
Ser para el corto espacio de la vida
El mas humilde estado mas seguro.

LA DECLARACION.

Bella zagaleja.
Del color moreno,
Blanco milagroso
De mi pensamiento :
Gallarda trigueña,
De belleza extremo,
Ardor de las almas,
Y de amor trofeo :
Suave Sirena,
Que con tus acentos
Detienes el curso
De los pasageros:
Desde que te ví
Tal estoy, que siento
Preso el albedrío,
Y abrasado el pecho.
Hasta donde estás
Vuelan mis deseos
Llenos de aficion,
Y de miedo llenos,
Viendo que te ama

Mas digno sujeto,
Dueño de tus ojos,
De tu gusto cielo.
Mas ya que se fué
Dando al agua remos,
Sienta de mudanza
El antiguo fuero.
Al presente olvidan,
Y quien fuere cuerdo
En estando ausente
Téngase por muerto.
Y pues vive el tuyo
En extraño reino,
Por ventura esclavo
De rubios cabellos;
Antes que los tuyos
Se cubran de hielo,
Con piedad acoge
Suspiros y ruegos.
Permite á mis brazos
Que se miren hechos
Yedras amorosas
De tu airoso cuerpo:
Que á tu fresca boca

Robaré el aliento,
Y en tí transformado
Moriré viviendo.
Himeneo haga
Nuestro amor eterno:
Nazcan de nosotros
Hermosos renuevos:
Tu beldad celebren
Mis sonoros versos,
Por quien no te ofendan
Olvido ni tiempo.

JUAN RUFO. *

DE LA VIDA DE LOS MALOS.

Los mares ara, siembra en el arena,
El aire en flaca red cerrar procura
Entre el agua y el fuego paz ordena,
Atomos busca en la tiniebla oscura,

* Vivia á fines del siglo XVI.

Y al tiempo, cuyo curso no se enfrena,
La frente quiere ver queda y segura,
Quien piensa conservarse mal obrando,
Por mas y mas que siempre esté velando.
Y aun ántes dará el mar largo tributo
De sazonada mies, y la arenosa
Orilla será fértil en dar fruto,
Helado el fuego, el aire densa cosa,
Y de la noche el tenebroso luto
Hará la vista clara y poderosa,
Y el tiempo será tarde y perezoso,
Antes que el malhechor viva en reposo.
Por do quiera que va lleva consigo
Las vivas brasas del remordimiento,
Que la conciencia clama, y es testigo
Delante el tribunal del sentimiento,
Y aunque la culpa huya del castigo
Anticipadamente dias sin cuento,
Nunca se aleja dél; que al fin el suelo
Es centro y punto al círculo del cielo.

MIGUEL DE CERVANTES. *

LA CONFIANZA.

Dulce esperanza mia,
Que rompiendo imposibles y malezas,
Sigues firme la via,
Que tú misma te finges y aderezas,
No te desmaya el verte
A cada paso junto al de tu muerte.
No alcanzan perezosos
Honrados triunfos ni vitoria alguna,
Ni pueden ser dichosos
Los que no contrastando á la fortuna,
Entregan desvalidos
Al ocio blando todos los sentidos.
Que amor sus glorias venda
Caras, es gran razon y es trato justo,
Pues no hay mas rica prenda,

* El inmortal autor del *Quijote* nació en Alcalá de Henáres, á 9 de octubre de 1547, y murió en Madrid á 23 de abril de 1616.

Que la que se quilata por su gusto;
Y es cosa manifiesta
Que no es de estima lo que poco cuesta.
Amorosas porfías
Tal vez alcanzan imposibles cosas,
Y ansí, aunque con las mias
Sigo de amor las mas dificultosas,
No por eso rezelo
De no alcanzar desde la tierra el cielo.

LA PRECAUCION INUTIL.

Madre, la mi madre,
Guardas me poneis,
Que si yo no me guardo,
No me guardaréis.
Dicen que está escrito,
Y con gran razon,
Ser la privacion
Causa de apetito.
Crece en infinito
Encerrado amor;
Por eso es mejor
Que no me encerreis,

Que si yo no me guardo,
No me guardaréis.
Si la voluntad
Por sí no se guarda,
No la harán guardar,
Miedo ú calidad;
Romperá en verdad
Por la misma muerte,
Hasta hallar la suerte
Que vos no entendeis,
Que si yo no me guardo,
No me guardaréis.
Quien tiene costumbre
De ser amorosa,
Como mariposa
Se irá tras la lumbre,
Aunque muchedumbre
De guardas le pongan,
Y aunque mas propongan
De hacer lo que haceis.
Que si yo no me guardo,
No me guardaréis.
Es de tal manera
La fuerza amorosa,

Que á la mas hermosa
La vuelve en quimera,
El pecho de cera,
De fuego la gana,
Sus manos de lana,
De fieltro los pies.
Que si yo no me guardo,
No me guardaréis.

DON JUAN DE ARGUIJO. *

SONETOS.

I.

A BACO.

A tí de alegres vides coronado
Baco, gran padre domador de Oriente,
He de cantar, á tí que blandamente

* Natural de Sevilla, y Veinticuatro de esta ciudad: fué el protector mas generoso de los poetas de su tiempo: floreció á fines del siglo XVI.

Templas la fuerza del mayor cuidado:
Hora castigues á Licurgo airado,
O á Penteo en tus aras insolente;
Hora te mire la festiva gente
En sus convites dulce y regalado.
O ya de tu Ariadna al alto asiento
Subas ufano la mortal corona;
Ven fácil, ven humano al canto mio:
Que si no desmerezco el sacro aliento,
Mi voz quebrantará la opuesta zona,
Y al Tibre inundará el Hispalio rio.

II.

JUPITER A GANIMEDES.

No temas ¡o bellisimo Troyano!
Viendo que arrebatado en nuevo vuelo
Con corvas uñas te levanta al cielo
La feroz ave por el aire vano.
¿Nunca has oido el nombre soberano
Del alto Olimpo? ¿la piedad y el zelo
De Júpiter, que da la pluvia al suelo,
Y arma con rayos la tonante mano,
A cuyas sacras aras humillado

Gruesos toros ofrece el Teucro en Ida,
Implorando remedio á sus querellas?
El mismo soy, no al Aguila eres dado
En despojo; mi amor te trae, olvida
Tu amada Troya, y sube á las estrellas.

III.

DEL TIEMPO.

Mira con cuanta priesa se desvía
De nosotros el sol al mar vecino,
Y aprovecha, Fernando, en tu camino
La luz pequeña de este breve dia,
Antes que en tenebrosa noche fria
Pierdas la senda, y de buscarla el tino,
Y aventurado en manos del destino
Vagues errando por incierta via.
Hágante agenos casos enseñado,
Y el miserable fin de tantos pueda
Con fuerte ejemplo apercibir tu olvido.
Larga carrera, plazo limitado
Tienes, veloz el tiempo corre, y queda
Solo el dolor de haberlo mal perdido.

IV.

LAS ESTACIONES.

Vierte alegre la copia en que atesora
Bienes la Primavera, da colores
Al campo, y esperanza á los pastores
Del premio de su fe la bella Flora:
Pasa ligero el sol, adonde mora
El Cancro abrasador, que en sus ardores
Destruye campos, y marchita flores,
Y el orbe de su lustre descolora.
Sigue el húmedo Otoño, cuya puerta
Adornar Baco de sus dones quiere,
Luego el invierno en su rigor se estrema.
¡O variedad comun! mudanza cierta!
¿Quien habrá que en sus males no te espere?
¿Quien habrá que en sus bienes no te tema?

V.

APOLO A DAFNE.

Victorioso laurel, Dafnes esquiva,
En cuyas verdes hojas la memoria

De tu rigor, y de mi triste historia
Quiere el amor que eternamente viva;
La antigua palma y abundante oliva,
A ti de hoy mas inclinarán su gloria;
Tú ceñirás en premio de victoria
Del fuerte vencedor la frente altiva.
Dijo el burlado Cintio, y á la dura
Corteza asido la contempla, y luego
Repite: Dafne fiera! mármol frio!
Del rayo ardiente vivirás segura,
Que no es bien que consienta ageno fuego,
Quien pudo resistir el fuego mio.

VI.

SISIFO.

Sube gimiendo con mortal fatiga
El grave peso que en sus hombros lleva
Sisifo al alto monte, y cuando prueba
Pisar la cumbre, á mayor mal se obliga.
Cae el fiero peñasco, y la enemiga
Suerte cruel su nuevo afan renueva;
Vuelve otra vez á la difícil prueba,
Sin que de su trabajo el fin consiga.

No iguala aquella á la desdicha mia;
Pues algun tiempo alivia en su tormento
Los hombros á tal carga desiguales.
Sufro peso mayor á tal porfía,
Que un punto no perdona al pensamiento
La importuna memoria de mis males.

VII.

LUCRECIA.

Baña llorando el ofendido lecho
De Colatino la consorte amada,
Y en la tirana fuerza disculpada
Si no la voluntad, castiga el hecho.
Rompe con hierro agudo el casto pecho,
Y abre camino al alma, que indignada
Baja á la oscura sombra; do vengada
Aun duda si su agravio ha satisfecho.
Venció al paterno llanto endurecida,
Y de su esposo el ruego, que no basta,
Menospreció con un fatal desvío.
Ceda al debido honor la dulce vida,
Que no es bien, dijo, que otra ménos casta
Ose vivir con el ejemplo mio.

VIII.

LA AVARICIA.

Castiga el cielo á Tántalo inhumano
Que en impia mesa su rigor provoca,
Medir queriendo en *competencia loca*
Saber divino con engaño humano.
Agua en las aguas busca, y con la mano
El árbol fugitivo casi toca;
Huye el copioso Erídano á su boca,
Y en vez de fruta aprieta el aire vano.
Tú que espantado de su pena admiras
Que el cercano manjar en *largo ayuno*
Al gusto falte, y á la vista sobre:
¿Como de muchos Tántalos no miras
Ejemplo igual? y si codicias uno,
Mira al avaro en sus riquezas pobre.

IX.

ARTEMISA.

Labra Artemisa el grande mausoleo,
Que los altos pirámides afrenta

Del Egipcio soberbio, y no contenta
Busca á su ilustre fe mayor trofeo.
Del tierno y casto pecho en nuevo empleo
Hacer sepulcro al nuevo esposo intenta,
Cuyas cenizas de su amor sedienta
Bebe con ansias de inmortal deseo.
En vano, dice, pretendió la muerte
De tí, dulce Mausolo, dividirme,
Y en largo olvido sepultar tu gloria.
Que de su injuria puede defenderte
Mi pecho mas que el bronce y mármol firme,
Y eternizar mi amor y tu memoria.

X.

ARIADNA.

¿A quien me quejaré del cruel engaño
Arboles mudos, en mi triste duelo?
Sordo mar! tierra estraña! nuevo cielo!
Fingido amor! costoso desengaño!
Huye el pérfido autor de tanto daño,
Y quedo sola en peregrino suelo,
Do no espero á mis lágrimas consuelo,
Pues no permite alivio mal tamaño.

Dioses, si entre vosotros hizo alguno
De un desamor ingrato amarga prueba,
Vengadme os ruego del traidor Teseo.
Tal se quejaba Ariadna en importuno
Lamento al cielo, y entretanto lleva
El mar su llanto, el viento su deseo.

XI.

ORFEO.

Desiertas selvas, monte yerto y frio,
Ródope que en el cielo tocar osas,
Vosotras de Estrimon ondas hermosas,
A quien vencer presume el llanto mio:
Seréis testigos largo tiempo, fio,
De mi dolor, y quejas lastimosas
Que en vano esparzo al aire, y con piadosas
Voces al Rey del lago obscuro envio.
Así cantando llora el Tracio amante,
Y á sus blandos acentos enmudece
El viento, y la agua su corriente enfrena;
Y enternecidas truecan el semblante
Las fieras ¡corto alivio! miéntras crece
Del ya perdido bien la justa pena.

XII.

LA TEMPESTAD Y LA CALMA.

Yo vi del rojo sol la luz serena
Turbarse, y que en un punto desfallece
Su alegre faz, y en torno se obscurece
El aire con tiniebla de horror llena:
El austro proceloso airado suena,
Crece su furia, y la tormenta crece,
Y en los hombros de Atlante se estremece
El alto Olimpo, y con espanto truena.
Mas luego vi romperse el negro velo
Deshecho en agua, y á su luz primera
Restituirse alegre el claro dia;
Y de nuevo esplendor ornado el cielo
Miré, y dije: ¿quien sabe si le espera
Igual mudanza á la fortuna mia?

XIII.

HORACIO COCLES.

Con prodigioso ejemplo de osadía
Un hombre miro en el Romano puente,

Resistir solo de la Etrusca gente
El grueso campo que pasar porfía.
Ni la enemiga fuerza le desvía,
Ni de su vida el cierto fin presente,
Que su valor dejar no le consiente
La difícil empresa en que insistia.
Oigo del roto puente el son fragoso,
Cuando al Tibre el varon se precipita
Armado, y sale de él con nueva gloria;
Y al mismo punto escucho del gozoso
Pueblo las voces, que aclamando grita:
Viva Horacio! de Horacio es la victoria.

XIV.

AL GUADALQUIVIR.

Tu á quien ofrece el apartado polo,
Hasta donde tu nombre se dilata,
Preciosos dones de luciente plata,
Que envidia el rico Tajo y el Pactolo;
Para cuya corona, como á solo
Rey de los rios, entreteje y ata
Palas su oliva con la rama ingrata,
Que contempla en tus márgenes Apolo;

Claro Guadalquivir, si impetuoso
Con crespas ondas y mayor corriente
Cubrieres nuestros campos mal seguros;
De la mejor ciudad, por quien famoso
Alzas igual al mar la altiva frente,
Respeta humilde los antiguos muros.

XV.

LA CONSTANCIA.

Aunque en soberbias olas se revuelva
El mar y conmovida en sus cimientos
Gima la tierra, y los contrarios vientos
Talen la cumbre en la robusta selva;
Aunque la ciega confusion envuelva
En discordia mortal los elementos,
Y con nuevas señales y portentos
La máquina estrellada se disuelva;
No desfallece, ni se ve oprimido
Del varon fuerte el corazon constante,
Que su mal como ageno considera:
Y en la mayor adversidad sufrido
La airada suerte con igual semblante
Mira seguro, y atentado espera.

XVI.

VENUS EN LA MUERTE DE ADONIS.

Despues que en tierno llanto desordena
Citerea la voz por el violento
Fin de su Adonis, y con triste acento
El bosque Idalio á su dolor resuena,
Y en flor sobre el acanto y azucena
Hermosa, trueca el mísero y sangriento
Jóven, modera el grave sentimiento,
Y el ímpetu á sus lágrimas enfrena:
Y no hallando en su tristeza medio,
Vuelve al usado ornato, y reflorece
Del ya sereno rostro la luz pura:
Así el pesar con la razon descrece
Desesperado el bien: que tal vez cura
A un grande mal la falta de remedio.

XVII.

NARCISO.

Crece el insano amor, crece el engaño
Del que en las aguas vió su imágen bella,

Y él, sola causa en su mortal querella,
Busca el remedio, y acrecienta el daño:
Vuelve á verse en la fuente (¡caso extraño!),
Del agua sale el fuego, mas en ella
Templarlo piensa, y la enemiga estrella
Sus ojos cierra al frágil desengaño.
Falleciéron las fuerzas y el sentido
Al ciego amante àmado, que á su suerte
La costosa beldad cayó rendida:
Y ahora en flor púrpurea convertida
La agua que fué principio de su muerte,
Hace que crezca, y prueba á darle vida.

XVIII.

LA RECAIDA.

Otras dos veces del furioso Noto
Probé las iras en el mar turbado,
Y no volver jamas á tal estado
Arrepentido prometí y devoto.
De la deshecha jarcia y leño roto
Dí los despojos al altar sagrado;
Y apénas pisé el puerto deseado,
Cuando olvidé el peligro y rompí el voto.

Y ahora que continua y fiera lucha
Mar y vientos se esfuerzan en mi daño,
Y sus enojos aplacar porfío,
Mis sordas voces sin piedad escucha
El justo cielo ¡ o inútil desengaño!
¡ Cuan tarde llegas al remedio mio!

SILVA.

A LA VIHUELA.

En vano os apercibo,
Dulce instrumento mio,
Si templar mi dolor con vos pretendo;
Y la grandeza de mi mal ofendo,
Si alentado confio,
Que pueda el corto alivio que recibo
Con vuestro blando acento,
De mi antiguo tormento
En la memoria introducir olvido.
O como en vano tanto bien os pido;
¿ Sois por ventura la famosa lira
Del que al mar arrojado
Supo aplacar su ira?
¿ O la que pudo en número acordado

Ceñir de muro á Tebas? ¿sois acaso
Aquel plectro divino,
Que por nuevo camino
A las ondas Estigias halló paso,
Para bajar seguro
De la infelice gente al reino oscuro?
Mayor hazaña fuera
Suspender mi dolor y pena fiera:
Responderéis que no desprecie ahora
La antigua compañía,
Que en soledad tan larga me habeis hecho,
Ya cuando huye de la noche el dia,
O ya cuando el aurora
Le anuncia, y deja de Titan el lecho:
O cuando el sol en la mitad del cielo
Piadoso de mi mal oye mi duelo.
El comun beneficio
De la dulce armonía
Alegaréis, y aquel piadoso oficio
Con que á sufrir esfuerza
Su cautiverio aquel, su prision este:
Apénas hay trabajo, á quien no preste
Algun alivio: el que con remo á fuerza
Hiere la blanca espuma,

Su desventura suma
Cuida olvidar, y al son de la cadena
Cantando intenta mitigar su pena.
Así lo experimento
En medio de mis males,
¡O suave instrumento!
Pero cuéstanme caro alivios tales;
Cuando el discurso un rato suspendido,
Con el grato sonido
Cobra para afligirme fuerza nueva
Con que despues mis lágrimas renueva.
Y de la amarga historia
Mi enemiga memoria
Vuelve al usado empleo,
Y relucha mas fuerte como Anteo.
Ya me tiene enseñado
La continua miseria de mi estado,
Que es socorro engañoso, corto y leve
El que me dais, y que admitir no debe
La música sonora,
Quien sus desdichas sin remedio llora.

BALTASAR DE ALCAZAR. *

REDONDILLAS.

En Jaen, donde resido
Vive Don Lope de Sosa,
Y diréte, Ines, la cosa
Mas brava de él que has oido.
Tenia este caballero
Un criado Portugues....
Pero cenemos, Ines,
Si te parece primero.
La mesa tenemos puesta,
Lo que se ha de cenar junto,
Las tazas del vino á punto;
Falta comenzar la fiesta.
Comienze el vinillo nuevo,
Y échale la bendicion;
Yo tengo por devocion
De santiguar lo que bebo.

* Sevillano: vivia á principios del siglo XVII, y se ignoran las demas circunstancias de su vida.

Franco fué, Ines, este toque;
Pero arrójame la bota:
Vale un florin cada gota
De aqueste vinillo aloque.
¿De qué taberna se trajo?
Mas ya.... de la del Castillo:
Diez y seis vale el cuartillo,
No tiene vino mas bajo.
Por nuestro Señor que es mina
La taberna de Alcocer:
Grande consuelo es tener
La taberna por vecina.
Si es ó no invencion moderna,
Vive Dios que no lo sé;
Pero delicada fué
La invencion de la taberna.
Porque allí llego sediento,
Pido vino de lo nuevo,
Midenlo, dánmelo, bebo,
Págolo, y voyme contento.
Esto, Ines, ello se alaba,
No es menester alaballo:
Sola una falta le hallo,
Que con la priesa se acaba.

La ensalada y salpicon
Hizo fin, ¿qué viene ahora?
La morcilla, gran señora,
Digna de veneracion.
¡Qué oronda viene y qué bella!
Que traves y enjundia tiene,
Paréceme, Ines, que viene
Para que demos en ella.
Pues sus, encójase y entre,
Que es algo estrecho el camino...
No eches agua, Ines, al vino,
No se escandalice el vientre.
Echa de lo trás añejo,
Porque con mas gusto comes:
Dios te guarde, qué así tomas,
Como sabia, el buen consejo.
Mas di, ¿no adoras y precias
La morcilla ilustre y rica?
¡Como la traidora pica!
Tal debe tener especias.
¡Qué llena está de piñones!
Morcilla de cortesanos,
Y asada por esas manos
Hechas á cebar lechones.

El corazon me revienta
De placer : no sé de tí.
¿Como te va? yo por mí
Sospecho que estás contenta.
Alegre estoy vive Dios :
Mas oye un punto sútil;
¿No pusiste allí un candil?
¿Como me parecen dos?
Pero son preguntas viles,
Ya sé lo que puede ser :
Con ese negro beber
Se acrecientan los candiles.
Probemos lo del pichel,
Alto licor celestial,
No es el aloquillo tal,
Ni tiene que ver con él.
¡Qué suavidad! qué clareza!
¡Qué rancio gusto y olor!
¡Qué paladar! qué color!
Todo con tanta fineza.
Mas el queso sale á plaza,
La moradilla va entrando,
Y ámbos vienen preguntando
Por el pichel y la taza.

Prueba el queso, que es extremo.
El de Pinto no le iguala,
Pues la aceituna no es mala,
Bien puede vogar su remo.
Haz pues, Ines, lo que sueles,
Daca de la bota llena
Seis tragos: hecha es la cena,
Levántense los manteles.
Ya, Ines, que habemos cenado
Tan bien, y con tanto gusto
Parece que será justo
Volver al cuento pasado.
Pues sabrás, Ines hermosa,
Que el Portugues cayó enfermo....
Las once dan, yo me duermo,
Quédese para mañana.

OTRAS.

Deseais, Señor Sarmiento,
Saber en estos mis años,
Sujetos á tantos daños,
Como me porto y sustento.
Yo os lo diré en brevedad,
Porque la historia es bien breve,

Y el daros gusto se os debe
Con toda puntualidad.
Salido el sol por Oriente
De rayos acompañado,
Me dan un huevo pasado
Por agua, blando y caliente,
Con dos tragos del que suele
Llamar yo néctar divino,
Y á quien otros llaman vino,
Porque nos vino del cielo.
Cuando el luminoso vaso
Toca en la meridional,
Distando por un igual
Del Oriente y del Ocaso;
Me dan asada y cocida
De una gruesa y gentil ave,
Con tres veces del suave
Licor que alegra la vida.
Despues que cayendo viene
A dar en el mar Esperio,
Desamparando el imperio
Que en este orisonte tiene;
Me suelen dar á comer
Tostadas en vino mulso,

Que el enflaquecido pulso
Restituyen á su ser.
Luego me cierran la puerta,
Yo me entrego al dulce sueño:
Dormido soy de otro dueño,
No sé de mí nueva cierta.
Hasta que hallando sol nuevo,
Me cuentan como he dormido,
Y así de nuevo les pido,
Que me den néctar y huevo.
Ser vieja la casa es esto,
Veo que se va cayendo,
Voyle puntales poniendo,
Porque no caiga tan presto.
Mas todo es vano artificio:
Presto me dicen mis males,
Que han de faltar los puntales,
Y allanarse el edificio.

OTRAS.

SECRETO PARA CONCILIAR Y SACUDIR EL SUEÑO.

No es el sueño cierto lance;
Variedades tiene el sueño,

Ya lo alcanza presto el dueño,
Ya no puede dalle alcance.
Este tan vario accidente
Suele á veces dar disgusto,
Yo le corrijo y ajusto
Con el aviso siguiente:
Cuando el sueño se detiene
Rezo por poder pasar,
Y en comenzando á rezar
En el mismo punto viene.
Si carga mas que debia,
Pienso en las deudas que debo,
Y el sueño huye de nuevo,
Como la sombra del dia.
Ved el áspero y cruel
Cuan manso vuelve al oficio,
Y con gran poco artificio
Hago lo que quiero de él.
Con tanta puntualidad,
Que como galan y dama
Tenemos á mesa y cama
Perpetua conformidad.
Révelóme este secreto
Una vieja de Antequera

Que desde la vez primera
Hizo verdadero efeto.
Y así por larga experiencia
He venido á conocer,
Que con rezar y deber
Se repara esta dolencia.

CANCION.

Tres cosas me tienen preso
De amores el corazon,
La bella Ines, el jamon,
Y berengenas con queso.
Esta Ines, amantes, es
Quien tuvo en mí tal poder,
Que me hizo aborrecer
Todo lo que no era Ines.
Trajóme un año sin seso,
Hasta que en una ocasion
Me dió á merendar jamon,
Y berengenas con queso.
Fué de Ines la primer palma,
Pero ya júzgase á mal
Entre todos ellos cual
Tiene mas parte en mi alma.

En gusto, medida y peso
No le hallo distincion,
Ya quiero Ines, ya jamon,
Ya berengenas con queso.
Alega Ines su beldad,
Y el jamon que es de Aracena:
El queso y la berengena
La española antigüedad.
Y está tan en fiel el peso,
Que juzgado sin pasion,
Todo es uno, Ines, jamon,
Y berengenas con queso.
A lo ménos este trato
De estos mis nuevos amores,
Hará que Ines sus favores
Me los venda mas barato.
Pues tendrá por contrapeso
Si no hiciera la razon
Una lonja de jamon,
Y berengenas con queso.

GUTIERRE DE CETINA.

MADRIGAL.

Ojos claros serenos,
Si de dulce mirar sois alabados,
¿Porqué si me mirais, mirais airados?
Si cuanto mas piadosos
Mas bellos pareceis á quien os mira,
¿Porqué á mí solo me mirais con ira?
Ojos claros serenos,
Ya que así me mirais, miradme al ménos.

LUIS MARTIN.

MADRIGAL.

Iba cogiendo flores,
Y guardando en la falda
Mi Ninfa, para hacer una guirnalda;
Mas primero las toca
A los rosados labios de su boca,
Y les da de su aliento los olores.
Y estaba (por su bien) entre una rosa
Una abeja escondida,
Su dulce humor hurtando;
Y como en la hermosa
Flor de los labios se halló, atrevida
La picó, sacó miel, fuése volando.

DIEGO MEJIA. *

EPISTOLA

TRADUCIDA DE OVIDIO.

SAFO A FAON.

¿Por ventura, Faon, luego que abriste
Mi carta, en ver su letra artificiosa,
Por mia la juzgaste y la tuviste?
¿Por ventura, mostrárase dudosa
Tu mente en vacilar quien te escribia,
Si no vieras mi firma dolorosa?
Preguntarás, que si la musa mia
Ha siempre versos líricos cantado,
¿Por qué la que te escribo es elegia?
¡Ay! que mi triste amor ha ya espirado
En tu pecho cruel, y en este punto
De mí ha de ser su tránsito llorado.

* Sevillano: floreció á principios del siglo XVII: tradujo las Heroidas y el Ibis de Ovidio.

Y porque el verso al dolorido asunto
De hoy mas responda, escojo el lamentable,
Que el lírico no es verso de difunto.
Abrásome en incendio irremediable,
Cual arde el campo donde el fuego emprende,
Si sopla el sordo viento incontrastable.
La seca parva con furor se enciende,
La llama excede al resplandor Febeo:
Tal es el fuego que á mi pecho ofende.
Allá habita Faon, donde á Tifeo
Etna con fuego y sempiterna brasa
Oprime y quema el cuerpo giganteo.
Pero con mas ardor y mas sin tasa
Que si estuviera en Etna y sus fogones,
El iracundo amor mi pecho abrasa.
No se me ofrecen versos ni canciones
Para poner en dulces instrumentos,
Que es lo que alegra tristes corazones.
Que el componer y el entonar acentos,
Son ejercicios y obras virtuosas
De entendimientos libres y contentos.
Ya me son las Piérides odiosas,
Ya huyo de las Dríadas doncellas,
Solo me ocupo en quejas amorosas.

Amiton, Cidno y Atis, mozas bellas,
Son viles, á quien tanto las queria,
Ni las quiero hablar, ni puedo vellas:
Y otras ciento que, cuando Dios queria
Por sola su virtud y compostura
Gustaba de tener su compañía.
Mira, Faon, si es mucha tu ventura,
Pues el amor que á tantas he quitado,
Le he puesto en tu divina hermosura.
Tienes el rostro bello y delicado,
Tienes edad á gustos conveniente,
¡O rostro que has mi vista emponzoñado!
Coge la lira y toca dulcemente,
La aljaba toma, y te verémos hecho
Un nuevo Apolo en música y valiente.
Ponte aquella señal que á mi despecho
Me pones, serás Baco, y en belleza
Al uno y otro dejarás deshecho:
Pues Febo á Dafne amó y á su altiveza,
Y Baco amó á la Gnósida Ariana,
Siendo dioses los dos de suma alteza.
Y aunque fué su belleza soberana,
No alcanzáron el don de Poesía,
Ni aquel licor que en el Parnaso mana,

A mi la Pegasea compañía
Me dicta versos, yendo ya mi nombre
Por cuanto abrasa el sol, y el mar enfria.
Ni tiene mas honor, ni mas renombre
Alceo el Mitileno y celebrado,
Aunque mas con su verso al mundo asombre.
Si la naturaleza me ha negado
Rostro elegante, forma y estatura,
No tengo culpa, y no me he criado.
Yo suplo aquese yerro de natura
Con mi ingenio y virtud que al mundo encanta,
Y la virtud excede á la hermosura.
No altivo me desprecies, que si tanta
Es esta pequeñez en que me veo,
Mi fama hasta los cielos se levanta.
Si no soy blanca, Andrómeda á Perseo
Agradó siendo negra de Etiopia,
Que no por ser moreno un rostro es feo.
Verás que es cosa natural y propia
Unirse con palomas variadas
Blancos palomos, y esto en mucha copia.
Tambien las tortolillas son amadas
De verdes papagayos; ni fortuna
Tiene á las damas negras olvidadas.

Si no te ha de gozar dama ninguna,
Si no es la que igualare á tu belleza,
No te habrá de gozar muger alguna.
Cuando tú me subiste á tanta alteza,
Que me elegiste, hermosa me juzgaste,
No viste escoria, todo fué fineza.
Que á mi sola amarias me juraste,
Juraste que yo sola te agradaba,
Mentiste en esto, aquello quebrantaste.
Por tu gusto me acuerdo que cantaba,
(Que nada al que es amante se le olvida)
Y con el dulce canto te elevaba.
Era de tí mi voz interrumpida
Por me besar, queriendo de mi boca
Hurtarme la cancion aun no nacida.
Ahora ¡ay rabia, que me vuelve loca!
Tienes por tuyas muchas damas bellas
Allá en Sicilia, cuyo amor te toca.
¿Qué me detengo aquí sin ir á vellas?
Quédese Lésbos, si en Sicilia hay diosas,
Siciliana quiero ser con ellas.
Señoras y matronas venturosas,
A quien el cielo da por patrio nido
De Nesa las ciudades poderosas;

No deseis el error que he cometido,
Diciendo, que á un extraño de mi tierra
Le dí mi fe, no siendo conocido.

Guardaos no siembre en vuestras almas guerra
Este traidor con los embustes raros,
Que en la blandura de su lengua encierra.

Cuanto os dice y os dirá por engañaros,
Tanto me dijo ¡ay mísera! primero,
Y como á mí me olvida, ha de olvidaros.

Tú, célebre Ericina, que el tercero
Círculo habitas, y eres venerada
De los Sicanos con amor sincero;

Mira por tu Poeta desdichada,
Dame consejo, Diosa, en esta pena,
Socorre á un alma triste enamorada.

Fortuna, que jamas me ha sido buena,
¿Prosigue por ventura aquel tormento,
Que desde el punto que nací me ordena?

¿Ha de permanecer su duro intento?
¿Siempre en mi daño el tiempo está fijado,
Siendo su natural el movimiento?

A seis años de edad no hube llegado,
Cuando ya con mis lágrimas habia
Las cenizas paternas rociado.

Mi hermano el patrimonio que tenia
Consumió, regalando á una ramera,
En cuyo amor el miserable ardia.
Mil daños, bien indinos de quien era,
Grangeó con afrenta miserable:
Que de servir al mundo esto se espera.
Y agora pobre, humilde, insaturable,
Por reparar su hambre y su pobreza
Navega el mar dudoso incontrastable.
Con mal medio procura la riqueza,
Que con mal medio disipó el insano,
Dándose torpemente á su torpeza.
Y á mí porque le dí, como á mi hermano,
Consejos saludables, me aborrece:
Que no quiere consejos el liviano.
Esta es la utilidad que se recrece
A aquella que en amalle se desvela,
Y mi piadosa lengua esto merece.
Y como si faltase que le duela
Al corazon, aumenta mis pasiones
Una niña que tengo pequeñuela.
Tú agora á mis tormentos y aflicciones
Te añades, y entre todos tienes palma,
Con esta larga ausencia en que me pones.

¿Por ventura mi nave, que es el alma,
No terná un viento favorable y bello,
Para no estar en simpiterna calma?
Mira esparçido por la espalda y cuello,
Sin artificio ni órden elegante,
Mi crespo, largo y nitido cabello.
Ni mis dedos adorno como amante,
Por demostrar que un disfavor me agravia,
Con el rubi, crisólito ó diamante.
Vilmente visto; mi ornamento es rabia,
Ni enlazo mi cabello en lazos de oro,
Ni le regalo con licor de Arabia.
¿Mas para quien sino es de luto y lloro
Me tengo de adornar? ¿y á quien ¡ay triste!
Procuraré agradar con mi tesoro?
¿Que galas me porné, si en quien consiste
Mi gusto, vive ausente y me desama,
Y de tristeza y de dolor me viste?
Mi tierno corazon (que en fin soy dama)
Es herido, y quemado en horno ardiente
De veloz flecha y de ligera llama.
Y como mi martirio es vehemente,
Siempre la causa vive y va en aumento,
Para penar y amar eternamente.

O fué que en mi infelice nacimiento.
Las Parcas por su ley me condenáron
A amarte siempre y á sufrir tormento:
O el aspa donde el hilo devanáron
De mi vida (si es vida la que es muerte)
De dura pertinacia la formáron:
O la costumbre larga de quererte,
Decansando en la escuela de Cupido,
En mi naturaleza se convierte.
Hame Tália el alma enternecido,
De suerte que no tengo fortaleza
Para librar del fuego á mi sentido.
¿Y qué mucho que tenga esta flaqueza,
Si cuando te apuntaba el primer bozo,
Me sujetó y robó tu gran belleza?
¿Qué maravilla me rindiese un mozo,
Que á los varones sujetar pudiera,
Con se adornar de femenil rebozo?
¡O tú, que eres de Apolo mensagera!
¿Cuantas veces temí que me hurtaras
Este mancebo, porque yo muriera?
Y entiendo, bella Aurora, le robaras;
Mas á tu intento Céfalo repuna,
Cuyas conversaciones te son caras.

Faon, pues si te alcanza á ver la luna,
Querrá que siempre duermas por besarte;
Mas vèdalo su amante y la fortuna.
Vénus también quisiera arrebatarte
En carro de marfil allá en su cielo;
Mas ve que es justo complacer á Marte.
¡O tú que eres la gloria de este suelo;
Y del presente siglo la hermosura,
Y de mi triste espíritu el consuelo:
Tú que aun no llegas á la edad madura,
Ni eres muchacho, que es el venturoso
Tiempo para deleites y dulzura!
Ven, torna, vuelve á mí, jóven hermoso,
Basta la grave ausencia que he *pasado*,
Vuelve á mi seno, toma en él reposo.
No te quiero rogar desamorado,
Que tú me quieras: lo que yo pretendo
Es que solo consientas ser amado.
Escribo, y miéntras voy aquí escribiendo
Mis ansias, mis tormentos, mis pasiones,
Mis ojos van mil lágrimas vertiendo.
Contempla cuantas manchas y borrones
Lleva esta carta miserable mia,
Pues tiene mas que versos y dicciones.

Si queriendo dejar mi compañía,
Estabas cierto de irte, bien hicieras
Si usaras de modestia y cortesía.
Fuera razon de mí te despidieras,
Y si mi propio nombre abominaras,
Moza de Lésbos, queda á Dios, dijeras.
Que en fin algunas lágrimas llevaras,
Que derramara allí mi sentimiento,
Y algun abrazo y beso grangearas.
Yo nunca recelé tu apartamiento,
Nunca temí tan áspero castigo,
Ni tuve miedo al grave mal que siento.
Ninguna prenda tuya está conmigo,
Sino es la injuria y grave alevosía
Que has hecho en me dejar como enemigo.
Ni ménos tu llevaste prenda mia,
Que en verla te sirviera de retrato
De esta, que el tuyo adora noche y dia.
Ninguna ley te dí, ningun mandato,
Ni otro te diera, salvo que en ausencia
De mí no te olvidaras como ingrato.
Júrote por la fuerza, y vehemencia
De este mi amor, que ni dejar procuro,
Ni él se puede apartar de mi presencia:

Por los nueve Libétrides te juro,
Cuyas deidades por mi honor serviste,
Y yó venero y agradar procuro:
Que cuando no sé quien me dijo ¡ay triste!
Tu bien se va, tu gloria es eclipsada,
Hoy tu contento y tu Faon perdiste;
Así quedé en peñasco transformada,
Que ni pude llorar de suspendida,
Ni me pude quejar de alborotada.
Suspendióse en mis ojos la avenida
De lágrimas; la lengua perdió el brio,
Y al muerto paladar se quedó asida.
El amoroso ardor del pecho mio
Se amortiguó, sus llamas ocultando,
Y dió lugar que le ocupase el frio.
Mas despues que el dolor se fué aplacando,
Despues que el cuerpo helado mas que roca
Fué su calor y espíritu cobrando;
Rasgué mi pecho á golpes como loca.
Meséme, y sin mirar lo que debiera,
Bramé, grité, desenfrené la boca.
Y esto no de otra suerte, que si fuera
Acompañando el cuerpo, madre pia,
Del hijo recien muerto, á la hoguera.

Mi mal hermano, viendo mi agonía,
Se goza, regocija y se recrea,
Y aumenta con mi pena su alegría.
Delante de mis ojos se pasea,
Que porque su presencia me es odiosa,
Quiere que á mi pesar le hable y le vea.
Tambien porque la causa vergonzosa
De mi dolor al mundo esté patente,
Me dice con voz grave y desdeñosa:
¿Qué pena, qué tristeza, qué acidente
Puede afligirte, si tu Cleis es viva,
No solo viva, mas ni está doliente?
Todo el mundo miraba mi excesiva
Angustia, y mi vestido descompuesto,
Y el pecho al aire, do tu amor estriba.
Que no puede el amor que es deshonesto
Con la vergüenza estar acompañado;
Y lidian entre sí, torpe y honesto.
Eres, Faon, mi gloria, mi cuidado,
Y mis sueños así te representan
Como si no te hubieras ausentado,
Y porque en estos sueños se alimentan
Mis gustos, me es la noche de mas lumbre,
Que los rayos del sol que la ahuyentan.

Que aunque del mar la inmensa pesadumbre
Te esconda, y aunque vivas de mí ausente
En las faldas del Etna ó en su cumbre;
En sueños cada noche estás presente,
Allí te hablo y miro tu figura,
Y allí te abrazo y toco dulcemente.
Mas tiene una gran falta esta dulzura,
Que en fin como es de sueño es abreviada,
Y lo que es falso y vano poco dura.
Imagino tal vez que reclinada
En tus brazos estoy, y algunas pienso
Que mi brazo te sirve de almohada.
Tal vez.... mas ¿para qué tan por extenso
Quiero contar lo que contado ofende
A mi sensualidad pagando el censo?
Ya en esto alegra, ilustra, aclara, enciende
Titan el aire, y muéstrase al instante
La luz, y cuanto el mundo comprehende.
Huye mi sueño, y huyese mi amante,
Y agráviome de ver tan presto huyan,
Siéndome su vision tan importante.
Y temiendo estas ansias me destruyan,
Visito el bosque, y una y otra cueva,
Y pido que á Faon me restituyan.

Como si el bosque á compasion se mueva,
Como si aquellas cóncavas sonoras
Conocen el ardor que á mí me lleva.
Mas pídoles favor como á fautoras,
Que fuéron de mis gustos algun dia,
Siendo de mis deleites sabidoras.
Furiosa voy á do el furor me guia,
Pobre de entendimiento y desgreñada,
Manifestando así la rabia mia.
No ménos que si fuera enhechizada
De la infernal Ericto maga astuta,
Por sus encantos fuertes celebrada.
Aquí miro una cueva, allí una gruta,
Ya me suspendo allí, y aquí me paro,
Que aquí y allí gusté de amor la fruta.
Y aunque estas cuevas tienen por reparo
Areniscos peñascos escabrosos,
Fuéronme un tiempo mármoles de Paro.
Andando estos boscages montuosos,
Llego á la selva que servió de alfombra
Y cama á nuestros cuerpos calurosos,
Y en muchas siestas, cuando el sol asombra
Nos recogió con regosijo y fiesta
En su copada y agradable sombra.

Mas aunque me es la selva manifiesta,
No hallo en ella á mi señor trocado,
Que es tambien el señor de la floresta.
Y así me es vil, humilde y desechado
Aquel lugar, pues todo su ornamento
Estaba en la presencia de mi amado.
Hallé todas las flores de este asiento
Selladas de tu huella conocida,
Para recordacion de mi tormento.
La tierna yerbezuela ví oprimida,
Clara señal que nos sirvió de cama,
Y que de nuestro peso está abatida.
Allí furiosa me arrojé, y la grama
Besé, donde tu suerte favorable
Te tuviera en los brazos de tu dama.
Y la yerba que entónces fué agradable,
Agora por mis ansias y congojas
Se riega con mi llanto miserable.
Los árboles tambien, porque me enojas,
Parece que me ayudan en mi llanto,
Despidiendo de sí sus verdes hojas.
Las aves enmudecen, y entre tanto
Que en aquel bosque mi clamor se siente,
Suspenden todas su apacible canto.

El ave Daulia llora solamente
Al hijo, y de no haber primero muerto
A su marido pérfido, insolente.
A Itis llora Progne en el desierto,
Y Safo llora y gime sus amores,
Y así está el bosque de dolor cubierto.
Tantos son los sollozos y clamores,
Que todo se suspende y todo para,
Como en la media noche los rumores.
Aquí nace una fuente dulce y clara,
De tal diafanidad alabastrina,
Que excede al rio, cuya linfa es rara.
Muchos en esta fuente cristalina
Viendo su magestad, que es tan bella,
Entienden que hay deidad santa y divina.
Hácele sombra, extiéndese sobre ella
El árbol que fué Ninfa y fué hermosa,
Y agora es tronco la que fué doncella.
Al rededor la tierra está viciosa,
Aquí está el lilio y el jazmin preciado,
Allí el clavel y la purpúrea rosa.
Aquí como inclinase el fatigado
Cuerpo, y rindiese al sueño favorable
Mi pena, mi congoja y mi cuidado;

Luego un mancebo de beldad notable
En mi presencia apareció, mostrando
Su blanco rostro, bello y agradable.
Dijome: « o Safo! pues te estás quemando
En desigual ardor, y en esta guerra
Has de morir, sin premio peleando;
Conviene vayas á la Ambracia tierra,
Que es en Epiro, y busca el monte santo,
Donde de Febo un templo la ara encierra,
Desde su cumbre se divisa cuanto
El mar Atteo, ó el Leucadio baña
En sus faldas hiriendo con espanto.
De aquí te arroja, y esa brasa estraña
Se apagará, que impide tu reposo,
Ganando prez y honor con tal hazaña.
De aquí se arrojó al mar el animoso
Deucalion, ardiendo en fuego horrible
Por el amor de Pirra poderoso.
Y aunque este salto pareció terrible,
Salió del mar de todo riesgo ageno;
Que nada hay á los Dioses imposible.
Luego pudo gozar de Pirra el seno;
Mas ya Deucalion libre se vía
Del fuego de Cupido y su veneno.

Esta es la misma ley que guarda hoy dia
Este lugar, no temas arrojarte,
Pues que tu bien consiste en la osadía. »
Dijo, y diciendo con su voz se parte,
Y yo asombrada de estas maravillas,
Me levanté mirando á toda parte.
Mis lágrimas regáron mis mejillas,
Bastantes á ablandar las piedras duras,
Y á desecar las verdes florecillas.
¡O tu cualquiera que mi bien procuras,
Yo buscaré el peñasco revelado,
Pues tanto bien, si salto, me aseguras!
Cualquier temor, cualquiera miedo helado
Huya de mí, si amedrentarme quiere,
Triunfe el insano amor desvariado.
Cualquier suceso ó fin que esto taviere
Será mejor, que el insufrible exceso
Del mal que sufre la que pena y muere.
Yo volaré mas leve que mi seso;
Los vientos me serán firmes escalas,
Y mi cuerpo no tiene mucho peso.
Tú, tierno amor, de cuantas obras malas
Has hecho en daño inmenso de mi suerte,
Préstame agora tus veloces alas:

Siquiera, porque infame con mi muerte
No quede el mar Leucadio, y de esta historia
No puedan acusarte y convencerte.
Si esto consigo en muestras de victoria,
Será á Febo mi cítara ofrecida,
Y estos versos que guarden mi memoria.
« La Poetisa Safo, agradecida
Te ofrece la vihuela, o santo Febo,
Que á tí, y á sí, y á entrámbos es debida. »
Pero, ¿por qué razon, noble mancebo,
Quieres en ese mar precipitarme,
Donde seré quizá á los peces cebo?
Tú puedes de este daño rescatarme,
Volviendo á mí la planta fugitiva,
Que ha sido tan veloz para dejarme.
Faon, si gustas, que tu Safo viva,
Mas saludable me serás, si quieres,
Que el mar Leucadio, ni la cumbre altiva.
Seráme tu presencia si vinieres,
Un nuevo Apolo en mérito y belleza,
Y envidiaránme todas las mugeres.
Di, mas sordo y feroz que la fiereza
De los peñascos, rigido, inhumano,
Mas que el furioso mar y su braveza;

Dime, ¿podrás, si muero, estar ufano
Con esta muerte? ¿tan enorme hecho
Podráte dar renombre soberano?
¡Ay cuanto mejor fuera que mi pecho
Se uniera con el tuyo, que con peñas,
De cuyo encuentro quedará deshecho!
El cuerpo, el pecho, el rostro que desdeñas,
Los mismos son, Faon, que tú alababas,
Los mismos que gozaste entre las breñas.
Los mismos miembros son que exagerabas,
La misma soy, mi ciencia es tan profunda,
Como lo fué en tiempo que me amabas.
Solo quisiera agora ser facunda,
Para ablandarte el pecho y alma ingrata,
Que en odio y desamor se arraiga y funda.
Mas el dolor así me liga y ata,
Que el ingenio se ofusca con mis males,
Y el cielo me confunde y desbarata.
Las fuerzas de mi pluma no son tales,
Mi agravio y tu maldad la han hecho ruda,
Robando sus espíritus vitales.
En el instante que faltó tu ayuda,
Con el dolor el plectro está olvidado,
Y está con el dolor la lira muda.

¡ O Isleñas damas ! si os habeis casado,
O que no lo seais, pues me escuchástes,
Escuchadme en el fin desesperado.
Mozas de Lésbos, las que me incitástes
A amar y á ser amada tarpemente,
Oid agora á la que tanto amástes.
No vengais á escuchar mi voz doliente,
Que en cuanto escribo, taño, canto y digo,
Ya mi vena ha perdido su torrente.
Aquel Faon, mi pérfido enemigo,
Huyendo de mi vista desgraciada,
Todas mis gracias se llevó consigo.
Aquel Faon, que ha poco ¡ ay desdichada!
Que pude llamar mio, y que barrunto
Que el alma que me dió la tiene dada;
Haced que vuelva á mí, y en ese punto
Vuestra Poeta misera y marchita
Volverá al metro, al canto y contrapunto.
Que como en mi Faon se deposita,
Mi alma y mi saber está en sus manos :
El da al ingenio fuerza y él la quita.
Mas, ¿ para qué me canso en ruegos vanos?
¿ Puede moverse un corazon de fiera?
¿ Reina clemencia en pechos de villanos ?

¿No echo triste de ver que la ligera
Y presta escuadra de veloces vientos
Llevan mis ruegos y tu fe primera?
Quisiera ya, pues lleva mis lamentos,
En retorno trujeran tu navío,
Para que diera fin á mis tormentos.
Y este retorno saludable y pio,
Honroso te era, justo y conveniente,
Si supieras pesar el daño mio.
Pero si has puesto en la amorosa mente
La vuelta, y en la popa de tu nave
Tienes el don votivo ya presente:
¿Para qué rasgas con tardanza grave
Un tierno corazon que no reposa?
¿Porqué no vuelas convertido en ave?
Alza las anclas, que de amor la Diosa
Nació en el mar; y al que es amante fino
Le allana el mar con su presencia hermosa.
Será propicio el viento en tu camino;
Todo te ayudará, coge al momento
Las anclas, corta el golfo Neptunino.
Amor será el piloto, y dará al viento
Las velas con su tierna y blanca mano,
Cogiéndolas ya surto en salvamento.

Pero si te parece que es mas sano
Alejarte de mí, porque te ofrezco
El alma que otra vez te he dado en vano;
(Bien que yo no soy dina, ni merezco
De que huyas de mí, ni que se parta
La union que tanto busco y apetezco):
Respóndeme á lo ménos, y en la carta
Ordena, que pues ya la acerba suerte
De tus deleites con rigor me aparta,
En el Leucadio mar busque ya muerte.

AGUSTIN DE TEJADA PAEZ. *

CANCION.

Caro Constancio, á cuya sacra fuente
Las hojas de Peneo
Promete en galardon el Dios Timbreo,
Por ser la clara espuma de su fuente,

* Nació en Antequera en 1568 y murió en 1636.

Préstale oido atento
Al son confuso de mi sordo acento.
Que aunque suene mi voz baja y confusa,
No es de tan poca estima,
Que no humillase la soberbia cima
Del sacro Pindo, al conmover mi musa
Con sus tiernas querellas
Del aire y cielo las regiones bellas.
Y ya se vió colgar de un verde lauro
Su bien templada lira,
Quien por Dafne cruel gime y suspira,
Miéntras que orillas del sagrado Dauro
Sonaba mi instrumento,
Y darle grato oido estando atento.
Y ya se vió tambien vibrar la lanza,
El brazo sacudiendo,
Y el escudo fogoso Marte horrendo
Vestido de diamante y de venganza;
Mas mi canto, aunque rudo,
Le hizo suspender lanza y escudo.
Y entre las sombras que la muerte viste
De amarillez y espanto,
Hubo atencion á mi acordado canto;
Y porque al Cancerbero, horrendo y triste

Su dulzura no dome,
Pluton se enterneció y el canto oyóme.
Que el verso fácil, terso y numeroso
Los dioses celestiales
Aplaca, y á los dioses infernales;
Porque la concordancia es son glorioso,
Tanto, que su enemigo
De sí mismo no puede ser amigo.
Mucho puede, señor, y mucho vale
Cualquiera estilo terso
De un sabio, sonoroso y alto verso,
Que de un sabio y divino pecho sale,
Tal cual es ese vuestro,
A Febo espanto, gloria al siglo *nuestro.*
Vese este tal entre salobres ondas,
Que al cielo se levantan,
Y que en peñascos cóncavos quebrantan,
En muerte envueltas las arenas hondas;
Mas sacando su aliento,
Calma el mar, rinde el tiempo, enfrena el viento.
Vese este tal donde el furioso Scita
Entre escarchada nieve
Sangre espumosa de caballos bebe,
Y va ante él, aunque mas su furia incita,

Mas seguro y constante,
Que ante el ladron desnudo caminante.
Y si por caso de su patrio muro,
El contrario avasalla
La libertad á fuerza de batalla,
Entre el despojo, como está seguro,
Burla de su enemigo,
Porque sus bienes llevará consigo.
Dichoso el tal, dichoso, pues que puede
Su trofeo divino
Colgar de cualquier roble ó cualquier pino,
Sin que fuerza ó envidia se lo vede,
Pues nunca á su esperanza
El tiempo volador hizo mudanza.
Sale hermosa del rosado oriente
La aljofarada aurora,
Que el cielo de oro y bermellon colora;
Y sale al caer el sol en occidente
La noche de su gruta,
Que alza el mar, cubre el mundo, el cielo enluta.
Viene el verano, y de pintadas flores
Y verdes esmeraldas
Borda del campo las tendidas faldas,
Y tras él de humedad, frio y temblores,

Luego el invierno marcha,
Que hojas bate, flor quema, campo escarcha.
Arenas de oro entre cristal luciente
Mezclando el claro rio
Va á descansar al mar su fuerza y brio,
Pero no siempre lleva una corriente
Por una misma tierra,
Que ya lo impide un valle, ya una sierra.
No siempre el justo cielo favorece
Los intentos humanos
Porque penetra bien que son livianos,
Y que cualquier favor los desvanece;
Y por ello fortuna
Imita en sus mudanzas á la luna.
¡Que de veces se vió en noche serena
Lleno el rostro hermoso
De blanca plata, y resplandor lustroso,
Llenos los cuernos de la luna llena,
Y despedir centellas
Claras y rutilantes las estrellas:
Y que de veces en un punto luego
Se vió triste y nublada
Bajos los cuernos, y la luz menguada,
Amarilla su plata, muerto el fuego,

Y las centellas muertas,
Y las estrellas de humedad cubiertas!
Sécase el rio, el manso mar se altéra,
Eclipsase la luna,
Truécase el tiempo, múdase fortuna,
Para el dia, y la noche se aligera,
Y todo nos molesta:
¡O santo cielo qué mudánza es esta!
Solo el sabio se ve firme y constante
Entre mudanzas tantas,
Porque tiene firmísimas las plantas
Sobre duras columnas de diamante:
¿Mas quien será este sabio?
Que en su alabanza moveré mi labio.
O salve (le diré) tú, que seguro
De las injurias largas
Del tiempo, tan mudables como amargas,
Burlas dellas y dél, firme cual muro,
Tus pies humilde beso,
Pues para tanto te ha bastado el seso.
Tú solo ves el cauteloso pecho
Del hombre fementido,
Que el cuerno agudo en heno trae escondido,
Y que solo procura su provecho,

Y en apariencia humana,
Cubre el intento cruel de Tigre hircana.
Tú solo ves con gloria de tu nombre,
Aunque fortuna ruede,
Que el mayor mal, que al hombre le sucede
No es de las fieras, no, sino de otro hombre,
Que la fiera se amansa,
Y el hombre en daño de otro no descansa.
Armas al fiero leon las garras gruesas,
Cuerno al toro furioso,
Ligereza á la onza, fuerza al oso,
Uñas y pico al grifo, al lebrel presas,
Y al mortífero seno
De la sierpe cruel mortal veneno.
Mas al hombre, por ser mas cruel y fiero
Que onza y leon furioso
Que sierpe, toro, grifo, lebrel, oso,
Naturaleza le arma en ser ligero,
Veneno, cuerno, presas,
Fuerzas, uñas y pico, y garras gruesas.
¿Mas qué divino espíritu me inflama
Que á mi llano lenguage
De trágico le adorna y alto trage,
Y de la humilde tierra lo encarama

A la cumbre sagrada,
De virginales plantas paseada?
Mejor será, señor, que nos burlemos
De ver las pretensiones,
Que encierran los humanos corazones
Siguiendo sus mortíferos extremos,
Y en amistad constante
Enlazados pasar de aquí adelante.
Y en vos, como laurel verde y sagrado,
Despues que he dado al viento
La ronca voz, suspendo mi instrumento
Que ha sido tan oido y celebrado,
Y por vos ha podido
De la muerte triunfar tiempo y olvido.
Y oiréis al descolgarlo mil hazañas,
Que gentes españolas
Del mar sulcando las bramantes olas
Hiciéron en regiones mas estrañas,
Que si Febo no miente,
Darán espanto al Sur, miedo al oriente.

D. ANTONIO MIRA DE AMESCUA.*

CANCION.

Ufano, alegre, altivo, enamorado,
Rompiendo el aire el pardo gilguerillo,
Se sentó en los pimpollos de una haya;
Y con su pico de marfil nevado,
De su pechuelo blanco y amarillo
La pluma concertó pagiza y baya:
Y zeloso se ensáya
A discantar en alto contrapunto
Sus zelos y amor junto,
Y al ramillo, y al prado, y á las flores,
Libre y ufano cuenta sus amores.
¡Mas ay! que en este estado,
El cazador cruel de astucia armado,
Escondido le acecha,
Y al tierno corazon aguda flecha
Tira con mano esquiva,
Y envuelto en sangre en tierra lo derriba.

* Autor dramático del tiempo de Felipe IV.

¡ Ay vida mal lograda,
Retrato de mi suerte desdichada!
De la custodia del amor materno
El cordillero jugueton se aleja,
Enamorado de la yerba y flores;
Y por la libertad del pasto tierno
El cándido licor olvida y deja,
Por quien hizo á su madre mil amores:
Sin conocer temores,
De la florida primavera bella
El vario manto huella
Con retozos y brincos licenciosos,
Y pace tallos tiernos y sabrosos.
Mas ay! que en un otero
Dió en la boca de un lobo carnicero,
Que en partes diferentes
Lo dividió con sus voraces dientes,
Y á convertirse vino
En purpúreo el dorado vellocino.
¡ O inocencia ofendida,
Breve bien, caro pasto, corta vida!
Rica con sus penachos y copetes,
Ufana y loca con ligero vuelo
Se remonta la garza á las estrellas;

Y puliendo sus negros martinetes,
Procura ser allá cerca del cielo
La reina sola de las aves bellas;
Y por ser ella de ellas
La que mas altanera se remonta,
Ya se encubre y trasmonta
A los ojos del lince mas atentos,
Y se contempla reina de los vientos.
¡Mas ay! que en la alta nube
El águila se vió y al cielo sube,
Donde con pico y garra
El pecho candidísimo desgarra
Del bello airon, que quiso
Volar tan alto con tan corto aviso,
¡Ay pájaro altanero,
Retrato de mi suerte verdadero!
Al son de las belísonas trompetas,
Y al retumbar el sonoroso parche
Formó escuadron el Capitan gallardo:
Con relinchos, bufidos y corbetas
Pidió el caballo que la gente marche,
Trocando el paso de veloz en tardo:
Soró el clarin bastardo
La esperada señal de arremetida,

Y en batalla rompida,
Teniendo cierta de vencer la gloria,
Oyó á su gente, que cantó victoria.
¡ Mas ay! que el desconcierto
Del Capitan bisoño y poco esperto,
Por no observar el órden,
Causó en su gente general desórden,
Y la ocasion perdida,
El vencedor perdió victoria y vida,
¡ Ay fortuna voltaria,
En mis prósperos fines siempre varia!
Al cristalino y mudo lisongero
La bella dama en su beldad se goza,
Contemplándose Vénus en la tierra,
Y al mas rebelde corazon de acero
Con su vista enternece y alboroza,
Y es de las libertades dulce guerra:
El desamor destierra
De donde pone sus divinos ojos,
Y de ellos son despojos
Los purísimos castos de Diana,
Y en su belleza se contempla ufana.
¡Mas ay! que un accidente
Apénas puso el pulso intercadente.

Cuando cubrió de manchas,
Cardenas ronchas, y viruelas anchas
El bello rostro hermoso,
Y lo trocó en horrible y ásqueroso.
¡Ay beldad malograda,
Muerta luz, turbio sol y flor pisada!
Sobre frágiles leños, que con alas
De lienzo débil de la mar son carros,
El mercader surcó sus claras olas:
Llegó á la India, y rico de bengalas,
Perlas, aromas, nácares bizarros,
Volvió á ver las riberas españolas:
Tremoló banderolas,
Flámulas, estandartes, gallardetes,
Dió premio á los grumetes
Por haber descubierto
De la querida patria el dulce puerto.
¡Mas ay! que estaba ignoto
A la experiencia y ciencia del piloto
En la barra un peñasco,
Donde tocando de la nave el casco,
Dió á fondo, hecho mil piezas,
Mercader, esperanzas y riquezas.
¡Pobre bajel, figura

Del que anegó mi próspera ventura!
Mi pensamiento con ligero vuelo
Ufano, alegre, altivo, enamorado,
Sin conocer temores la memoria,
Se remontó, señora, hasta tu cielo;
Y contrastando tu desden airado,
Triunfó mi amor, cantó mi fe victoria,
Y en la sublime gloria
De esa beldad se contempló mi alma,
Y el mar de amor sin calma
Mi navecilla con su viento en popa
Llevaba navegando á toda tropa.
¡Mas ay! que mi contento
Fué el pajarillo y corderillo esento,
Fué la garza altanera,
Fué el capitan, que la victoria espera,
Fué la Vénus del mundo,
Fué la nave del piélago profundo:
Pues por diversos modos
Todos los males padecí de todos
Cancion, vé á la coluna,
Que sustentó mi próspera fortuna,
Y verás, que si entónces

Te pareció de mármoles y bronces,
Hoy es muger, y en suma,
Tuve bien fácil viento, leve espuma.

FIN.

T II